

Experiencias Personales

del hermano
S. O. SUSAG



por
S. O. SUSAG

Primera Edición en Español
Año 2002

**EXPERIENCIAS PERSONALES
DEL HERMANO
S.O. SUSAG**

**Por
S.O. SUSAG
Minneápolis, Minnesota**

**Imprenta
FAITH PUBLISHING HOUSE
920 W. Mansur Ave.
Guthrie, Oklahoma 73044, U.S.A.**

**Experiencias Personales
de
S. O. Susag**

**Traducción y edición:
Tanya de Tomlinson y Anastacia de Caton**

2001-2002

**Ministerio de Literatura de la Iglesia de Dios
República de Panamá**

Calle Turín, Don Bosco, Samaria

-♦-

Río Abajo, calle 16

-♦-

Nueva Esperanza, Pacora

-♦-

Calle A Galera, Corozal, Macaracas, Los Santos

-♦-

Finca 11, Changuinola, Bocas del Toro

Teléfonos: 221-9275; 221-1608; 221-5527; 238-8694

FAX: 238-8694

Correo electrónico: laverdad98@cwpanama.net

INTRODUCCIÓN

En este libro aparecen algunas de mis experiencias por escrito, para mostrar cómo los ministros pioneros trabajaron, y cómo el Señor trabajó con ellos a través de su Espíritu Santo. Un hecho sobresaliente en esos días, a pesar de que su entrenamiento era limitado, era una pasión ardiente por las almas, mostrada en trabajos, ayuno y oración, juntamente con una convicción nacida del cielo y un celo por la verdad. El Espíritu Santo les había revelado una fe incommovible en la Palabra de Dios: una fe que no tambaleaba aun en los momentos de mayor prueba, ni en los casos aparentemente más absurdos para el ser humano. Mi oración es que este libro traiga fe y aliento a muchas almas que están buscando ayuda en Dios cuando todas las otras ayudas han fallado.

No debí haber tardado tanto tiempo en escribir este libro, porque debido a la demora, los incidentes no aparecen en el orden en el cual deberían estar, y muchos otros los he olvidado. Como muchos han mostrado un interés en estas experiencias, al publicar este libro en el nombre de Jesús, que el mismo traiga honra y gloria a Dios.

El Autor

Año 1948

PREFACIO DEL EDITOR

Desde la primera publicación de este libro, realizada por la Standard Printing Company, en Guthrie, Oklahoma, en el año 1948, para el autor, S. O. Susag, el libro ha estado en constante demanda. Tantos testimonios de respuestas asombrosas a la oración, han sido de inspiración para la fe de muchas personas, y seguirán siendo de aliento para todo aquel que busca sinceramente aumentar su fe en las preciosas promesas de Dios. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” Hebreos 13:8.

Al contemplar la impresión de esta cuarta edición, el editor suscrito hizo contacto con la hija de S. O. SUSAG, la Señora de Art Rustand (Goldie Susag), y le solicitó mayor información acerca de su difunto padre. En febrero de 1976, nos dio las siguientes notas de interés al lector:

“Mi padre nació en Steinkjer, Noruega, el 28 de marzo de 1862. Vino de Noruega a Minneápolis, estado de Minnesota, y se dedicó al negocio de almacenes por un tiempo. En 1892, se mudó a Paynesville, Minnesota, donde se dedicó al trabajo en la granja. Después de haberse mudado a la granja, fue convertido, y en 1895 recibió el llamamiento de Dios para el ministerio de la Palabra. Viajó como misionero a los países escandinavos durante muchos años. También sirvió como pastor en Grand Forks (Dakota del Norte), y como evangelista por años. En efecto, cuando le llegó el tiempo de morir, estaba en Culbertson, Montana; tenía 90 años de edad y estaba de viaje teniendo cultos. Su muerte se atribuyó a su edad. Estaba de pie y activo hasta tres días antes de morir. Al tiempo de morir, él vivía con su segunda esposa en Medicine Lake, estado de Montana. Murió el 8 de julio de 1952, y su cuerpo fue sepultado junto a la tumba de su primera esposa (mi madre) en el Cementerio de la Iglesia de Dios cerca de Wendell, Minnesota.”

Escrito por: Lawrence D. Pruitt
Guthrie, Oklahoma, 8 de marzo de 1976



(S. O. Susag, su esposa e hijos, tomada alrededor de 1898

Nota del Traductor

Camp meeting: Cuando se reúnen por varios días en un mismo lugar hermanos de diferentes congregaciones para tener cultos y comunión juntos, donde una congregación o un grupo de congregaciones es anfitriona de las demás.

EXPERIENCIAS PERSONALES DE S. O. SUSAG

“Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé” (Isa. 42:16). Parece que esta escritura encaja en las experiencias de mi vida.

ETAPA DE MI INFANCIA

Yo nací en Noruega. Mis padres eran Luteranos. Cuando tenía dos años de edad ocurrió un incidente que nunca olvidé. Fue lo siguiente:

Mi abuela de parte de madre, una mujer muy piadosa, solía visitarnos por lo menos una vez al mes. En una ocasión, mi abuela estaba a punto de irse, cuando le dije a mi madre: “Hellen, quiero hablar contigo ‘bajo cuatro ojos’ (es decir, en privado). ¿Puede el niño entender lo que voy a decirte?” Mi madre le contestó: “No, él no va a entender”. Entonces mi abuela empezó a hablar diciendo: “Me he estado preguntando cuál sería la mejor manera de pasar de este mundo sin serle un estorbo a nadie, y el Señor me ha mostrado que algún día voy a acostarme a dormir como de costumbre, y despertaré en la gloria. Ésta podría ser la última vez que te vea. Así es que, hija mía, me siento constreñida a instarte a buscar al Señor.” Nuevamente ella dijo: “Estoy segura que el Señor me ha mostrado que así he de morir.” Cuatro años más tarde, ella se fue a la gloria exactamente de esa manera.

DE MI NIÑEZ A MI ADOLESCENCIA

Mis padres no habían entregado sus corazones a Dios; sin embargo, nos enseñaron a vivir rectamente. Los únicos cultos

religiosos a los cuales asistimos en algunas ocasiones, eran los que se llevaban a cabo una vez al mes en una capilla rural. Los otros domingos cantábamos juntos en la casa, y mi padre leía un sermón de un libro. Entonces repetíamos el Padre Nuestro y entonábamos una canción.

Una tarde, cuando yo tenía dos años y medio de edad, una vecina nos invitó a un grupo de niños a comer y a jugar. Cuando pasábamos por la ventana de la alacena, al entrar, vimos unos platos llenos de moras muy hermosas y rojas. Uno de los niños sugirió que nos comiéramos algunas de las moras, y así lo hicimos. Después de haber comido varias porciones, comencé a gritar y me fui corriendo a casa. Mi madre, al escuchar mis gritos, salió corriendo para encontrarse conmigo. Me levantó en sus brazos y me preguntó dónde me dolía. Yo no le podía decir nada, sino que seguía gritando. Finalmente ella me habló con firmeza, me sacudió, y dijo: “Dime dónde te duele”. Aún así no podía hablar. Entonces mi madre cayó de rodillas y empezó a clamar: “¡Señor, mi hijo se me muere en mis brazos y no puedo darme cuenta de qué le sucedel!” Entonces pude hablar y decirle cuál era mi problema. Poniendo mi mano sobre mi corazón, le dije que era allí donde me dolía y no en el estómago. Mi madre me preguntó si la señora nos había dado permiso para comernos las moras, y yo le contesté que no, que nosotros las habíamos tomado por nuestra propia cuenta. Ella me dijo: “Te voy a decir cómo quitarte ese dolor: Ve y dile a la señora lo que hiciste, y extiéndele tu mano y pídele perdón, y estoy segura que el dolor se te quitará”. Mi madre fue conmigo, y al confesarle a la señora, la señora me levantó en sus brazos y lloró conmigo. Después de haber confesado, el dolor se me quitó.

-----:-----

Cuando tenía alrededor de 11 años de edad, me parecía escuchar una voz que continuamente me decía: “Tú debes ser un mejor muchacho; yo quiero que seas un predicador.” Yo no entendía en ese tiempo que era el Espíritu Santo hablándome. Mi madre a menudo lloraba por mí, diciendo: “Hijo, ¡oh! hijo,

¿qué voy a hacer contigo? Tú me das más problemas que todos los otros ocho hijos juntos”.

A la edad de 15 años fui confirmado, y en el próximo culto de predicación, se suponía que yo tenía que participar de la Santa Cena (como era de costumbre en la iglesia). Antes de ese culto, yo fui al bosque a orar. Le pedí perdón al Señor por tener que participar indignamente de la Cena del Señor, porque si no lo hacía; iba a traer mucha vergüenza a mi familia.

Desde ese día en adelante, el Señor continuó hablándome con esa misma voz: “Necesitas ser un mejor joven”. Parecía que no podría serlo allá en Noruega, así que determiné embarcarme para ir a los Estados Unidos de Norteamérica.

EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA

Había estado en los Estados Unidos como por año y medio, cuando me encontré con un pariente lejano al cual habíamos dado por perdido en ese país, porque su familia no había sabido nada de él por dos o tres años. Él me invitó a entrar con él en una taberna para tomarnos unas cervezas. Entramos y jugamos varios juegos de billar.

Al estar allí, me quité mi abrigo y lo guiné en el espaldar de una silla. En el bolsillo de mi abrigo, yo cargaba mi cartera con un aproximado de cien dólares, todo el dinero que poseía, juntamente con mis documentos. Cuando fui a buscar mi dinero, había desaparecido mi cartera con todo lo que tenía. El tabernero parecía haberse dado cuenta del suceso, y me dio cinco dólares.

No tenía trabajo, y no se podía conseguir trabajo. En esos días, era la costumbre en las tabernas dar un almuerzo gratis por la compra de una cerveza; así es que iba todos los mediodías a comprarme un vaso de cerveza, para así obtener un almuerzo gratis. Viví así por dos meses. Al final del invierno, conseguí

un trabajo nocturno que consistía en empujar una carretilla con piedras, para la construcción del puente sobre las cataratas de San Antonio, en el río Misisipí, para la Gran Compañía de Ferrocarril del Norte. Los tablones sobre los cuales teníamos que caminar estaban muy resbalosos, y en uno de esos viajes, el hombre que estaba delante de mí tropezó hacia atrás con las ruedas de mi carretilla, en la cual yo cargaba una piedra grande. La fuerza de su caída tiró la piedra y la carretilla que yo llevaba al río. El hombre que venía detrás de mí, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, se tiró cara hacia abajo sobre su carretilla, y en la oscuridad me agarró cuando yo estaba a punto de caer al río. Él me sostuvo por uno de mis brazos fuertemente, hasta que llegara ayuda para sacarme. Estuve guindando de sus brazos a unos 50 a 75 pies de altura encima del río.

TERRIBLEMENTE DESILUSIONADO

Después de esa experiencia no pude convencerme a mí mismo a caminar por esos tablones nuevamente, así que me quedé sin trabajo y estaba terriblemente desalentado. Unas noches más tarde caminé hacia el puente de la 10ª Avenida. Mi intención era saltar al río y quitarme la vida. Cuando me agarré de la baranda, escuché una voz detrás de mí, que me dijo: “Cuando saltes, tus problemas apenas habrán comenzado”. Miré para ver quién me hablaba, pero no había nadie más en el puente. La manera en que me había hablado me había producido un escalofrío por todo el cuerpo. Eran más allá de las 11 de la noche, y al parecer me di cuenta que quien me había hablado había sido el Señor.

Después de pasar cierto tiempo en América, pude darme cuenta que todavía seguía siendo el mismo joven de antes, como cuando estaba en Noruega. Parecía que yo no podía ser mejor. Tratando de mejorar mi condición, decidí entrar en una universidad y estudiar para el ministerio. Después de dos semestres en la universidad, ocurrieron ciertas cosas que me convirtieron en un incrédulo. Abandoné la carrera, entré en el

mundo de negocios, y me casé. Al poco tiempo, enfermé con tuberculosis de los pulmones. El doctor me dijo que no había esperanza para mí, porque mis pulmones estaban como si fueran sopa. Durante la depresión de 1892, perdí todo lo que tenía. En mi condición de pecador clamé a Dios, y él me sanó.

ETAPA ANTES DE MI CONVERSIÓN

Nos mudamos a la finca, y una tarde un joven llegó a la casa y me convidó al culto de esa noche. Cuando le pregunté qué clase de culto era, me informó que eran dos mujeres evangelistas que estaban llevando a cabo cultos. Yo le dije que no estaba a favor de que las mujeres fuesen predicadoras, pero que iría con él, ya que no tenía miedo de que las mujeres me fuesen a hacer algún daño. De hecho, fue a través de estas mujeres que fui parcialmente despertado espiritualmente, pero todavía seguía siendo incrédulo.

Una noche estaba muy cansado y con mucho sueño, y me acosté exactamente a las nueve de la noche. Me dormí de una vez, y tuve un sueño. Soñé que me había convertido en un ministro del evangelio, y viajaba por todas partes en los Estados Unidos y Canadá, y también por varios países europeos. Cientos de almas se convertían al Señor en los cultos, y se hacían muchas sanidades y milagros. Tomaría una vida muy larga para lograr todo lo que yo vi en mi sueño.

Desperté, y me sentí tan fresco y tan descansado que pensé que ya había amanecido, así que encendí la luz, pero al mirar el reloj, ¡me di cuenta que sólo había estado en la cama por diez minutos! No dormí más esa noche, sino que pasé el tiempo meditando en mi sueño, lo cual me convenció de que tenía que haber en el ser humano algo positivo, que continuaría existiendo para siempre, y se esfumó mi incredulidad.

VIDA NUEVA EN CRISTO JESÚS

Meses después (12 de marzo de 1895), el Señor trajo paz a nuestras vidas (es decir, mi esposa y yo fuimos salvos) en nuestra casa, y nos llamó al ministerio. Nos sacó de las tinieblas a través de tres visiones y nos mostró la maldad de toda división sectaria. Todo esto nos estaba dando luz acerca de la hermosa Iglesia de Dios, sin nosotros haber escuchado predicación alguna sobre este tema, y sin conocer a nadie más que creyera lo mismo.

Comenzamos a predicar inmediatamente, y nuestra primera convertida fue una señora que fue salva en nuestra casa (la hermana Hendricks, ahora de Myhre, que es ministra).

SANIDADES Y MILAGROS EN LA FAMILIA

Nuestro primer caso de sanidad se dio cuando Dios me sanó de envenenamiento en la sangre de mi brazo izquierdo, causada por el rasguño de un clavo oxidado. Me dio un pasmo que se hinchó tan rápidamente que al entrar en la casa no podía desvestirme, y tuvieron que cortar mis ropas con unas tijeras. Mi esposa y un hermano joven oraron por mí, pero no recibí alivio inmediato. Todo mi brazo se puso azul y amarillo, y pronto mis costados empezaron a ponerse así también.

Había leído en la Biblia que a los enfermos se les debía ungir con aceite. Así que el hermano joven me ungió, y la hinchazón comenzó a bajar inmediatamente, tanto así que al día siguiente no quedaba absolutamente ningún síntoma de lo ocurrido.

-----:-----

La segunda experiencia de sanidad consistió en la restauración de mi oído derecho. Mi esposa había ido a unos cultos, y yo me había quedado en casa para atender a los niños. Me había acostado junto a ellos para dormirlos, y yo también me

había quedado dormido. Soñé que veía a Jesús parado junto a mi cama, diciéndome: “¿Conoces al Señor John Pederson?” Yo le contesté: “Sí, él es mi vecino”. Jesús me dijo: “¿No es él un herrero? ¿no hace él trineos?” Continuó diciendo: “Si él te hiciera un trineo y el trineo se te dañara, no podría él mismo repararlo?” Yo dije: “Claro que sí”. “Bueno--continuó Jesús diciendo--yo hice tu oído en primer lugar. ¿No crees que yo te lo puedo arreglar? Yo dije: “Sí”. Entonces Jesús se acercó a mí y con dos dedos tocó mi oreja, y yo salté de la cama, ¡y PODÍA OIR PERFECTAMENTE! Alcé mi voz diciendo: “¡Gloria al Señor!”

-----:-----

Al menor de nuestros mellizos, que tenía casi 5 años de edad, le dio neumonía doble y murió repentinamente. Mi suegra lo preparó para ser enterrado. Mientras yo me alistaba para manejar al pueblo a fin de buscar un permiso del doctor para poder enterrar el cuerpo del niño, el Señor me habló camino al establo, cuando iba a buscar la carreta: “¿Por qué no regresas a orar una vez más?” Inmediatamente volví a la casa y me acerqué al pequeño cadáver, y poniendo las manos sobre él, oré y lloré, y después de un momento, el niño volvió a la vida. No solamente estaba vivo, sino también perfectamente sano. Cuando me había arrodillado a orar, mi familia no se había atrevido a hablarme; pensaban que había enloquecido.

Como tres años más tarde, nuestra bebé, de unos diez meses, estaba enferma, y yo tenía planes de estar fuera de casa desde el viernes hasta el domingo. La pequeña había ido empeorando cada vez más, y el domingo como a las once de la noche, ella murió. Hubo gran consternación en la familia. Nuestro hijo mayor se desmayó cuando su abuela sacó a la bebecita muerta. Cuando todo se había aquietado en la casa, y todos se habían ido a dormir, excepto mi esposa, que permanecía aún levantada, ella se acercó al cuerpecito muerto, lo tomó en sus brazos y se arrodilló al lado de la cama hasta cansarse, después acostó a la bebé sobre la cama, e imponiéndole las manos, oró hasta que la

bebé volvió a la vida. Cuando regresé a casa el lunes, la niña estaba tan bien como nunca. En ambos casos, la abuela había preparado los cuerpos para ser enterrados.

Poco tiempo después de esa experiencia, los mellizos estaban en el establo alimentando a los caballos. Uno de ellos, de algún modo en sus acciones, accidentalmente metió una de las puntas del rastrillo en el ojo del otro.

Mi esposa, al oír su grito, salió corriendo y lo trajo a la casa. Le lavó el ojo herido para quitarle la sangre, y lo puso en la cama. Entonces ella y el otro niño mellizo pusieron sus manos sobre él y oraron la oración de fe.

El niño lastimado se quedó dormido, y durmió hasta la mañana siguiente, y todo lo que quedaba en la bola del ojo era una mancha blanca en el centro del ojo, la cual desapareció después de uno o dos días, y su vista no quedó afectada en lo mínimo.

EL DOCTOR DE DOCTORES

Un caso similar ocurrió en Bruce, Dakota del Sur, cuando yo era pastor en Brookings y White. La hija de tres años del hermano Hi Tellinghuisen, estaba jugando en el patio con una lata vieja y oxidada de aceite para máquina de coser. Ella cayó encima de la lata, y la punta de la lata le entró en el centro del ojo.

De una vez la llevaron al doctor, quien ordenó llevarla a un especialista para remover la bola del ojo. Los padres de la niña entonces me llamaron por teléfono, para que viniera inmediatamente. Cuando llegué y miré el ojo de la niña, parecía una semilla seca de ciruela pasa. Ungí a la niña, pero no podía encontrar palabras para expresar en la oración. Solamente podía gemir, pero el Señor dio testimonio de que iba a sanar la niña. (Creo que este suceso se dio el sábado a las 11 de la mañana, y

el domingo la niña fue llevada al culto perfectamente sanada. Actualmente ella es maestra de escuela.)

UN PAÑUELO UNGIDO POR FE

El 20 de marzo de 1904, mi esposa contrajo tuberculosis. Tenía la fiebre tan alta que estaba delirando. Mientras yo me mantenía a su lado orando, ella razonaba bien, pero tan pronto dejaba de orar, volvía a delirar.

Más de una semana después, un sábado, los hermanos O. T. Ring y Carl Forsberg vinieron a visitarnos. Entonces nos pusimos de acuerdo en oración para la sanidad de mi esposa. Desde ese momento en adelante, permaneció lúcida, pero siguió debilitándose. Diferentes hermanos oraron por ella, pero siguió poniéndose cada vez más débil, hasta el mes de agosto. Cuando los vecinos venían a visitarnos, al partir, ya fuera de la casa, me decían: “Nos duele decirle esto, pero no esperamos volver a ver a su esposa con vida”.

Un día ella me dijo: “Hemos hecho todo lo que sabemos que debemos hacer, excepto solicitar un pañuelo ungido al hermano E. E. Byrum. Yo le pregunté: “¿Quieres que mande a pedir uno?” Ella asintió (dijo que sí), y lo mandé a pedir. Lo recibimos por correo el 23 de agosto a la una de la tarde. Puse el pañuelo sobre ella, y arrodillándome a su lado, puse mis manos sobre ella y oré. Ella estaba tan débil que parecía que iba a morir antes que yo terminase de orar, así que pronto dije: “Amén”. Entonces ella dijo: Esto no se ve muy alentador, ¿verdad? Yo le contesté: “No, en verdad no.” Entonces sacó una de sus manos de debajo de las sábanas, y dijo: “¿Crees que volverán mis manos a tener carne?” Yo dije: “Querida mía, no sé”. Entonces ella dijo: “Yo creo que va a suceder”. Le pregunté: “¿Por qué lo crees?” Ella entonces me dijo que una escritura le había venido a la mente mientras yo oraba. Era la escritura acerca de Naamán: “...su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio.” 2 Reyes 5:14.

Dos horas más tarde estaba perfectamente bien, pero aún débil, claro está.

LA SEÑORA EVERSON

En una ocasión recibí una llamada para ir a Norway Lake y orar por la esposa de John Everson, que tenía tuberculosis. Mientras iba en camino, tuve que batallar con demonios; parecía que mi carreta estaba llena de demonios que me susurraban, diciendo: “Te van a arrestar y te van a meter en la cárcel”. Sin embargo, después de haber manejado 16 millas, el Señor me aseguró que iba a levantar a la hermana Everson, aunque estuviera muerta cuando yo llegase allá.

Al llegar a la entrada para los coches, vi a un grupo de hombres cerca del establo. Uno de ellos era el alguacil. Salté de la carreta y procedí a desenganchar mis caballos. En ese momento apareció el Sr. Everson, y me dijo: “Uno de mis trabajadores se encargará de sus caballos; venga conmigo”. Entramos a la casa, y a la habitación donde estaba la enferma. El Sr. Everson se sentó en una silla junto a la cama y sacó su reloj. Entonces le tomó el pulso a su esposa. Ella estaba inconsciente. Yo le hablé dos o tres veces, pero ella no me escuchaba. Me arrodillé y le pedí al Señor que la hiciera volver en sí. Entonces me levanté y le volví a hablar. Después de un momentito ella abrió los ojos, y le dije: “El hermano Susag está aquí ¿Qué quiere que haga por usted? Ella respondió: “Quiero que me unja y ore por mí”. Inmediatamente procedí a hacerlo, después de lo cual ella se levantó, se sentó en la cama y pidió algo para comer.

El alguacil, junto con otros, estaba esperando afuera para arrestarme en caso de que la enferma hubiera muerto. El Sr. Everson salió, y ellos le preguntaron cómo iban las cosas. Él les dijo que antes que yo orase por ella su pulso estaba en 124, y cuando yo había quitado mis manos de sobre ella, el pulso estaba en 82-- ¡que es lo normal!

Trece años más tarde, ella volvió a enfermar. El Sr. Everson, que no era salvo, mandó a buscar al doctor que habían tenido anteriormente, pero el doctor rehusó acudir. Él dijo que la Sra. Everson “ha vivido trece años por algo sobrehumano. Yo no puedo hacer nada por ella. Si ella tiene fe, puede vivir por trece años más”. Entonces me llamaron por teléfono. Manejé por dos millas en mi automóvil y enfermé gravemente, así tuve que regresar a casa y acostarme. Estuve muy enfermo durante dos días. Mientras tanto, la Sra. Everson falleció, y yo me recuperé.

BAUTIZADOS POR EL PODER DE DIOS

En una ocasión el hermano C. H. Tubbs y mi persona realizamos una serie de cultos en Bowbells, Dakota del Norte, y un número de personas fueron salvas. Planeamos tener culto de bautismo. Era en el mes de febrero, y tendríamos que viajar tres millas al lago más cercano, para así bautizar a los candidatos.

No había sitio alguno para cambiarse de ropa. Era muy lento el viaje, porque teníamos que viajar en un vagón para cargar madera (una carreta). La hermana Stolsy quería bautizarse, pero ella llevaba cinco años de no estar bien de salud, y ahora tenía un bebé de apenas cinco semanas de nacido. El alguacil, al escuchar la situación, vino a decirnos: “Si ustedes meten a esa mujer en ese hueco en el hielo, yo estaré allí con una orden de captura para arrestarlos”. Así que el hermano Tubbs me dijo: “mejor vayamos a ver a la hermana Stolsy”, y así lo hicimos. Él le dijo: “Hermana, no parece razonable que usted sea bautizada en su presente condición”. Ella comenzó a llorar, y dijo: “He deseado ser bautizada por algún tiempo ya, y ahora que tengo la oportunidad, se me está negando el privilegio de hacerlo”. Yo le dije: “Hermana Stolsy, guarde sus lágrimas para otra cosa. Yo la voy a bautizar aunque tenga que pasar el resto de mi vida tras las rejas”. Y fue bautizada.

El alguacil fue testigo presencial de aquel bautismo, y al verla salir del agua, ella parecía la misma imagen de la salud.

Tres días mas tarde, el alguacil y su esposa fueron bautizados en ese mismo lugar.

-----:-----

He bautizado a cientos de personas; desde Canadá hasta San Antonio, Texas; desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico, en todos los meses del año, en los lagos de Noruega, Suecia y Dinamarca, al igual que en el Mar del Norte, en todo tipo de estados del tiempo-- una vez en el Río Rojo en Grand Forks, Dakota del Norte, en una tormenta de nieve, a cero grados de temperatura, y hasta ahora nunca he escuchado de persona alguna que se haya resfriado por haberse bautizado, pero al contrario, ¡MUCHAS HAN SIDO SANADAS! Vale la pena obedecer los mandamientos del Señor. Mientras fui pastor en Grand Forks, Dakota del Norte, desde diciembre de 1919 hasta noviembre de 1925, bauticé a más de 200 personas.

EN MEDIO DE GRAN OPOSICIÓN

Una vez, en compañía de los hermanos Thomas Nelson, C. H. Tubbs y mi esposa, tuvimos unos cultos en una carpa, en el área rural al noroeste de Colfax, Wisconsin. Varias personas fueron salvas y algunas fueron sanadas. Esto levantó gran oposición, tanto así que en un par de las noches hubo una turba de gente airada en el lugar tirando piedras, palos, tablas y botellas sobre la carpa de reunión, exigiendo que saliéramos, y diciendo que me iban a cortar en pedazos. Una noche un ministro de esa comunidad estaba dentro de la carpa, y al ver las piedras rodar por la carpa, se asustó tremendamente y me dijo: “Esto es peor que una tierra de paganos”. “Sí,” le respondí, “¿pero no es ésta su gente?” Él dijo: “Sí”, y luego salió gateando por la parte de atrás de la carpa, y huyó hacia el bosque.

Este tumulto tan fuera de lugar se levantó porque yo había predicado que el bautismo debería ser por inmersión, y por otras

verdades que había predicado. Lo que sucedía era que entre los que iban a ser bautizados había dos jóvenes adultos, el hijo y la hija de un ministro de la comunidad. Pero el hecho de que por ese lugar no hubiera agua donde pudieran ser inmersos, pareció dar gran satisfacción a aquellos que se oponían. Sin embargo, continuamos anunciando que habría cultos de bautismo el siguiente sábado por la tarde. El viernes en la noche llovió fuertemente, y cerca de la carpa había una hondonada cubierta de hierba verde. El agua se empozó allí con suficiente profundidad para bautizar a los recién convertidos.

Esto nos prueba que los recursos del Señor son ilimitados. El siguiente domingo por la noche, que fue la última noche de culto, todos habían salido de la carpa de reunión, excepto el hermano Tubbs y yo. Como yo no mostrara ningún indicio de partir, el hermano me preguntó si no me iba para la casa donde nos estábamos hospedando.

Le contesté: “No; esas personas que amenazaron con cortarme en pedazos van a regresar a destruir la carpa, y deseo encontrarme aquí cuando ellos lleguen. Pero tú puedes irte; deseo estar solo aquí. Pero él dijo: “No; no te dejaré”.

La casa donde nos hospedábamos se encontraba como a unos quinientos metros o más, y no había ninguna otra cerca. Apagamos las luces y nos sentamos a esperar. Varias veces el hermano Tubbs instó a que nos fuésemos, declarando que nadie iba a llegar. Pero casi a medianoche, tiraron un tablón sobre la carpa, y el hermano Tubbs salió corriendo hacia la casa. Justo cuando yo salía de la carpa, tiraron otra tabla, la cual me dio en el hombro derecho y en la cabeza. Pudo haber sido muy serio, pero yo tenía puesto un sombrero de un material bien duro. Aún así, casi me deja inconsciente.

Les dije--eran unos cincuenta a setenta hombres: “Un momento, señores, yo estoy solo aquí. Por favor, no destruyan la carpa; no puede sentir. Tómenme y córtenme en pedazos, como dijeron que querían hacerlo. Si he cometido algún mal,

estoy dispuesto a sufrir por ello.” Les decía esto mientras caminaba lentamente hacia ellos. “Pero si es porque les he predicado la Palabra de Dios y no la quieren recibir, sepan que se volverán a encontrar con ella ante el tribunal de Dios”, y seguía acercándome a ellos. Ellos dijeron: “No te acerques tanto”. Les pregunté: “¿Me tienen miedo?”, a la vez que seguía predicándoles. Entonces ellos comenzaron a retroceder. Finalmente, parecía que yo no tenía más nada que decir. Uno de ellos dijo: “Danos más de eso”. En ese momento el hermano Tubbs apareció con ocho hermanos más, y los otros hombres se dieron vuelta, salieron corriendo a recoger sus cosas, y desaparecieron en la oscuridad.

Como un año y medio más tarde, tuvimos otra serie de cultos en la misma comunidad y la asistencia fue muy buena. Varias de esas mismas personas que habían dicho que querían cortarme en pedazos asistieron también. Ocho almas habían sido salvas, y la asistencia iba en aumento. De repente, cuando un culto estaba a punto de terminar, el Espíritu del Señor me dijo: “Este es tu último culto aquí; partirás por la madrugada en el tren de las 4:00 a. m. hacia Grand Meadows, Minnesota.” Tanto los salvos como los pecadores dijeron: “No puedes concluir los cultos ahora; ¡mira el interés que se manifiesta y cómo la asistencia va en aumento!” “Pero--yo les dije--el Señor me dice que concluya.” Ellos insistieron, alegando que no podía ser que todos ellos estuviesen equivocados, y yo solo tuviese razón. Así que consentí en quedarme; pero de haberme ido en el tren esa mañana, me hubiera escapado de la terrible tormenta que devastó esa parte del país. De hecho, ni pude partir, ni seguir con los cultos. En la finca donde estaba hospedándome, tuvieron que extender una soga de la casa al establo durante dos días para poder encontrar el camino de un lugar al otro.

-----:-----

CULTOS DE AVIVAMIENTO

Había realizado varias series de cultos de avivamiento para el hermano Millar de Racine, Wisconsin. En una ocasión, por este vínculo, soñé que veía una pradera con pastos verdes y agua cristalina que corría a través de ella, y había una manada de ovejas, la cual era la más hermosa que había visto, alimentándose allí. Pero en esta bella pradera había cierta cantidad de troncos que inutilizaban terreno que debería estar aprovechándose para buenos pastos. Me sentí impresionado a comunicarle al hermano Millar mi experiencia; así que le escribí mencionándole lo que había soñado. En su pronta respuesta, me dijo: “Más vale que vengas con tu ‘máquina de arrancar troncos’, para que los saques.”

Después de cierto tiempo, un domingo muy caluroso al mediodía, llegué a Racine, muy cansado y desgastado. Le pregunté al hermano Millar si habría culto en la tarde. Yo entendí que él me había dicho que no habría culto. Le dije: No deseo almorzar, así que por favor, llévame a mi habitación”, y así lo hizo. Me desvestí inmediatamente y quedé profundamente dormido de una vez, pero poco tiempo después, sentí que alguien sacudía mi cama, y escuchaba que alguien me hablaba, pero parecía que sencillamente yo no podía despertar. La cama empezó a sacudirse más y más, y escuché una voz que decía: “Hermano Susag, hermano Susag”. Miré hacia arriba, ¡y allí estaba el hermano Millar! Él dijo: “Pero, hermano, ¿te desvestiste? La capilla está llena de gente esperando que vengas a predicar.” Yo le dije que había entendido que no habría culto en la tarde; que volviera a la capilla, y que yo trataría de llegar tan pronto como me fuera posible.

No tenía mensaje. Abrí mi Biblia, y de Génesis hasta Apocalipsis, las Escrituras no parecían tener ningún significado para mí. Oré, y aún nada de mensaje. Entonces, mientras bajaba las escaleras me encontré con la hermana Anna Hanson, que iba camino al culto. Le dije: “Por favor, deme un texto para predicar”. Ella respondió: “Oh, usted tendrá un texto.” Pero yo

le dije que era en serio; que no podía pensar en un solo texto en toda la Biblia que tuviera significado alguno para mí, y que estaba demasiado desgastado para pensar. La hermana Hanson dijo entonces: “Muchas veces he deseado escucharlo predicar sobre el texto que usted utilizó la primera vez que yo le oí predicar; fue en Chicago. El texto era: “Jehová pesa los espíritus.” Entonces el Señor abrió mi entendimiento, y tuve un texto.

Al final del culto, la hermana Hanson caminó por delante de mí a la oficina del pastor, y entró a la cocina, donde se encontraba la hermana Millar. Ella le preguntó a la hermana Hanson: “¿Cómo estuvo el culto?” La hermana Hanson respondió: “El mensaje indicado, para el pueblo indicado, en el momento indicado”. La hermana Millar dijo: “Bueno, ¡gloria al Señor!, y cuando entró el hermano Millar, dijo: “Gloria al Señor”, saltando y alabando en alta voz, y dijo que todos los troncos habían sido removidos --¡los veintidós troncos!

LA DIRECCION DEL ESPÍRITU SANTO

Mientras estos cultos estaban en curso, el hermano Tiffany Flint, de Milwaukee, vino y me pidió que fuera a su congregación para tener dos semanas de cultos, pero no tenía fechas abiertas. En esos días, a veces tenía hasta cuarenta y dos compromisos por adelantado para realizar series de cultos, así que tuve que decirle que no. Pero él insistió, diciendo: “¿No podrías venir aunque sea por unos cuántos días?” Así que prometí que iría por tres noches.

Cuando llegué, me dijo: “Tengo algo que decirte: tengo tres personas aquí que necesitan ayuda espiritual”. Enseguida le dije: “No me cuentes nada al respecto. En el tren el Señor me dio tres textos bíblicos, uno para cada noche --martes, miércoles, y jueves— y con base en ellos he de predicar.” Resultó ser que cada uno de esos textos respondía precisamente a la necesidad de cada una de estas tres personas, y cada una de ellas asistió a

ese culto en particular en el cual se presentó el texto que le correspondía, y pudo beneficiarse de manera especial.

Relato todos estos incidentes porque siempre he creído en la dirección del Espíritu Santo; y ahora, después de estos cincuenta años de trabajo en el ministerio, estoy más firmemente arraigado en esa creencia que nunca.

Cierto tiempo más adelante, sostuve otra serie de cultos para el hermano Millar. Una tarde mientras estudiaba, el Señor me dijo: “Este será tu texto; ve a la calle tal, a tal y tal dirección, y predica a las 2:30 esta tarde.” Después del almuerzo, le dije al hermano Millar: “Vamos a caminar un rato”. Al salir le pregunté: “¿Habrá alguna calle en esta ciudad con tal nombre?”, y le mencioné el nombre que el Señor me había dicho. Él me dijo: “Pienso que sí; ¿qué hay de aquello?” Le contesté que el Señor me había dado un texto para predicar allí a las 2:30 p.m.. El hermano Millar me dijo entonces: “Tomaremos el tranvía e iremos allá para ver; pero déjame decirte que si hay alguna capilla en esa dirección, no tendrás oportunidad de predicar allí”. Abordamos el tranvía, y el chofer nos dirigió a la calle en cuestión. Al llegar a la dirección indicada, encontramos una capilla; había un culto en proceso. Entramos y nos sentamos en el último asiento. Recién habían terminado de cantar; el evangelista tomó su Biblia y subió al púlpito. El hermano Millar se sonrió, bajó la cabeza, y mirándome con el rabo del ojo, hizo un gesto como quien dice “yo sabía”. Pero yo estaba muy sobrio. Saqué mi reloj de mi bolsillo y lo sostuve en mi mano, y después que el evangelista había dado su texto, y había hablando por sólo siete minutos, cerró su Biblia y dijo: “Esto es extraño; no puedo predicar en esta tarde”, y dirigiéndose al pastor, le preguntó si él tenía el mensaje. El pastor respondió: “No, si yo ni siquiera cargo mi Biblia”. Entonces, mirando a la audiencia, el evangelista dijo: “Debe haber alguien más aquí que tiene el mensaje”. Señalándome, me preguntó: “¿No tiene usted el mensaje?” Yo le respondí: “Sí”. “Entonces suba acá --dijo él-- y tome el púlpito”.

Cuando subí al púlpito, rápidamente expliqué por qué estábamos allí a esa hora en particular; y procedí a predicar el sermón que el Señor me había dado. Al terminar, anuncié nuestros cultos, y todos parecieron estar a gusto con el mensaje. No estaba familiarizado con ninguna persona en la audiencia, y ninguno me conocía a mí tampoco, hasta donde tengo conocimiento. Más tarde varios de ellos asistieron a nuestros cultos y ocho de ellos fueron salvos y tomaron su decisión por la verdad.

UNA CONGREGACIÓN DIVIDIDA

Una vez recibí una serie de cartas de un dirigente de cierta congregación de la Iglesia de Dios; este hermano me rogaba encarecidamente que fuese allá a tener una serie de cultos. Decía que el Señor le había revelado que yo podría ser de gran bendición para él y su congregación. Nunca había ido a ese lugar, ni conocía a nadie en esa congregación (que yo supiera). Después de considerar debidamente el asunto, sentí que debería ir, y le escribí al pastor para hacérselo saber. En el día que planeaba partir, recibí una carta del mismo hermano, y al leer la carta comencé a temblar como una hoja-- cosa que nunca antes había experimentado. Yo estaba parado leyendo la carta. Mi esposa corrió hacia mí y me preguntó si estaba enfermo o si había algún problema. Ella tomó la carta y la leyó, y dijo: “No hay nada de malo con esa carta”. “No --le dije yo-- pero presiento que si voy, me encontraré con algo que nunca antes he tenido que encarar”. Mi esposa me contestó: “No dejes que el diablo te haga temblar ahora; anda, y yo estaré orando por ti”.

Al llegar a la ciudad, mientras salía del tren, un hombre se me acercó, y dijo: “¿Es usted el hermano Susag? Yo soy el hermano X--; he venido a recogerlo. En verdad estamos contentos de que haya venido; pero siento mucho tener que decirle que nuestra congregación se ha dividido en dos”. Rápidamente le quité mi maleta, y le dije: “Voy a regresar a casa; soy demasiado pequeño para siquiera intentar lidiar con

semejante asunto.” Pero él replicó: “No, usted no puede irse porque hemos estado orando para que usted viniese, y el Señor nos ha mostrado que usted es el hombre que nos ha de ayudar a resolver este problema”. “Está bien—dije--me quedaré sólo bajo una condición. Lléveme a un hotel, e infórmeles a ambos grupos que sólo me quedaré con la condición de que todos se reúnan en una sola capilla, y que nadie me comente nada acerca del problema. Porque si la Palabra de Dios no los unifica, de seguro yo no lo puedo hacer.” “Pero—insistió--seguramente necesita saber algo acerca de la situación”. “No—respondí. El Señor lo sabe todo, y también sabe qué mensajes darme de tiempo en tiempo”. “Muy bien—dijo entonces--lo llevaré a un área rural, a tres millas de la ciudad, adonde una pareja de ancianos que no saben nada acerca del problema”.

Tres días más tarde, a las tres de la tarde, el hermano vino a verme, y me informó que mi propuesta había sido aceptada por ambas partes. Prediqué por once días, y dejé que ellos mismos ministraran al altar, y a la onceava noche HABÍA UNA SOLA CONGREGACIÓN y todo era paz y armonía. Los primeros once días de cultos, no asistió ni una sola visita, pero a la noche siguiente la capilla se llenó, y hubo siete ministros de la ciudad presentes entre la audiencia.

UNA ASAMBLEA DE LA IGLESIA DE DIOS

Se planeó una reunión de Asamblea, que iba a celebrarse en Chicago, en la Iglesia de Dios en la calle 74. Los hermanos encargados de organizar este evento escribieron a los ministros de la obra de Publicaciones Escandinavas, en St. Paul Park, Minn., solicitando que enviasen a un evangelista que estaría predicando en los idiomas escandinavos—el hermano Thomas Nelson, el hermano Emil Krutz, o el hermano S. O. Susag. El hermano Krutz y yo estábamos teniendo reuniones en Hereford, Minnesota durante ese tiempo. Recibimos una carta de St. Paul Park en la cual nos pedían que orásemos para saber cuál de nosotros tres debería ir. El hermano Krutz me dijo: “Yo sé que

tú sabes quién debe ir; dime quién es”. Pero yo le respondí que él debería ir a averiguarlo de la misma fuente que me lo había hecho saber a mí. Él se fue. Dos horas más tarde, regresó, y dijo: “Fue un poco difícil para mí enterarme de quién debería ir, porque yo tenía tantas ganas de ir; pero el Señor me mostró que tú eras el que debería ir”.

Camino hacia allá, me detuve en St. Paul Park y me encontré con el hermano D. O. Teasley, de Nueva York. Me dijo: “Así que estás en camino a la Asamblea en Chicago”. Le dije: “Sí, si el hermano Nelson no va”. “Pero --dijo el hermano-- él no va. Cuando me detuve en Chicago, la congregación estaba orando para que el Señor te enviara.” Dios trabaja en ambos extremos.

Los cultos en escandinavo de la Asamblea se hicieron en la parte superior de la Casa Misionera. Después de cinco días de culto, una buena cantidad de personas había sido salva. Mientras tanto, en los cultos en inglés, que se llevaban a cabo abajo en la capilla, y en los cuales había treinta y tres ministros, no se estaban dando conversiones. El hermano Reardon, al escuchar el buen reporte de los cultos en escandinavo, me preguntó si yo no predicaba en inglés. “Sí--le respondí--en mi inglés machucado”. “Entonces--dijo--¿por qué no le pides al Señor que te dé un mensaje para predicarlo abajo en la capilla?” Le respondí que el Señor ya me había dado tres mensajes, pero siempre alguien se me adelantaba y llegaba al púlpito antes que yo (esos eran los días del “todos valen” en el púlpito (es decir, el púlpito se tomaba libre y ligeramente)). El hermano Reardon dijo: “Ven conmigo”, y me llevó a una habitación en la parte superior, donde había un grupo de los ministros con mayor liderazgo, y les dijo: “Aquí está el hombre que está deteniendo el éxito de las reuniones”. Dije: “¿Cómo puede ser eso, si ni siquiera tengo oportunidad de llegar al púlpito? Siempre alguien se me adelanta, y uno de los que lo hicieron ni siquiera era salvo”. A lo que ellos dijeron: “Ya lidiamos con esa persona-- y me dijeron que yo debería conseguir otro mensaje del Señor, pero yo dije: “No”. Entonces me preguntaron: “Si el Señor te

da otro mensaje, ¿lo vas a predicar?” Les dije: “Lo haré, si logro llegar al púlpito, y si ustedes oran por mí”.

Dos días después, el Señor me dio otro mensaje. El texto era la última parte del segundo verso de Proverbios 16: “...el Señor pesa los espíritus”. Después que yo había hablado unos cuantos minutos, el hermano Cole dijo: “Por favor, deténgase un momento, hermano Susag; no hable tan rápido; no podemos entender nada de lo que está diciendo”. Yo dije: “Por favor, oren por mí”. Más adelante, al darme cuenta que iba bien rápido, me detuve nuevamente, pero la hermana Cole dijo: “No se detenga ahora; siga, hermano Susag, podemos entender suficientemente bien”. Era como si el Espíritu Santo, que llenaba mi ser, me estuviese impulsando a apretar el paso. Cuando dije: “Amén”, había 42 personas en el altar clamando por misericordia.

Estimado lector: esto no se debió a mi buena predicación, porque ellos no podían entenderme, pero sí entendieron cuando el Espíritu Santo les habló.

Cuando fui al altar a ministrar a las almas que buscaban ayuda, llegó un hombre sobre sus pies y manos, ladrando como un perro. Lo llevaron a otro cuarto para orar por él. Recibió ayuda, y los demonios fueron echados fuera.

UNA IMPOSICIÓN DEL DIABLO

Cuando hubo terminado la ministración en el altar, les pedí a los hermanos Reardon y Ebel que fuesen al sótano conmigo. Tan pronto como llegamos allí, caí postrado sobre mi rostro al piso llorando, y diciéndoles: “Necesito ayuda; estoy en serios problemas. Pareciera que los demonios me estuvieran rasgando el cuerpo en pedazos”. Gracias a Dios por buenos hermanos que pueden ayudarlo a uno en tiempo de necesidad. El hermano Reardon me dijo: “Levántate de una vez, hermano Susag; no te quedes ahí postrado llorando por el diablo”. Pero les dije:

“Ustedes no saben en qué problema me encuentro”. Pero ellos me dijeron: “A ti no te sucede nada. Levántate y reprende al diablo. Levántate y siéntate en esa silla, y vamos a hablar contigo”. Entonces el hermano Reardon dijo: “El Señor te utilizó para romper el poder del diablo en el culto, y había siete poseídos por demonios en el altar. El diablo se puso furioso contigo y determinó arruinarte”. Entonces resistí al diablo y quedé libre.

Al permitir que el Espíritu Santo tenga pleno control sobre nuestras vidas, muy pronto nos daremos cuenta que parecieran existir dos seres igualmente poderosos operando en el mundo. Pero gracias a Dios, también nos daremos cuenta que DIOS ES EL OMNIPOTENTE, quien domina sobre todas las cosas.

-----:-----

En una ocasión, el hermano Tubbs y yo dirigimos unos cultos en Portland, Dakota del Norte. La esposa del hombre que nos hospedó profesaba salvación y decía estar entre los santos. El esposo a mi saber no profesaba salvación, pero era un buen hombre, y era uno de los principales hombres de negocios del lugar.

Un día, mientras veíamos los libros que tenían en el estante, encontramos muchos libros que se veían muy bien pero eran de la doctrina Rusellista (los “Testigos de Jehová”). Le preguntamos a la hermana quién los había comprado. Nos dijo que ella los había comprado –“que había gastado más de \$100.00 en esos buenos libros”. Le informamos a la hermana que esos libros no son eran sanos, que enseñaban doctrinas erróneas, y no deberían ser leídos ni entregados a nadie más.

Al tomar esta posición, pareció que nos quedaríamos sin un lugar donde hospedarnos. Pero esa tarde el Señor cambió la situación. El niño de dos años de esta pareja enfermó de gravedad repentinamente. La madre nos pidió que orásemos por el niño. El hermano Tubbs le dijo llanamente, que el Señor no

sanaría al niño mientras ella mantuviera esos libros en casa. Cuando nos íbamos al culto esa tarde, el padre, que tenía al niño en sus brazos envuelto en una sábana, nos dijo: “¿Podrían ustedes garantizarme la sanidad de mi hijo si lo pongo en sus manos? De no ser así, tendré que llamar a un médico antes que sea demasiado tarde”. El hermano Tubbs respondió: “No garantizamos nada”, y comenzamos a salir para el culto.

El hermano Tubbs ya estaba parado afuera de la casa, cuando la madre del niño dijo, rogando: “¿No podrían orar?” El Espíritu Santo me instó a decirle: “Sí, pero con una condición: Si usted promete llevar todos esos libros al sitio de reunión mañana para que sean quemados ante los ojos de la audiencia, yo oraré, y garantizo la sanidad del niño”. Ella dijo: “Yo no haré tal cosa; son buenos libros, y costaron \$100.00.” “Está bien--dije, y salí de la casa. El padre dijo: “Un momentito--y dirigiéndose a su esposa, dijo: ¿No vale la vida de nuestro hijo más que \$100.00?” Ella replicó: “Pero es que son buenos libros”. Él dijo: “Los ministros dicen que no sirven. No sé nada acerca de esos libros, si son buenos o no; pero una cosa sé: que la vida de mi hijo vale más que \$100.00”. Ella dijo: “Está bien, pues, lo voy a hacer”.

Volví a entrar, tiré mi sombrero al piso, me dirigí adonde estaba el niño y puse mis manos sobre él y oré la oración de fe. El Señor sanó al niño instantáneamente, y los libros fueron quemados al día siguiente.

He visto estantes y libreros en muchas casas que necesitan ese mismo tipo de limpieza a fin de que la gloria de Dios more en sus hogares, y a veces aun en los templos.

En los años 1915 y 1916, pasé casi trece meses en Dinamarca, ayudando a los pocos obreros fieles allá a levantar ocho congregaciones, y muchos libros fueron quemados durante ese tiempo.

Una madre anciana en Israel (espiritualmente hablando), cuando oyó que los libros eran quemados, dijo: “Tengo un solo libro, y es un buen libro”. Me lo trajo, y dijo: Si dices que este libro no está bien, mi salvación también se va con él”. Le pregunté si me permitiría marcar el libro con un lápiz, y ella me dijo que sí. Después de haber leído un poco, y habiendo marcado ciertas partes con el lápiz, lo puse a un lado. Ella me preguntó qué pensaba acerca de su libro. Para no desanimarla, le dije: “Hay algunas cosas buenas en ese libro”. Ella lo tomó y buscó los lugares donde había marcado; finalmente cerró el libro, y dijo: “Este libro no sirve; la Biblia dice esto y aquello, y el libro dice lo contrario”. Entonces preguntó: “¿Por qué he sido bendecida muchas veces al leer este libro? Le contesté: “Porque usted era sincera y no sabía mejor”.

-----:-----

Nosotros los ministros pioneros, nos encontrábamos con muchas cosas. En una ocasión, al haber regresado a casa, me encontré con que un tiro (grupo de caballos que tiran un carruaje) desbocado había tumbado nuestro molino de viento, así que tuvimos que obtener uno nuevo. El pozo tenía 204 pies de profundidad y era muy difícil de bombear a mano. Después de haber conseguido el nuevo molino, un vecino vino y le dijo a mi hijo Oswald: “Viste, tu papá estuvo fuera predicando, y así pudieron conseguirse un molino nuevo”. Sí (digo yo)--había salido a predicar por siete semanas, y recibió \$0.11 por debajo de lo que había gastado. El año siguiente estuve fuera de casa por nueve meses y cinco días y me fue bastante bien—en esa ocasión recibí \$76.76 por encima de mis gastos.

-----:-----

A veces me ponía a pensar en el pequeño Charlie Brown, que tenía alrededor de once años en ese tiempo. Cuando su padre le preguntó si se cansaba, él le dijo: “Sí, me canso de tanto caminar y predicar”. Así que fueron a una arboleda a orar, y su padre le dijo: “Iremos al próximo poblado, y tú predicarás en la

esquina de alguna calle, y si ningún alma es salva, pararemos, y si algunas almas son salvas, seguiremos. ¿Qué te parece?” El joven Charlie consintió en proceder así, y varias almas fueron salvas. Ahora “Charlie el joven” es Editor Jefe de “La Trompeta del Evangelio”.

En esos días era carteras vacías, estómagos vacíos y pies adoloridos, pero eso no detuvo la predicación. Sí, en esos días íbamos en pos de LAS ALMAS, y no de fama y fortuna.

-----:~::~:-----

En dieciséis años no conseguí ni un vestido nuevo; mi esposa sólo obtuvo un traje nuevo en dieciocho años. Aunque vivíamos en una finca, no podíamos comer mantequilla. Teníamos que venderla para poder obtener cosas más necesarias.

Un año, mi esposa y nuestros hijos criaron veintidós cerdos, mientras yo estaba fuera predicando el evangelio en el campo misionero. Teníamos que reunir \$500 para el pago de nuestra casa, o mudarnos. Cuando llegué a casa en el otoño, mi esposa me recibió con lágrimas en los ojos, diciéndome que los cerdos estaban ya listos para el mercado, cuando repentinamente el precio bajó, de seis dólares por cada cien libras, a dos dólares con setenta y cinco. “Y --añadió-- la única razón que se me ocurre para que esto haya sucedido, es que no hayamos estado ofrendando suficiente”. “Pero --respondí-- yo creo que hemos dado suficiente al Señor: nuestro ingreso bruto ha sido de un poquito más de \$500.00.” Entonces ella trajo dos lápices y dos hojas de papel, y me dijo: “Ven”. Nos arrodillamos y le pedimos al Señor que trajera a nuestras mentes cuánto habíamos ofrendado, y al hacer el recuento, nos dimos cuenta que habíamos dado \$252.50. Entonces, casi asustándome, mi esposa, con lágrimas corriendo por sus mejillas, alzó su mano hacia el cielo, y dijo: “Señor, hemos cumplido con nuestro deber; tú tendrás que pagar nuestras deudas”.

Dos días más tarde, el comprador de ganado regresó y nos dijo que si él podía comprar nuestros cerdos, él tendría suficiente para dos vagonadas de ferrocarril. Yo le dije que no los podría obtener a ese precio bajo. Él dijo: “Esos son los mejores cerdos que he visto en toda mi vida, y si los compro y los mezclo con los otros, podría venderlos todos al precio alto”. “Y --añadió-- te voy a dar el precio de antes: seis dólares (\$6.00) por cada cien libras”. Le contesté: “Son suyos”.

Uno de nuestros vecinos tenía veintidós cerdos que habían nacido la misma semana que los nuestros. El día que los trajeron al pueblo, la gente dijo: “Los cerdos de Susag son los que mejor se ven, pero los de P-- pesarán mil libras más que los de Susag. Los pesaron, y se dieron cuenta que nuestros cerdos pesaban casi mil cien libras más que los del vecino. Los quitaron de la pesa dos veces para revisar las pesas, y ver si estaban funcionando bien, pero los cerdos mantuvieron su peso, casi mil cien libras más que los cerdos del vecino. Así que una vez más el Señor honró a sus siervos fieles e humildes. Hubo suficiente dinero para pagar los \$500.00, y sobró un poco.

Dos años más tarde teníamos que hacer otro pago de \$500.00. Cuando empezamos a sembrar en la primavera, les dije a los mellizos: “Arrodillémonos aquí mismo en el campo, y pidámosle a Dios que nos dé una cosecha lo suficientemente grande para poder pagar las cuentas que tenemos que cancelar en el otoño”. Ese año, generalmente hablando, fue bastante pobre la cosecha. En promedio, la producción de trigo fue de entre dos y medio y tres y medio motetadas por acre, y era un trigo de baja calidad, o N° 4, como usualmente se le llama (cada motetada equivalía como a ocho galones; el acre equivale al cuarenta por ciento de una hectárea, como 4,000 metros cuadrados). Pero el Señor nos dio dieciocho motetes por acre en uno de los terrenos, y en el otro terreno, veintidós motetes por acre, de trigo N° 1 (la más alta calidad). Una anciana dijo: “Yo no comprendo semejante cosa --con solamente una cerca de por medio”.

LOS ANCIANOS SOÑARÁN

En una ocasión tuve un sueño, de una escena que ocurrió en la capilla de St. Paul Park, Minnesota. El hermano Nelson, que recién había terminado de predicar, estaba de pie junto al púlpito, apoyándose con su codo izquierdo sobre el púlpito y con la mano en la barbilla, mirando a la audiencia. Entonces vi a una mujer, como a dos terceras partes del pasillo, hacia atrás, que se levantó de su puesto y con un gesto de indignación, sacudió su puño, dirigiéndoselo al hermano Nelson. El Señor me dijo: “¿Ves a esa mujer?” Yo respondí: “Sí”. “Ves que no está bien conmigo, al manifestarse de esa manera contra mi siervo?” “Sí --dije-- puedo ver eso.” Entonces la escena cambió en mi sueño. Estaba sentado en una silla, justo entre el comedor y el cuarto de enfrente en el Hogar de Obreros de la Compañía de Publicaciones Escandinavas, y había un ministro sentado detrás de mí, con las manos en el respaldo de mi asiento. Yo me había encontrado con este ministro en una ocasión anteriormente, y el Señor me había dicho: “Ten cuidado con ese hombre; él no está bien conmigo. Te va a meter en problemas”.

Unos días mas tarde, recibí un mensaje telefónico, de ir inmediatamente a St. Paul Park, Minn. Fui de una vez. Al llegar, me enteré que se estaban llevando a cabo cultos en el Hogar de Obreros, y muy pronto estuve sentado exactamente en el mismo lugar que había soñado. De repente, vi a la mujer que había visto en mi sueño entrando al culto; venía de la cocina. Yo nunca antes la había visto, ni jamás había escuchado de ella; pero la pude reconocer porque la había visto en el sueño. Entonces casi me asusté. ¿Qué tal si ese predicador estaba sentado detrás de mí, apoyando sus manos sobre el respaldo de mi silla? --pensé. De todos modos, ¿qué más da? ¡No me atreví a mirar para atrás!

Los hermanos me pidieron que predicara, y cuando me levanté y miré a la audiencia, ¡efectivamente allí estaba sentado el mismo ministro que había visto en mi sueño! Prediqué acerca del Salmo 23. Usualmente mis prédicas son largas, pero en esta

ocasión fue relativamente corta. Cuando terminé, el hermano Nelson dijo: “¿Eso es todo lo que nos vas a dar?” Y yo dije: “Sí”. “Los ancianos soñaran sueños, y los jóvenes verán visiones.”

Cuando hubo terminado el culto, el hermano O. T. Ring se me acercó, y dijo: “Por favor, entre en nuestra habitación; queremos conversar con usted por un momento”. Al entrar, me di cuenta que los ministros estaban reunidos juntamente con este ministro y la mujer del sueño, y también algunos de los obreros dirigentes. El hermano Nelson dijo: “Estamos teniendo cierta dificultad, y sentimos que deberíamos mandarlo a llamar. Usted es un hombre experimentado y pensamos que posiblemente usted nos podría ayudar”. Entonces me levanté y pregunté si podía contar mi sueño. Después de haberlo hecho, dije: “Si esto encaja, déjenme salir”. “Sí, encaja”, dijo él.

Unos años más tarde, el hermano J. S. Lane iba a ser el evangelista en el “camp meeting” estatal de Dakota del Sur. Nos encontramos allí y nos presentamos el uno al otro. El hermano Lane dijo: “Hermano Susag, me detuve en Clinton, Iowa, y una hermana me dijo: “¿Usted va a Dakota del Sur y a Minnesota? Entonces va a conocer a un ministro al cual le tengo miedo. Se llama Susag. El Señor le habla, ya sea que esté despierto o dormido”, pero no recuerdo su nombre. Yo dije: “Su nombre es tal y tal”. “Sí”, dijo él. Esto sucedió como veinte años después del sueño.

UNA BENDICIÓN ESPECIAL

Fue una experiencia maravillosa la que El Señor me dio después del bautismo de la hermana Swenvorg, y la maravillosa sanidad de sus ojos, y también la maravillosa gloria que el Señor manifestó sobre ella, juntamente con la persecución que todo ello involucró. Esa noche en el culto el Señor me bendijo tanto, que tuve que poner mis dos manos sobre mi pecho y pedirle al Señor que detuviera esa fuerte emoción, ya que mi cuerpo

humano no podía soportar más presión. Esto ocurrió en Lukken, Dinamarca.

FALSAS ACUSACIONES

Una vez fui a tener cultos en la arboleda del hermano William Gustafson, que estaba situada tres millas al norte de Belgrade, Minnesota. El hermano se encontró conmigo en la estación del tren, y dijo que tenía bastantes asuntos que atender en el pueblo. Así que me dijo que me podía quedar allí en la estación, y que tan pronto terminara con sus asuntos vendría a recogerme. Pero como había pasado ya un tiempo considerable, y vi que no llegaba, me acerqué a un almacén y pregunté si allí conocían al Sr. Gustafson, y me dijeron que sí lo conocían. Entonces les pregunté si sabían si él aún se encontraba en el pueblo. Me dijeron que hacía tiempo él se había ido a casa. Así que tuve que tomar mis maletas y caminar hacia su casa, ya que era allí donde tenía que hospedarme, y los cultos ya se habían anunciado. Llevé a cabo las reuniones y algunas almas fueron salvas. Nunca le pregunté al hermano por qué me había dejado en el pueblo. Pensé que el buen Señor podía hablarle al respecto mejor que yo. El Señor me dio gracia para tratarlo tan amablemente como si nada hubiese sucedido. Cuando terminaron los cultos, tuve que regresar caminando al pueblo nuevamente.

El año siguiente, en el “camp meeting” estatal, este mismo hermano se me acercó, y dijo: “¿Podemos ir al bosque?” Por supuesto, respondí que sí. Mientras nos dirigíamos hacia allá, me dijo que un supuesto predicador le había hablado acerca de mí, acusándome de muchas cosas, pero después él se había dado cuenta que no eran ciertas. Entonces me pidió que lo perdonara, y también le pidió perdón al Señor por haberme mentido.

Es muy triste que ocurran cosas así, porque el hermano Gustafson ha sido un buen hombre, y pocos hay como él.

Entonces el hermano Gustafson añadió que el Señor le había dicho que él debería haberme dado diez dólares por aquellos cultos, pero que ahora el Señor le decía que eran cincuenta, y me hizo un cheque por esa cantidad.

UN MARAVILLOSO INCIDENTE

El papá Brewster, como comúnmente le llamaban, de Hereford, Minn., había enfermado, y estuvo enfermo por cierto tiempo. Si fui informado correctamente, él tenía 89 años de edad. Por varios días se pensaba que estaba muerto. Sin embargo, el doctor decía que aún vivía, pero podría fallecer en cualquier momento. La familia me mandó a buscar para dirigir el culto fúnebre. Él había estado en coma por ocho días.

Cuando llegué, me di cuenta que aún los médicos no habían confirmado su muerte. Entré a la recámara donde se encontraba, y estuve allí de pie mirándolo por unos minutos, meditando en los muchos buenos momentos que habíamos tenido juntos en el Señor.

Finalmente, caí de rodillas y comencé a orar. Repentinamente, él dijo en alta voz: “Gloria al Señor, hermano Susag”. No movió su cuerpo para nada, sólo sus labios para hablar, y al día siguiente falleció. No había dicho una palabra en ocho días.

ACLARANDO LAS DUDAS

Un año, cuando era el evangelista en el “camp meeting” estatal de Dakota del Sur, mencioné un día en el sermón que estaba muy ocupado, y que había recibido suficientes solicitudes (para ir a predicar) desde que había llegado a ese “camp meeting”, como para mantenerme ocupado por dos años. Después del culto, el hermano Gesselbeck, el ministro encargado de la iglesia, me dijo: “Vayamos al vehículo”, y así lo hicimos.

Comenzó diciendo: “Siempre he confiado en ti, hermano Susag, pero hoy, en algo que dijiste, pensé que habías exagerado, así que decidí hablar contigo de una vez, porque no quería perder mi confianza en ti”. Yo le dije: “Gracias, eso está bien, hermano; ¿qué fue lo que dije?” “Dijiste que habías recibido suficientes solicitudes para estar ocupado por dos años, ¡y apenas vamos por el tercer día del “camp meeting!” “Dije eso?--pregunté. Bueno, tal vez dije demasiado, pero vamos a ver: Tengo las cartas aquí en el bolsillo, y están dirigidas a Arlington, Ruta 1, Dakota del Sur”. Entonces abrimos las cartas y las leímos, y nos dimos cuenta que de ir a tener cultos en cada lugar, durante el tiempo señalado en cada carta, me tomaría veintiséis meses, o sea, dos años y dos meses. El hermano entonces dijo: “Yo sabía que eras un hombre ocupado, pero nunca me imaginé que estabas **tan** ocupado --¡me alegro de haber hablado contigo!”

Sí; si todos hiciéramos lo mismo cuando algo está en tela de duda, se evitarían muchos malentendidos.

UN CÁNCER SANADO POR REVELACIÓN

En cierta ocasión, tenía un cáncer en el labio superior, y un día me encontré con el doctor Sandven en la calle del poblado donde vivía. Él se detuvo y me dijo: “Más vale que vengas al hospital para que te quememos esa cosa, o de lo contrario, VAS a tener algo”. Yo le respondí: “Ya tengo algo”. “Sí --dijo él— pero tal vez estemos a tiempo aún para quemarlo.” “Bueno --le dije—creo que seguiré esperando en mi propio Doctor por un poco más de tiempo.” “Está bien --dijo él-- si no te deshaces de eso, ven a vernos, y trataremos de ayudarte.”

Unos días más tarde, fui a Erie, Dakota del Norte, a tener cultos en una carpa, para la hermana Bertha Gaulke, que era la pastora de la iglesia allí. Oramos frecuentemente, pero durante dos noches el dolor fue tan intenso, que me parecía que las raíces del cáncer entraban por mi nariz y subían hasta mi ojo izquierdo. La tercera noche, yo estaba llorando y orando, y

finalmente me dormí. Y mientras dormía, el Señor me dijo: “Despiértate y agarra el cáncer; he escuchado tus oraciones, y va a salir”. Me desperté e hice lo que el Señor me había indicado, ¡y salió el cáncer, con raíces y todo!

He tenido (y aún sigo teniendo) muchos sueños. La Biblia dice que “...ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.” (Joel 2:28).

UNA PLUMA PERDIDA

Durante el tiempo cuando era pastor en Grand Forks, necesitaba una pluma fuente. Las hermanas Hulda y Louise Werstlein me habían dado \$5.00 para obtener la pluma, este sería mi regalo de Navidad (Nota editorial: evidentemente, en ese tiempo por lo menos algunos de los hermanos celebraban esta fiesta). Los envié a mi hijo, que en ese entonces era vendedor de estos artículos, y me consiguió una pluma Waterman de \$7.50 por los \$5.00.

Después del “camp meeting” estatal de Minnesota, la hermana Moon, de Canbee, Minnesota, me pidió que la llevara juntamente con sus dos hijos de regreso a casa. Al llegar a Montevideo, me encontré con el hermano Thomas Nelson, quien dijo que deseaba tener una larga conversación conmigo. Le dije que podía llevarnos a la hermana Moon con sus dos hijos y a mí, y así podríamos conversar durante el viaje de ida y vuelta, lo cual hicimos. Pero al llegar a casa, ¡mi pluma había desaparecido!

Le escribí al pastor de Montevideo, pidiéndole que buscara en el carro del hermano Nelson, y en la hierba alrededor del lugar donde el carro se había estacionado, pensando que la pluma tal vez se había caído de mi saco al hacer el cambio de vehículo. Como una semana más tarde, recibí una tarjeta en la cual me decía que la pluma no aparecía por ninguna parte.

Unas noches más tarde, tuve un sueño. Vi mi pluma. Estaba parada junto a un sauce pequeño, donde había un montón de hierba en una cuneta; estaba llena de polvo.

Unos días después, mientras iba camino al pueblo, hacia el norte, pasé la calle que iba hacia el oeste, la misma calle en la cual habíamos estado cuando se había perdido la pluma fuente. El Señor dijo: “¿Por qué no vas a buscar tu pluma?” Yo me reí entre mí, pero seguí manejando; y otra vez el Señor dijo: “¿Por qué no buscas tu pluma; por qué no buscas tu pluma?” Finalmente, tuve que devolverme, y al hacerlo, me decía a mí mismo: “Éste es un viaje del cual jamás le contaré a nadie; ¡manejar 136 millas para buscar una pluma dentro de una cuneta!

Después de haber manejado $1\frac{3}{4}$ millas, vi a mi izquierda un pequeño sauce, exactamente como lo había visto en mi sueño. Detuve el carro y salí a mirar, y allí estaba mi pluma, tal cual la había visto en mi sueño.

Podríamos preguntarnos cómo llegó allí. La única respuesta que se me ocurre es que tal vez tenía mi saco sobre el asiento delantero del carro; el saco debió haberse caído mientras el carro iba en movimiento, y al recogerlo, la pluma se debe haber caído del bolsillo de mi saco en la oscuridad.

UN INCIDENTE MARAVILLOSO

Había llegado a casa un sábado, y fui al culto el domingo. El pastor dijo: “Ahora sé por qué no tengo mensaje hoy—y volviéndose hacia mí, dijo: predica tú por mí”. Yo dije: “No, yo no traje mi Biblia”. “Bueno —dijo alguien— nosotros podemos darte una Biblia”. Yo dije: “Alguien más debe tener el mensaje”. Había otros dos ministros allí, pero ninguno de los dos tenía mensaje. Finalmente, mi esposa dijo: “Esposo, de tiempo en tiempo recibo un número cartas, y aquí hay una que dice así: ‘Querida hermana Susag: usted debió haber estado en

nuestro culto anoche. Tuvimos un mensaje maravilloso y un culto maravilloso. Varios fueron salvos; ¿y sabe quién predicó? Su esposo predicó”. Después añadió: “¿Por qué no nos da uno de esos mensajes aquí en casa?” Y todos ellos dijeron: “Claro que sí”.

Entonces obtuve un texto. Miré mi reloj y eran las 11:00 de la mañana. Yo sabía que el pastor tenía que estar en casa para las 12:30, pero se me había olvidado por completo, y ninguna persona se movió, ni siquiera los niños pequeños, mientras predicaba. Cuando terminé de predicar, pensé que serían las 12:10 ó las 12:15, pero al ver mi reloj, eran las 3:15 de la tarde. ¡Yo había predicado por 4 horas y 15 minutos, y el pastor y la audiencia declararon que tenía que haber algún problema con nuestros relojes! ¡Al parecer, debimos haber estado bastante cerca del tercer cielo!

LA ORACION DEL JUSTO PUEDE MUCHO

En una ocasión, mientras estaba en Europa, mi esposa me pidió que visitara a su prima, quien había estado enferma y postrada en cama durante 21 años. Había estado en esta condición desde los 19 años de edad. La primera vez que la visité, como no tenía entendimiento sobre la sanidad divina, se enojó por las instrucciones que le di. Sin embargo su padre, el tío de mi esposa, obtuvo una gloriosa experiencia de salvación. Dos semanas más tarde recibí una carta de la mujer, pidiéndome que la visitara nuevamente, y así lo hice. Entonces se arrepintió y se convirtió al Señor. Oré por ella y el Señor la levantó.

DISPUERTO A SUFRIR POR EL EVANGELIO

En una ocasión, en una ciudad llamada Stavanger, en Noruega, me solicitaron orar por una hermana que estaba en las últimas fases de tuberculosis de los pulmones. Como algunas de las personas allá enseñan que es hechicería sanar por la Palabra

de Dios y por la oración, se formó una turba para apedrearme, y la gente del pueblo me llamó y me pidió que no ungiera ni orara, por temor de que me hicieran algún daño físico. Yo les dije que yo no era mejor que los apóstoles ni que ninguno de los demás ministros de Dios, y que si fuere necesario, estaría dispuesto a morir por causa del evangelio.

Ungí a la mujer y oré por ella, y el Señor la levantó, para el gran asombro del pueblo, y ningún daño físico me sobrevino.

Me encontré con su hermana melliza años más tarde, y ella dijo que desde entonces su hermana había permanecido bien, fuerte y sana.

EL SEÑOR SANÓ MIS DOLENCIAS

En 1916, mientras estaba en Dinamarca, contraí tuberculosis de la garganta y de la cabeza. Estaba tan débil, que mientras realizaba cultos en compañía del hermano Carl Forsberg de Pandrup, Dinamarca, una tarde, antes que el culto comenzara, estaba sufriendo tan intensamente, que me fui al establo de las vacas, me senté sobre un banquillo, y allí estuve tosiendo y escupiendo, orando y llorando, hasta estar tan débil que al tratar de levantarme, no podía hacerlo.

Llegó la hora del culto, y nadie sabía dónde me encontraba, así que salió a buscarme un hermano de apellido Madson, un hombre grande y fuerte. Cuando me encontró, me cargó y me llevó adentro, y me acomodó en la sala de espera. Los hermanos oraron por mí, y obtuve fuerzas para levantarme y predicar. Cerramos los cultos esa noche.

El hermano Forsberg regresó a Suecia, y yo adonde estaba hospedándome, en Hjoring. Fui a ver a un especialista, y le pedí que me expidiera un permiso para regresar a los Estados Unidos de América. Después de haberme examinado, me dijo que no me podía dar el permiso, porque a mí no me permitirían

embarcarme en esa condición. Añadió: “Aunque lograses iniciar el viaje, morirías antes de llegar allá”. Le dije al doctor que me gustaría estar con mi familia al momento de dejar este mundo. Él me respondió: “No te culpo, pero no lo puedes hacer”.

Entonces recibí una carta del hermano y la hermana Johnson de Jotta, Suecia, en la cual decían que “el hermano Forsberg había llegado a casa diciendo que al parecer ya el Señor había terminado con el hermano Susag, que ya estaba casi muerto. Mi esposa y yo nos pusimos de acuerdo en oración, y el Señor ha dicho que te va a sanar, y que vas a predicarnos aquí muchas veces más”.

El domingo siguiente, tuvimos culto en Hjoring a las 11:00 de la mañana, aunque parecía que yo ni siquiera podía ponerme de pie, pero pensé que que si de todas maneras iba a morir, sería mejor irme al cielo desde el púlpito que desde la cama. Después de haber hablado por unos 15 minutos me detuve, ya que la garganta me dolía tan intensamente que apenas podía susurrar, y la audiencia no podía oirme. Subí las escaleras para ir a mi habitación, que estaba en el mismo edificio del templo, y me acosté en la cama, sufriendo intensamente.

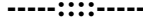
Afuera de mi habitación había un árbol, y un pajarito saltó a una rama y empezó a cantar. (No sé cómo se llamaba el pájaro, pero se parecía a las especies de pájaros que venían y cantaban en nuestra arboleda en Minnesota. Yo nunca antes había escuchado uno de estos pájaros en mis viajes por Europa). Me volteé hacia el pájaro, y dije: “¿Mi Padre celestial te mandó desde Minnesota hasta Dinamarca, para cantarme ahora que estoy tan angustiado?” Y mientras más yo le hablaba, el pajarito más movía sus alitas, y cantaba y cantaba, hasta que pude olvidarme de mi dolor, y tuve que reírme en alta voz. Eran casi las 4:00 p.m., la hora del siguiente culto. Me levanté y me arreglé para el culto, y cuando pasé al púlpito para predicar, para mi sorpresa, estaba perfectamente sano, y podía hablar tan alto como de costumbre, sin dolor alguno.

La siguiente mañana fui a ver al especialista, y le pedí que me volviera a examinar para ver si podía regresar a casa si así lo deseaba. Después de haberme examinado, el doctor dijo: “Hombre, ¡oh! hombre, ¿qué hiciste? No tienes ni un solo germen de tuberculosis-- puedes irte o quedarte según te plazca”. Yo le dije que no había hecho nada, pero que el pueblo de Dios había estado orando por mí, lo cual había producido resultados que sorprendieron en gran manera al doctor. Así es como Dios lidia con sus hijos humildes y sin mérito, que confían en Él y le obedecen.

-----:~::~:-----

Generalmente he tenido la práctica de no cenar hasta después del culto vespertino. Una noche, estando en Suecia, comí un poquito de pescado de una lata que había permanecido abierta por cierto tiempo. Después de haber comido un poquito del pescado, recordé que la lata había permanecido abierta, y no comí más. Como media hora después de haberme retirado a dormir, me desperté sintiéndome enfermo de muerte-- me había envenenado (con ptomaína). Parecía que me iban a sacar de este mundo. Durante toda la noche, el hermano Forsberg, la hermana Bettie Miller y otros, se mantuvieron orando por mí, y al día siguiente, mi vida parecía colgar de un hilo; pero a las cinco de la tarde, obtuvimos la victoria y estuve perfectamente sano, y pude predicar en el culto aquella noche.

Unos años más tarde, durante un “camp meeting” en Anderson, Indiana, nuevamente quedé envenenado de una manera similar. Varios hermanos oraron por mí, pero no mejoraba. Finalmente, el hermano George Green, que ahora es pastor en Hanford, California, un verdadero consiervo mío que me amaba mucho, se quebrantó y lloró y tuvo compasión de mí, y oró una corta oración de fe reprendiendo al diablo y a la enfermedad, y fui sano instantáneamente. La Biblia dice de Jesús, que él tenía compasión de las personas, y sanaba a todos los que venían a él.



En cierta ocasión en el año 1933, no me sentía muy bien. Iba camino a California, y me detuve en Minneápolis, donde viven mis tres hijos varones. Mis hijos, al ver que no estaba bien, decidieron resueltamente llevarme a un médico para que me examinara. El doctor ordenó que me internaran en un hospital, donde cinco doctores tomaron seis radiografías. Después de haber tomado las mismas, los doctores me preguntaron: “¿Qué cree usted que tiene?” Yo les dije: “Lo mismo que creen ustedes”. Ellos dijeron: “¿Y qué creemos nosotros?” ¡Cáncer!— dije yo. No—dijeron ellos. Yo les dije: ¿Por qué mienten? Dijeron que era cáncer, y uno de los malos. Ellos entonces preguntaron: ¿Entiende usted latín? Yo dije: Por lo menos entendí eso.

Por la tarde el doctor llamó a mi hijo Clarence, y le preguntó: “¿Le digo yo a tu padre qué es lo que tiene, o se lo dices tú?” Mi hijo respondió: “No importa quién se lo diga, ya que él está listo para vivir o para morir. Queremos saber la verdad, aunque sea lo peor”. El doctor dijo: “Es lo peor. Tráelo a mi oficina mañana a las tres de la tarde”. Escuché a los cinco médicos hablando sobre el caso entre ellos, mencionando la posición del cáncer.

Cuando llegué a la oficina al día siguiente, el doctor dijo: “Tengo buenas noticias para usted, Rev., no tiene cáncer.”

Le pregunté: ¿Cuándo me mintió, ayer u hoy?” El doctor respondió: “Ninguna de las dos veces: los rayos X claramente muestran cáncer. Olvidaron tomarle su prueba de alimentos, así es que usted tuvo que regresar al hospital para hacerse esa prueba, y en la prueba de alimentos no aparece ningún cáncer”.

El doctor preguntó: “¿Qué hizo usted—tenía un cáncer y ahora no lo tiene?” Yo le contesté: “Hice lo que cuenta una historieta que nosotros los ministros tenemos, acerca de un niño y su hermana. Los dos estaban jugando afuera, y a las once del

día Mary tuvo hambre, y entró a la casa para pedirle a su madre una rebanada de pan, pero mamá le dijo: ‘Pronto será la hora de almuerzo; sal a jugar hasta que esté lista la comida’. Entonces entró Freddy a pedir pan y salió con una rebanada de pan con mantequilla. Al ver esto, Mary le preguntó: ‘Qué hiciste para conseguirla?’ ‘Lloré para conseguirla’, respondió Freddy—lo mismo hice yo”

El Señor hizo que olvidaran tomarme la prueba de alimentos al principio para que se pudiese verificar el milagro.

-----:~::~:-----

Un día estaba arando la tierra, ya que les había pedido a mis hijos que me dejaran hacerlo para ejercitarme un poco. Eran como las 10:00 a.m.; yo había parado y me había bajado del arado para dejar que los caballos descansaran un rato. Yo estaba de pie, mirando hacia el sur en el campo, cuando vi a seis u ocho pies delante de mí al querido hermano A. G. Ahrendt, de pie y sonriéndome, tan real como si estuviera allí físicamente. “El hermano Ahrendt se va de Grand Forks por órdenes mías”, me dijo el Señor. “Si por tus órdenes se va, amén”—contesté. Entonces me di vuelta para subir nuevamente al arado, cuando vi al otro lado del arado a una ministra parada allí, y el Señor dijo: “Algunos están considerando buscarla a ella para ser la pastora, y eso arruinaría la obra en Grand Forks” (no porque hubiera nada malo en ella como ministra; sólo que no era la persona adecuada para esa congregación en particular). La visión desapareció y yo seguí arando.

Dos o tres días más tarde, me sentí tan cargado por esta obra en Grand Forks, que casi me enfermo. Así que le escribí al hermano Ahrendt, preguntándole si había ocurrido algo malo, o si alguien se había enfermado, porque yo estaba tan cargado. Yo esperaba una respuesta inmediata, pero no la obtuve, así que le volví a escribir, y de nuevo no recibí respuesta. Escribí por tercera vez la semana siguiente, diciéndoles que iba a pasar por Grand Forks de camino a Raab para unos cultos, y si así lo

deseaban, podían hacer arreglos para que yo tuviese cultos con ellos viernes en la noche, sábado y domingo. Entonces recibí una carta de la hermana Ahrendt, donde me decía que su esposo no se encontraba allí, y que ellos se iban de Grand Forks.

El domingo en la tarde, estando ya en Grand Forks, por invitación del hermano Lars Olson fui a su casa, y allí encontré a los cuatro dirigentes de la congregación: August Shave, Bertha Gaulke, Lars Olson y la hermana Johnstone. Ellos me dijeron que habían estado hablando acerca de mandarme a buscar. El hermano Shave había propuesto que me enviaran el dinero para el pasaje, pero el hermano Olson había dicho: “No, no haremos eso; le pediremos al Señor que lo mande para acá, y cuando llegue cubriremos sus gastos”. Fue debido a esas oraciones elevadas por los amados en Grand Forks que el Señor cargó mi corazón antes que yo fuese allá.

Entonces me rogaron que fuera su pastor, y finalmente acepté ir a quedarme con ellos por uno o tres meses, o hasta que pudieran conseguir un pastor. Me quedé con ellos por casi cinco años.

UN MENSAJE DEL JUICIO DE DIOS

Mientras realizaba una serie de cultos en compañía del hermano Renbeck en una escuela en el campo entre Kelly y Manville, Dakota del Norte, cuando nos hospedábamos donde el hermano y la hermana Holman, una tarde, mientras oraba, el Señor me dio un mensaje acerca de LOS JUICIOS DE DIOS, y de qué sucedería, aún en este mundo, si las personas rechazaban la Palabra de Dios. El Señor me dijo: “Van a cerrar la escuela”. Entonces le pregunté al hermano Holman que de cerrar los cultos esa noche, ¿dónde podríamos continuar? El hermano Holman respondió: “De seguro no vamos a cerrar los cultos esta noche; continuaremos los cultos en la escuela”. Yo le dije: “Esta noche nos van a cerrar la escuela”. A lo cual él dijo: “¿Quién te dijo eso?” Le respondí que el Señor me lo había

dicho. Entonces el hermano Holman dijo: “Eres un buen hermano, pero esta vez te equivocaste, porque ellos no se atreverían a cerrar la escuela, ya que tres de las familias de los santos son las que más impuestos pagan en el distrito”.

Al principio del culto esa noche, el hermano Renbeck se levantó y comenzó a predicar sobre el tema: “La Iglesia Como Una Casa”. Después de hablar por unos diez minutos, se sentó y dijo: “Este no es el mensaje para esta noche”. Nos arrodillamos y oramos pidiéndole al Señor que diera un mensaje, y el Señor dijo: “Yo te he dado un mensaje”. Yo dije: “Señor, eso es demasiado fuerte”; pero el Señor respondió: “Es el mensaje para esta gente”.

La escuela era grande y estaba llena. Se dijo que había dos o tres congresistas entre esa multitud. Me levanté y hablé durante una hora y quince minutos acerca del tema que el Señor me había dado. Y cuando hube terminado, dije: “¿Cerramos los cultos ahora, o hay alguno aquí que podría ofrecer algún lugar en donde continuar las reuniones, ya que tengo entendido que nos están cerrando la escuela?” El secretario de la junta directiva de la escuela (quien juntamente con su familia profesaba ser religioso) se dirigió hacia el hermano Holman, y le preguntó quién le había dicho a Susag que se iba a cerrar la escuela. La Junta sólo se había reunido justo antes del culto y había tomado esa decisión. El hermano Holman respondió que el hermano Susag le había dicho esa tarde que el Señor le había dicho que la iban a cerrar. El hombre volvió a su puesto. Entonces yo dije: “¿Es cierto o no es cierto que van a cerrar la escuela?” El hermano Holman contestó: “Es cierto”.

Un hombre de la audiencia había estado sentado en el borde de la banca, tan concentrado en el culto que a veces tenía la boca totalmente abierta, y después del culto me metió en la mano un billete de \$5.00, diciendo que el culto había valido eso para él.

Otro hombre en la audiencia, que no era convertido, dijo: “Yo soy dueño de un depósito en Mechinch, a unas cuantas

millas más adelante; estos dos predicadores pueden usar mi edificio todo el tiempo que quieran, siempre y cuando alguien pueda ofrecer la calefacción”. Rápidamente hubo quien diera la estufa y la leña, y fuimos a ese lugar, y continuamos con los cultos.

Me entristece decir que muchos de los que escucharon la Palabra de Dios en aquella escuela, la rechazaron y se convirtieron en verdaderos transgresores de la ley. La familia del secretario de la junta directiva perdió su salvación, y dos de sus hijos, que anteriormente habían profesado ser salvos, se convirtieron en contrabandistas de licor.

En el edificio de depósito hubo personas convertidas. Un hombre se sentaba en el último asiento todas las noches, y tan pronto se terminaba la prédica, se iba. Pude ver que estaba bajo convicción, así que una noche fui adonde él antes que se fuera, y le pregunté si no quería ser salvo, y me dijo: “Sí”. Al estar orando por él, sentí una mano sobre mi hombro, y un hombre me dijo: “Hermano Susag, hermano Susag, no le hagas caso a este hombre; en el altar hay 33 personas, y este hombre no ha estado sobrio en catorce años”. Yo dije: “Si no ha estado sobrio en catorce años, seguramente necesita la salvación, y voy a quedarme con él hasta que sea salvo”. Y así lo hice; y hasta donde sé, permaneció salvo, viviendo la vida de un verdadero cristiano.

-----:-----

Los primeros cultos de avivamiento que hubo en nuestro vecindario se realizaron en nuestra propia casa. La casa tenía una medida de 16 x 24, dos cuartos en la planta baja y un cuarto en la planta alta. Llegaron a dormir hasta treinta y ocho personas en la casa; las mujeres y los niños dormían en la planta alta, y los hombres en la planta baja. Había una cama en la cual dormían los niños; las mujeres dormían en el piso, y asimismo los hombres en la planta baja. Hubo personas convertidas,

santificadas, y sanadas. Salvación era lo que la gente quería en esos días.

-----:~::~:-----

Nuestro primer “camp meeting” lo tuvimos en una carpa de campaña, a 1¾ millas de nuestra casa. Dieron aviso en todo el vecindario, de que las personas cerraran sus gallineros con candado, porque las reuniones serían financiadas únicamente por dos hombres pobres que estarían alimentando gratuitamente a todos los que asistieran.

Tuvimos unos cultos maravillosos; muchas almas fueron salvas y santificadas, demonios fueron echados fuera, algunos fueron sanados. Hubo prédicas muy directas, ya que teníamos unos ministros muy fogosos en sus presentaciones, tales como el hermano y la hermana C. M. Tubbs, los hermanos Enos y Elihu Key, el hermano Thomas Nelson y el hermano Tilgut.

El pueblo alrededor estaba estremecido, y hubo gente que intentó a toda costa impedir las reuniones. Algunos hombres de negocios de nuestro pueblo (Paynesville), alquilaron unos caballos y pidieron prestada una carreta con 3 ó 4 asientos de la Compañía de Implementos, en donde colocaron un pequeño cañón, lo condujeron hasta unas cuantas “varas” (una “vara” mide como 5 metros) de la carpa de reunión, y dispararon el cañón. El presidente de la Junta Comunal vino hacia mí, y quería que los mandara a arrestar. Pero yo dije: “No, déjelos ir”.

El Señor los “multó” por nosotros: Mientras ellos disparaban el cañón, los caballos se asustaron y corrieron hacia el bosque, destruyendo la carreta nueva, y rompiendo los arneses en pedazos. Eso nos ahorró todos los gastos de la corte.

-----:~::~:-----

El segundo “camp meeting” en el cual estuve en medio de los santos, fue en Grand Forks, Dakota del Norte. Me habían llamado especialmente para predicar en el lenguaje escandinavo, y también para ayudar con la predicación en inglés.

Después del primer culto vespertino, todos los que no tenían dónde dormir tenían que pararse fuera del tabernáculo, cerca del gran olmo (un árbol grande). Cada persona fue consiguiendo un lugar donde dormir. Finalmente, me encontré parado solo en la oscuridad. Nadie me ofreció un lugar donde dormir, así que comencé a caminar en medio de los árboles. Las reuniones se efectuaron en un bosque en las riberas del río Red. Mientras buscaba un lugar donde descansar, un hombre llegó corriendo hacia mí y dijo: “¿No tiene donde dormir?” Yo le dije: “No”. Él dijo: “Vaya a ese vagón con cubierta, y allí encontrará un lugar”. Cuando me acercaba al vagón, vi seis pies que se quedaban por fuera, casi hasta las rodillas; así que no había lugar para mí.

Regresé a la tienda (tabernáculo) y junté tres o cuatro tablones. Éstos se estaban utilizando como bancas. Usé mi maleta como almohada, y allí dormí esa noche y durante el resto de los cultos. Cuando me daba un poco de frío durante la noche, me paraba a caminar un rato. Unos días más tarde, el hermano Oluf Erickson, de Belgrade, Minnesota, que había sido salvo en uno de nuestros cultos en casa, me preguntó dónde yo dormía. Le dije: “Tengo un buen sitio; otro hermano y yo tenemos una tienda muy buena con una cama”. “Oh sí--dijo él--ya sé dónde usted duerme; usted duerme en la tienda de los ministros.” “Sí--dije--de veras que es una tienda para ministros.” Pero él no se rindió hasta que supo la verdad. Entonces dijo: “¿Cómo es posible que nadie le haya ofrecido un lugar donde quedarse, y usted es uno de los evangelistas?” Yo dije: “Sí”. Él entonces respondió: “Bueno pues, yo vendré a dormir con usted”.

En esos días era: “Todo por Cristo y por las almas”, y no buscando comodidad personal. Tuvimos un tiempo maravilloso juntos en el Señor. También tuvimos un “camp meeting”

maravilloso, al ver veintenas de almas ser salvas, y presenciar muchos milagros realizados por el poder de Dios.

La hermana Renbeck, que había estado postrada en cama por mucho tiempo, fue llevada al culto en una camilla, y se oró la oración de fe. El hermano E. E. Byrum la tomó de la mano y la mandó a levantarse en el nombre de Jesús. Ella se levantó y empezó a correr alrededor de la tienda de campaña, levantando sus manos y glorificando a Dios. Más tarde escuché a tres hombres hablando del suceso, diciendo: “¡Me pregunto si eso es real! De veras se veía débil y enferma, pero uno nunca sabe”. Otro hombre dijo: “Ojalá mi esposa hubiera estado aquí; si hubiese sido ELLA, sabríamos que era real” (ella había estado enferma por largo rato).

UN TERRENO BIEN PREPARADO

Durante mi primera serie de cultos en Grand Forks, el hermano Renbeck me solicitó que orase por un asunto que él tenía en mente: quería saber si después de haber finalizado esos cultos, él y yo podríamos ir juntos a tener cultos en Whitten, Minnesota. Le prometí que oraría al respecto, y que al final de los cultos hablaríamos sobre aquello. Por consiguiente, al finalizar los cultos, oré fervientemente para conocer la mente del Señor, pidiendo dirección sobre dónde Él quería que fuera.

Cuando el hermano Renbeck me preguntó qué había recibido del Señor en lo referente a ese asunto, yo le respondí preguntándole si había lugares en Dakota del Norte llamados Kelly, Grafton y St. Thomas. “Sí —dijo él— los hay. ¿Qué de aquello?” Le respondí que el Señor me había dicho que iría a esos lugares. Él me dijo que justo antes de los cultos en Grand Forks, él había venido de esos mismos lugares, y que no valía la pena ir allá. Yo le dije que iba a seguir la dirección del Señor; que iría, y él podría quedarse en Grand Forks hasta que yo regresara, y entonces podríamos ir a Whitten. Pero él declaró que si yo iba, él también iría.

Ese viaje resultó ser el comienzo de una obra maravillosa del Señor. Muchas personas fueron salvas, y muchas sanidades y milagros fueron realizados por el Espíritu del Señor. En nuestras visitas a los hogares de las personas, entramos a la primera casa a las 11:00 a.m., y antes del mediodía una hermana anciana, de noventa años de edad, se había santificado, y su esposo, de noventa y tres años de edad, se había convertido. Esto demuestra que el hermano Renbeck había puesto un buen fundamento en esos lugares, preparando así el camino para los viajes evangelísticos tan maravillosos, que se dieron después. Ninguno de los dos llegó a ir a Whitten.

Durante nuestra estadía en Grafton, Dakota del Norte, el hermano Renbeck y yo tuvimos la experiencia de realizar varios cultos en los hogares. El interés aumentó, y también aumentaron nuestros problemas.

Un día queríamos hacer una llamada telefónica al hermano C. H. Tubbs, que estaba en Grand Forks. Fuimos a una oficina de teléfonos, y se nos dijo que un mensaje costaría \$0.25. Contamos el sencillo que teníamos entre los dos, y sólo teníamos \$0.24, así que tuvimos que salir de allí decepcionados. Estando afuera en la acera parados, mirándonos el uno al otro, uno de los dos dijo: “¡Qué lástima que no teníamos otro centavo!” Yo estaba parado de espaldas a la calle, cuando escuché al Señor decirme: “Date vuelta, hay un centavo justo detrás de ti”. Me di vuelta, y allí estaba el centavo. Lo recogí y fuimos a enviar el mensaje, pero el hermano Tubbs no se encontraba en casa.

Había un pastor metodista jubilado, asistiendo a los cultos toda la distancia, declarando que la sanidad divina había pasado de la escena tras la partida de los apóstoles. El domingo siguiente siete mujeres fueron salvas. Una de ellas era una jovencita que tenía un brazo tieso y torcido, de tal modo que no podía vestirse ni desvestirse sin ayuda. Oramos por ella y le pregunté si creía que Dios enderezaría su brazo, y ella respondió: “Sí”, pero no lo movió. Por coincidencia, yo estaba viendo al pastor metodista, y él tenía una expresión que parecía

decir: “Tal como lo esperaba”. Al comenzar los cultos vespertinos, hubo oportunidad para testimonios y esta jovencita estaba fogosa para testificar. Dijo: “Amo a Jesús y Jesús me ama a mí, y él sana mi brazo”; entonces alzó el brazo y lo movió en diferentes direcciones. El anciano ministro bajó la cabeza hasta sus rodillas.

SANIDAD DIVINA O MEDICAMENTOS

Al día siguiente nos llamaron a la casa de una joven que sufría de reumatismo inflamatorio. Todo su cuerpo estaba tieso; tenía las piernas cruzadas debajo de las rodillas y los brazos cruzados sobre el pecho, y no los podía mover; tan solo podía mover levemente las manos y la cabeza. El doctor venía dos veces al día para inyectarla con morfina y así aliviarle el dolor; de lo contrario formaba un alboroto, gritando lo más alto que podía.

La primera vez que la visitamos, el hermano Renbeck comenzó de una vez a hablarle acerca de la salvación, porque pensó que debería ser salva antes de poder ser sanada. Sin embargo, no pudimos brindarle ninguna ayuda espiritual. Así que al día siguiente, antes de ir a verla, le pregunté al hermano Renbeck si las personas tenían que ser salvadas antes de ser sanadas. Él dijo que no sabía. Entonces le mencioné el caso de los diez leprosos que habían sido sanados, y sólo uno había regresado a darle gloria a Dios. Además le dije que creía que si orábamos por ella, el Señor la sanaría y Dios recibiría gloria de ello de alguna manera. “Está bien --dijo él-- hoy háblale tú.”

Entramos a su habitación y le dije: “Martha, ¿crees que el Señor te sanará si oramos por tí?” Ella dijo: “Sí, como el Señor sanó a la señorita B.”. Entonces le pregunté: “Estarías dispuesta a botar todas tus botellas de medicina y nunca más volver a usarlas, aún si regresara el dolor?” Ella llamó a su padre y le pidió que quebrara todas las botellas de medicina. Él salió y regresó con un motete, en el cual recogió los

medicamentos, los sacó, y quebró todas las botellas en pedazos. Entonces ungimos a la joven y oramos, y mientras aún orábamos, ella estiró las manos y los pies. Cuando quitamos nuestras manos, se envolvió con la sábana, saltó de la cama, y comenzó a correr alrededor de la casa.

LA NIÑA CON LA PIERNA CORTA Y SECA

Entre seis y ocho meses más tarde, cuando dirigía unos cultos en Grand Forks, una noche una jovencita de unos diecinueve años de edad, entró al culto cargando a su hermanita, de nueve años de edad, quien no podía caminar. Fui directo hacia ellas y les pregunté de dónde eran y por qué habían venido. La joven me dijo que venían de Grafton. Añadió: “Llevo un año de no estar sintiéndome bien; y como dos años atrás, mi hermanita y otros niños estaban jugando en el techo de una vieja choza, y ella o se cayó o saltó de allí, y su tobillo dio contra una piedra, y se le secó la pierna. Hemos visitado a muchos especialistas y ninguno ha podido ayudarla. Oímos que los dos sanadores que sanaron a Martha Gaulbright estaban aquí, y hemos venido para ser sanadas”. Yo le dije que esos hombres no eran sanadores; que el Señor había sido quien había sanado a Martha. “Bueno, pues —dijo ella—los ministros.” Le pregunté si la señorita Gaulbright aún seguía bien. Respondió: “Nunca ha vuelto a enfermar desde entonces”.

Le dije a la jovencita que sólo uno de esos ministros estaba aquí. Al día siguiente el hermano Emil Krutz vino y oramos por un gran número de enfermos (39 en total). Sin embargo, antes que hubiésemos terminado de orar por todos, las dos muchachas se habían ido. Al indagar si alguien sabía hacia dónde se habían ido, me dijeron que se habían ido al hotel o a la estación de ferrocarril (*Great Northern Railway*). Rápidamente me dirigí hacia la estación, que quedaba a dos cuadras, porque estaba ansioso de saber si habían recibido sanidad, pero no conocía sus nombres ni su dirección. Al llegar a la estación de tren, el mismo ya estaba saliendo.

El siguiente verano, al llegar al “camp meeting” estatal de Dakota del Norte en Grand Forks, habiendo llegado con dos días de retraso, ya que venía directamente del “camp meeting” de Dakota del Sur, una niña vino corriendo hacia mí diciendo: “Gloria Dios, hermano Susag”. Le dije: “Amén, ¿quién eres tú?” Ella dijo: “¿No me reconoce?” Le dije: “No; veo a tantas niñas, y a todas las veo iguales”. Ella dijo: “Yo soy la niña que estuvo en Grand Forks el invierno pasado, y que no podía caminar”. Bajé mi maleta y lloré de gozo, y le dije: “Por favor, hermanita, dígame cuándo comenzó a caminar”. Ella respondió: “Mi hermana me llevó cargada al tren en Grand Forks; cuando llegamos a Grafton, mi pierna corta y seca estaba tan larga y tan normal como la otra, así que me fui caminando a casa. Ahora mi madre ha venido a estas reuniones para ser convertida”.

“NO TOCARÉ ESAS MULETAS NUNCA MÁS”

En uno de los “camp meetings” en St. Paul Park, mientras regresaba del culto de bautismo que habíamos tenido en el río, vi a una jovencita al otro lado de la calle, que andaba con muletas, y una de sus piernas, al parecer, sólo colgaba inútilmente. Sentí compasión por ella, y crucé la calle para hablarle. Le pregunté si se había lastimado o si había sufrido un accidente. Ella no respondió palabra alguna. Le dije: “No me tengas miedo. Soy un ministro; me da tristeza ver tu condición y ansío saber cuál es tu problema”. Entonces la joven dijo: “Tengo tuberculosis en la pierna; tiene siete agujeros. Acabo de salir del hospital en Saint Paul. Me dicen que no pueden hacer nada por mí”. Le dije: “Que lástima, me da tristeza tu condición”. Luego le pregunté si era cristiana; se quebrantó y empezó a llorar. “De veras que es una lástima --le dije-- una jovencita en esa condición y aún no es cristiana.” Entonces dije, mirando hacia los predios donde realizábamos las reuniones: “¿Ves la carpa que está al otro lado? Estamos teniendo cultos allí, y si vienes al culto esta noche y eres salva, Dios te sanará”. Entonces ella se fue, y yo me dirigí hacia la carpa.

La joven asistió al culto esa noche, y cuando se hizo el llamado al altar, pasó al frente para ser salva. Cuando hubo terminado la ministración en el altar, ella permaneció allí de rodillas. El hermano C. H. Tubbs la había estado instruyendo, y le dijo: “Ahora puedes irte a sentar”. Pero ella me señaló, y dijo: “Ese hombre me dijo que si era salva, también podría ser sanada”. El hermano Tubbs dijo: “Está bien”, y tomó el aceite y dejó caer una gota en la frente de ella. Ella soltó las muletas y salió corriendo por los pasillos antes que pudiésemos orar por ella, pero al parecer, la pierna no mantuvo su fuerza. Así que regresó al altar y oramos por ella, pero aún no podía usar la pierna.

La madre de la joven estaba presente. Vivían en St. Paul, y como la estación de tren quedaba a cierta distancia, y faltaba poco tiempo para que el tren partiese, la madre le dijo a la joven: “toma tus muletas y vámonos”. Pero la joven respondió: “Madre, nunca volveré a tocar esas muletas”. --“Pero si no puedes caminar, ¿qué vas a hacer?” Dos jovencitas la ayudaron a llegar a la estación y su madre llevó las muletas.

Dos meses después del “camp meeting”, fui a St. Paul Park y me encontré con esta misma joven, la hermana Davis, que llegó caminando hacia mí, tan ágil como cualquiera otra joven. Le pregunté: “¿Cuándo fuiste sanada y comenzaste a caminar?” Ella respondió: “¡Cuando llegamos a St. Paul me levanté y caminé hacia la casa y estaba bien!”

LA ABUELA DAHL

El hermano Emil Krutz y yo recibimos una llamada para ir a orar por la abuela Dahl, que tenía neumonía doble. Había ocho hermanos en el cuarto, y escuché que uno le preguntaba a otro: “¿Qué edad tiene la abuela?” La respuesta fue: “Setenta y siete años”, a lo cual alguien respondió: “Si yo tuviera esa edad, no me interesaría ser sanada”.

Ungimos a la hermana y oramos por ella, pero no mostró señales de vida, ni de recibir ayuda alguna. El hermano Krutz me miró y dijo: “El Señor escuchó la oración”. Fuimos a otro cuarto y cerramos la puerta; el hermano Krutz me dijo : “Entra allí y dile a la gente que salga”. Volvimos al cuarto y les pedimos a las visitas que tuvieran la amabilidad de salir. Entonces trancamos la puerta y volvimos a orar. Cuando quitamos nuestras manos esta vez, la hermana se sentó en la cama y dijo: “Llamen a mi hija, la Sra. Umden, y díganle que me traiga algo para comer; ¡tengo un hambre!” Estaba perfectamente sana, y vivió varios años más.

-----:-----

Por más de un año, estuve sufriendo de dolores en el hígado. Habían orado por mí varias veces, pero ni siquiera recibía alivio, y mi cuerpo seguía hinchándose de tal forma que apenas podía usar mi ropa. El Ministerio me había aconsejado ir a ver a un especialista para saber cuál era el problema, y había dicho que así, de ser sanado, Dios conseguiría mayor gloria de todo el asunto, así que fui a un especialista.

El doctor dijo que no era cáncer, sino algo aún peor, mi bazo se había agrandado; luego añadió: “Estimado, no hay cura para tu problema; tan sólo puedo hacerte un arnés o sostén que podrías usar suspendido desde tus hombros, que te ayude a sostener el peso de tu estómago, lo cual te dará algo de alivio”.

Al llegar a casa le informé a mi esposa lo que había dicho el doctor, y le dije que había hecho mi último viaje en el ministerio. Ella me miró y dijo: “No, tú no vas a morir”. “Bueno --respondí-- he estado en este mundo durante cincuenta y seis años y ese es bastante tiempo; así que si al Señor le parece bien llevarme, yo estaré satisfecho”. Ella salió de la habitación, y cuando regresó, vi que estaba llorando, y alzando su mano derecha, dijo: “Tú no vas a morir”. “¿Cómo lo sabes?” --le pregunté. “Los hermanos no te van a soltar”, respondió.

Poco tiempo después de esto, estuve pensando que me gustaría ir a Arlington, Dakota del Sur, (que ahora es llamado Badger) antes de morir. Había levantado esa congregación, y ellos me eran muy queridos; también eran muy bondadosos para conmigo. Así que le mandé una tarjeta al hermano Gesselbeck, pidiéndole que se encontrara conmigo en Estaline en una fecha en particular. Estaline quedaba como a trece millas de la casa del hermano Gesselbeck. Llegué a Estaline como a las 6:00 A. M., ¡pero no había ningún hermano Gesselbeck allí! Caminé hacia un restaurante al otro lado de la calle, y pregunté si alguno conocía al hermano Gesselbeck. Sí, lo conocían y ¿a qué se debía la pregunta? Entonces les expliqué el aprieto en el cual me encontraba, y les dije que estaba contando con que él estuviera allí para recogerme. “Bueno –dijo el señor-- el señor Gesselbeck es un hombre honrado, y si hubiera recibido su tarjeta estaría aquí; ¡pero ayer fue un día feriado, el natalicio de George Washington, y el señor Gesselbeck no va a conseguir su tarjeta postal hasta después de las 5:00 P. M.!”

Bueno, ahí estaba yo en un tremendo apuro-- ¡sin dinero para regresar a casa, en un área donde no había teléfonos, y tan enfermo que no podía caminar más de una o dos cuadras a la vez! Tenía puesta mi ropa pesada de invierno, y encima de eso un pesado abrigo de piel. Dejé mi maleta en el restaurante, crucé la calle y busqué una vara larga y emprendí una caminata de trece millas. Caminaba un poquito y después me sentaba, y aún me acostaba por un rato a descansar en la nieve, y lloraba y oraba.

Eran como las 5:30 P. M. cuando llegué a la pradera del hermano Gesselbeck. Había tomado más de once horas para caminar las trece millas. Yo estaba orando y llorando, cuando vi al hermano Gesselbeck venir del buzón de correo con mi tarjeta. El hermano alzó la mirada y me vio; luego alzando la mano en que tenía la tarjeta, sacudió la cabeza como queriendo decir: “¡Pobre hermano Susag!” Para demostrarle que aún no estaba muerto, tiré la vara y salté tan alto como pude, ¡y al bajar estaba perfectamente sano y la hinchazón había desaparecido por

completo! Había pensado que ese sería mi último viaje adonde el hermano Gesselbeck, pero he realizado muchos más desde entonces.

SUEÑOS

Un desastre automovilístico

En una ocasión, estaba dirigiendo unos cultos en Dakota del Norte, en un área rural como diez millas al Norte de Denbeg. La mañana después de concluir los cultos, desperté y me quedé acostado un rato; entonces me volví a quedar dormido y tuve un sueño. Soñé que veía al hermano y a la hermana Gaulke viajando por la autopista al sur de Grand Forks. Repentinamente, vi el carro subir en el aire en medio de una nube de polvo. Algunas personas se acercaron y sacaron a la hermana Gaulke del desastre y la acostaron sobre una sábana. Entonces se levantó una gran sábana negra que me separó del hermano Gaulke y del desastre ocurrido. Cuando desperté, eran apenas las 7:15 A. M. Esto me dejó una impresión tan vívida, que le dije a la familia con la cual me quedaba: “No partiré de aquí hasta que llegue el correo; espero recibir un telegrama”. Luego les narré mi sueño. Fueron conmigo al buzón del correo, que quedaba a una milla de la finca, y cuando llegó el cartero, me había traído un mensaje de parte de la señora Johnston, diciéndome lo que había ocurrido exactamente a la misma hora en la cual yo estaba teniendo el sueño, y pidiéndome que fuera allí inmediatamente. Así que en vez de ir a mi próximo compromiso, fui de una vez a Grand Forks. Al llegar al hospital, cuando la hermana Gaulke me vio, dijo: “De todos los ángeles en el cielo, ¿cómo llegaste aquí?” La hermana Gaulke se recuperó, pero su esposo duró unos cuantos días y después se fue a su hogar en gloria.

Mi hijo Clarence y su violín

En una ocasión, mientras estaba en Europa, tuve un sueño acerca de mi segundo hijo, el cual trabajaba en un almacén en Superior, Wisconsin. Lo vi entrar a un almacén en donde vendían instrumentos musicales, y comprarse uno en particular. Me desperté y no pude volver a dormir, así que me levanté y le escribí, diciéndole que estaba bien que comprara el instrumento, porque sabía que le interesaba la música; pero le pedí que por favor no se hiciera miembro de una banda musical impía, porque eso lo podría meter en tentación y cosas malas, que “llevarían las canas de su papá con tristeza a la tumba”.

Él me respondió y me dio gracias por mi carta, pero no hizo mención alguna acerca del instrumento musical. Unos días más tarde regresé a casa de Europa, y mi hijo había renunciado a su puesto de trabajo y había conseguido otro empleo. Sus maletas y su baúl fueron llevados a la casa. La familia estaba ansiosa de saber qué traía en ellos, ya que había estado fuera durante varios años. Finalmente, cuando llegaron al baúl grande, él levantó la mano, y mirando a su madre y a los demás, dijo titubeando: “No sé, ahora...” Su madre dijo: “Clarence, ¿tienes algo en ese baúl que no quieres que veamos?” Él respondió: “Papá sabe”. Yo le dije: “Está bien, Clarence; estoy seguro que hiciste caso a mi advertencia”. Abrió el baúl, ¡y allí había un violín nuevo! Luego nos contó que cuando compró el violín, estaba pensando unirse a una orquesta; pero al llegar a casa del almacén con su violín, allí estaba la carta de papá. Esto cumplió la Escritura que dice: “Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.”

Un malentendido entre dos ministros

En otra ocasión, antes de irme para Europa, hubo una pequeña diferencia o malentendido entre dos ministros, y se llamó a otros ministros para ayudar a aclarar la situación, lo cual hicimos, y todo quedó bien. Eran buenos ministros y los amaba entrañablemente. Ambos me habían sido de bendición. Un año más tarde, soñé que el hermano que tenía mayor culpa se había levantado temprano una mañana y había viajado trescientas

millas por tren para ir a ver al otro hermano, y al verlo lo había tratado muy inmisericordemente (es decir, sin misericordia alguna). Tuve este sueño a las dos de la mañana y no pude volver a dormir; así que me levanté y le escribí a este hermano una carta amable en la cual le contaba mi sueño, y le decía que el Señor me había mostrado que ahora él tenía gran culpa. Le aconsejé que si el sueño no encajaba, destruyese la carta y resistiese al enemigo; también le hice saber que estaba orando por él. Al regresar a los Estados Unidos de América, supe que el sueño encajaba perfectamente en cuanto a la fecha y la hora en las cuales su acción inmisericorde se había llevado a cabo.

Lidiando con una falsa doctrina

Mientras estaba en el “camp meeting” de Anderson en cierto año en particular, soñé que veía al ministerio de la Iglesia de Dios dentro de un edificio grande con paredes cuadradas, altas y muy hermosas. Yo estaba de pie justo adentro de la puerta, y afuera de la puerta estaba parado un ministro que tenía gran liderazgo en nuestro medio. Él se había metido en algún tipo de falsa doctrina, y juntamente con su esposa había construido una chocita justo afuera de las paredes del edificio y cerca de la entrada, donde tenían de doce a veinte ministros con ellos. El cuarto era tan pequeño que todos tenían que permanecer de pie.

El hermano estaba hablando conmigo, haciendo todo lo posible por lograr que me uniese a su grupo y aceptase su doctrina. Entonces cuando miré hacia la calle, vi a mi mano izquierda una tropa de caballería, montados todos los jinetes sobre caballos blancos, y vestidos con uniformes blancos, que venía hacia mí. La tropa era tan larga, que parecía no tener fin. Un oficial, que montaba hacia un lado, me dijo: “Quédate ahí dentro con los demás y estarás a salvo”. Entonces fueron hacia la chocita, una pequeña cabaña hecha de madera sin pintar, y la destruyeron, dispersando a todos los hombres que estaban ahí dentro. Entonces el reloj dio las dos.

En la reunión ministerial por la mañana, pregunté si podía contar mi sueño, y, habiéndoseme concedido, procedí a hacerlo. Después de haber contado el sueño, el hermano E. E. Byrum se levantó y dijo: “Puedo interpretar el sueño del hermano: Estábamos lidiando con este hermano y con su esposa hasta las dos de esta madrugada, y encontramos que tienen un espíritu y una doctrina que no son de Dios. Les advierto a todos que se mantengan alejados de aquello.

La pareja se apartó de nosotros y nunca más volvió.

NO HAY NADA IMPOSIBLE PARA DIOS

En cierta ocasión el hermano George W. Green y yo veníamos de Pit, un pequeño poblado del norte de Minnesota. De camino hacia Grand Forks, nos detuvimos en un poblado llamado Steiner, en el hogar de la familia Koglin. Había un buen número de personas en la casa cuando llegamos. La abuela había tenido varios derrames, y la familia había estado buscando mi dirección, porque esperaban su muerte en cualquier momento y querían que yo viniera a conducir las honras fúnebres. Preguntamos si podíamos verla, y nos dijeron que sí. Entramos a la recámara y oramos por ella, y el Señor la sanó. Si recuerdo bien, ella vivió por más de diez años después de aquello.

UN CONTRABANDISTA DE LICOR ES SALVO

En cierta ocasión, estaba teniendo cultos en una casa-escuela cerca de Warren, Minnesota. Me estaba quedando con una familia de apellido Keutzer, a tres millas de la casa-escuela. La tarde antes del culto vespertino, yo estaba orando, y luchando contra el diablo. Le pedí al hermano que saliéramos con por lo menos una hora de anticipación para ir al culto, o que de lo contrario me diera una linterna para irme caminando. Él me preguntó por qué, y yo le dije que el diablo estaba enojado

connigo y no me permitiría ir en carro—que cuando yo subiera al carro, el mismo se detendría.

El hermano se rio de mí y dijo: “Tengo un Oldsmobile nuevo”, y no querían darme una linterna; pero cuando estaban listos para partir, yo tomé la linterna y les dije que se adelantaran ellos en el carro y que le avisaran a la gente que yo estaría llegando tan pronto como me fuera posible. Pero el hermano dijo: “Entre al carro”. Yo no quería hacerlo, pero él me agarró y casi me forzó a entrar al carro. Entré al carro y anduvo por unos cuantos metros y se detuvo. Salí del carro de un salto, tomé la linterna y empecé a correr. Después de un rato me alcanzaron y se detuvieron para recogerme, diciendo que si yo no entraba al carro, ellos no irían al culto. Esto sucedió varias veces. Cuando entraba al carro, el carro andaba por 5 ó 10 metros y se detenía. Finalmente, salí huyendo de ellos y caminé toda la distancia hasta la escuela y ellos llegaron después de mí. Habíamos llegado tan tarde, que la gente ya se estaba preparando para irse, ya que eran casi las nueve de la noche.

Entramos a la escuela y tuvimos el culto. Después descubrimos por qué el diablo se me había opuesto y no quería que yo llegara al culto. Había un contrabandista de licor en la audiencia, el cual, al escucharme relatar esta experiencia, fue convicto y fue salvo. Cuando partíamos para regresar a casa, el hermano Keutzer me preguntó cómo yo iba a llegar a la casa--¿me regresaría a pie? “No —le dije—iré en el carro, y no tendremos problema alguno.” El diablo había perdido su dominio sobre aquel contrabandista de licor, y no tuvimos más problemas con el carro.

DIOS LO ENVIÓ CUANDO MÁS LO NECESITABA

La primera vez que me llamaron al hogar de los Koglin para tener cultos, era invierno y hacía mucho frío. La dirección que me habían dado era “Thief River Falls”, pero no decía el número de la ruta rural, así que no tenía manera de llegar a la casa de

ellos esa tarde, y sólo tenía suficiente dinero para llegar a Steiner, que era mi destino. Pregunté en la estación si podría quedarme allí, pero dijeron que no, porque ellos cerraban durante la noche. Así que dejé mis maletas allí y salí a ver qué podía encontrar, porque no conocía a nadie en esa ciudad. Vi una luz encendida en una capilla y entré, pensando que tal vez me darían la oportunidad de testificar, y tal vez alguien me invitaría a quedarme en su casa. Sí pude testificar, pero nadie me invitó a quedarme en su casa. Caminé alrededor de la ciudad y entré a un restaurante, me senté y me calenté un poco. Pero pronto cerraron.

Seguí caminando por las calles para mantener el calor, y después de un rato un hombre me alcanzó y me dijo: “Bueno, hay alguien más caminando acá afuera en medio de este frío, veinte grados bajo cero”. Yo estaba de acuerdo con él, verdaderamente hacía mucho frío. Me preguntó si yo vivía allí, y le dije que vivía en Paynesville, Minnesota. Entonces me preguntó: “¿Cómo se llama usted?” Le dije: “S. O. Susag”, y entonces él respondió: “Yo conocía a un hombre con ese mismo nombre, que estaba en el negocio de víveres que quedaba en Franklin y Minnehaha en Minneapolis”. Entonces se volvió hacia mí en la oscuridad y dijo: “Yo soy Erickson, de la firma de Rudda y Erickson que quedaba en la Avenida Cedar en Minneapolis”.

Resultó ser un buen amigo de años atrás, así que pronto supo por qué yo estaba allí. Me preguntó si ya tenía una habitación en algún hotel. Le dije que no, que sólo estaba mirando alrededor de la ciudad. Sin embargo me ofreció dinero para pagar por una habitación en el hotel. Rehusé tomarlo, pero él insistió, diciendo: “Si nuestro cuarto de huéspedes estuviera libre, te habría llevado a mi casa, pero tenemos amigos de Dakota del Norte visitándonos hoy; pero ven a desayunar en nuestra casa por la mañana antes de tomar el tren”. Nunca llegó a saber cuánto me había bendecido en ese momento de gran necesidad.

HABLAR EN LENGUAS

En el “camp meeting” estatal en Wilmar, Minnesota, me pidieron que predicara en la lengua escandinava, porque había como sesenta ancianos escandinavos que no entendían el idioma inglés. Acepté hacerlo. Tan pronto como hube comenzado a predicar, todo el campamento entró a escuchar. Cuando el culto terminó, la gente estaba preguntando por qué el hermano Susag no había predicado en escandinavo por la tarde. El hermano Ring les dijo que sí había predicado en escandinavo. Sin embargo, insistieron en decir que yo había hablado en inglés, porque todo el campamento, dijeron, había entrado y me había escuchado predicar en inglés. Lo que ocurrió fue lo siguiente: Yo había hablado en escandinavo y el Señor se lo había interpretado a ellos en inglés.

EL ABRIGO DE PIELES

En una ocasión, yo tenía gran necesidad de un abrigo de pieles, porque los inviernos son muy fríos en los estados norteros y en Canadá. Así que propuse en mi corazón conseguir un abrigo forrado de pieles que aparecía en el catálogo de la Sears Roebuck por un costo de \$57.25. Le pregunté al Señor si podía tenerlo, y Él me respondió: “Sí”.

Poco después de haber tomado esta decisión, un hermano se me acercó y dijo: “Tú necesitas un abrigo de pieles y aquí tienes \$10.00 para comenzar”. Otros me escribieron enviándome dinero, y especificando que era para un abrigo de pieles, hasta que tuve \$36.50. Entonces pasó un año entero y nada más entró. En el mes de noviembre, fui a Rice Lake, Wisconsin a tener cultos para el hermano E. G. Ahrendt. Hacía mucho frío y había bastante nieve. Al llegar, el hermano Ahrendt me preguntó: “Hermano Susag, ¿no tienes un abrigo de pieles?” Contesté: “Sí”. Él entonces me dijo: “¿Por qué no te lo pones, si hace tanto frío?” Yo respondí: “Lo tengo por fe-- lo he tenido por año y medio, y tengo separados \$36.50 que me han dado para

conseguirlo, pero cuesta \$57.25". Entonces el hermano Ahrendt subió las escaleras y estuvo allí por un largo rato. Cuando volvió a bajar, me dijo: "Hermano Susag, antes de irte de aquí tú tendrás un abrigo de pieles". Yo pregunté: "¿Eso es fe o es presunción?" A lo cual él respondió: "Si esto no es fe, nunca he tenido fe". Yo dije: "Gloria al Señor; bueno para ti y bueno para mí".

Cuando terminaron los cultos, el hermano Ahrendt me preguntó: "¿Conseguiste el abrigo?" Le dije: "No". Entonces me preguntó adónde yo iba la noche siguiente, al salir de allí, y yo le dije que iba a tener culto en una cabaña que quedaba a diez millas de allí, en un área rural. Él dijo: "Iré contigo".

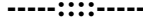
Después del culto esa noche, el hermano Ahrendt me volvió a preguntar: "¿Conseguiste el abrigo de pieles?" Dije: "No". Entonces me preguntó adónde iba esa noche. Le dije que una familia me había invitado a su casa, y que habían ofrecido llevarme a otro ferrocarril que me permitiría llegar a casa más rápido. El hermano Ahrendt declaró que iba a quedarse conmigo hasta verme a salvo en el tren, "y –añadió– si no has conseguido ese abrigo de piel para entonces, no sabré qué pensar de mí mismo ni de mi fe." (A manera de explicación, debo decir que las ofrendas que recibía cubrían mis gastos en general; el dinero para el abrigo de pieles tenía que venir de otras fuentes. El Señor me había prometido el abrigo de pieles.)

Esa noche tuve un sueño. Desperté como a las tres de la madrugada, y como me moví un poco, el hermano Ahrendt susurró: "Estás despierto?" Le dije que lo estaba. "¿Tuviste un sueño?-- preguntó. Le respondí: "¡Sí, una mujer se me acercó y me dio cuatro billetes!" "¡El abrigo de pieles! ¡El abrigo de pieles!"—dijo con mucho entusiasmo. Nos alegramos tanto que no pudimos volver a dormir, y gritamos: "¡Gloria a Dios!" Hicimos tanto ruido, que incomodamos a las personas que estaban abajo, y cuando bajamos, ellos dijeron: "¿Qué les pasó, hermanos, que estaban haciendo tanto ruido?" Les dijimos que estábamos tan felices que no nos habíamos podido contener.

Después de un rato, la hermana me pidió pasar a la cocina. Me dio una silla, y me senté. De una vez empezó a descargar su mente, y dijo: “Cuando le hablé en el “camp meeting en St. Paul Park tres o cuatro años atrás, ¿entendió usted que yo tenía la intención de darle algo de dinero para su viaje a Europa?” Le respondí: “Sí, eso había pensado”. “Pero –dijo ella—usted dijo que tenía el pasaje.” “Sí –respondí—lo tenía por fe.” Entonces, asombrada, preguntó: “Pero no tenía usted el dinero en su posesión? ¿No iba ya usted de camino hacia Europa?” “Yo iba camino a Europa –respondí—pero no tenía el pasaje completo—sólo por fe.”

Entonces me dijo que ella había estado enferma por aproximadamente dos años. Dijo: “Oraban por mí frecuentemente y obtenía alivio; sin embargo, seguía empeorando poco a poco. Finalmente –dijo—me desesperé al respecto y le dije al Señor: ‘¿Qué es lo que pasa conmigo después de todo—no puedo recuperarme, y tampoco puedo morir?’ Entonces el Señor dijo: ‘¿Te acuerdas del hermano al cual tenías intenciones de ayudar económicamente antes de su viaje a Europa?’ Yo dije: Sí, en cierto modo, pero ya él regresó’. El Señor dijo: ‘Eso no tiene nada que ver; ¿cuánto era?’ ‘Quince dólares’ fue mi respuesta. ‘Así es –dijo el Señor—pero ahora tienes que añadirles diez dólares más de interés.’ ‘Se los daré la primera vez que lo vea’, dije. Entonces oraron por mí y fui sana de una vez”.

Habiéndome dicho esto, ella me entregó el dinero--“Aquí está,” ¡y eran CUATRO BILLETES! Tomé el dinero y comencé a darle gloria a Dios en alta voz. Entró el hermano Ahrendt, y le mostré los cuatro billetes. Él exclamó: “¡El abrigo de pieles! ¡El abrigo de pieles!” Entonces le relaté mi experiencia de haber orado por un abrigo de pieles, y le dije: “Si usted me hubiese dado el dinero cuando regresé de Europa, yo no habría tenido que sufrir por el frío durante aproximadamente un invierno y medio”. La hermana fue sanada y bendecida, y yo me mantuve abrigado durante muchos días dentro de ese abrigo de pieles.



Unos cuantos años atrás, me solicitaron que fuese a Wales, Dakota del Norte, para tener cultos en la casa del hermano Paul Garber, que vivía en un vagón remodelado de la compañía de ferrocarril *Great Northern*. El tiempo estaba bien frío-- veinte grados bajo cero. Después del primer culto vespertino, una mujer se me acercó, y dijo: “Yo soy la esposa del sheriff y quiero que venga a hospedarse con nosotros. No puedo permitir que se quede aquí”. Fui con ella, y al día siguiente nos concedieron el uso del templo metodista para tener los cultos.

Más de la mitad de los que asistieron eran católicos. La última noche, mientras salía del templo, el carnicero del pueblo me estrechó la mano y puso en ella tres dólares de plata, diciendo: “Regrese pronto”.

Realmente la pasé muy bien con el sheriff y su esposa, y en el día de mi partida, el sheriff estuvo en la estación de tren, con una delegación que representaba a los hombres de negocios del pueblo; me dijeron: “Cómo quisiéramos que usted volviera pronto”. Les pregunté: “¿Por qué quieren que regrese pronto, si el carnicero fue el único hombre de negocios de la ciudad que vino a los cultos?” “Cuando usted regrese --dijeron-- todos nosotros iremos a sus cultos, porque muchas personas han venido a cancelar sus deudas viejas y han puesto al día sus letras vencidas desde que usted llegó aquí.” Siento decir que nunca tuve la oportunidad de volver allá.

Varios de los hermanos de Wales se mudaron a Grand Forks, Dakota del Norte, y fueron de gran bendición, una añadidura que favoreció a la congregación. Más adelante, sesenta y tres personas entre niños y adultos, se mudaron a Benton Harbor, Michigan, y tengo entendido que a través de sus esfuerzos, se inició allí una congregación de habla inglesa, y una de habla alemana.

NO TOME SOBRE SÍ UNA ENFERMEDAD DEL DIABLO

En cierta ocasión el hermano Renbeck y yo fuimos adonde el hermano Bahr para orar por su hijo Willie, que tenía fiebre escarlata, y después de haber orado sentí que debería quedarme un poco más de tiempo. Me acosté en la sala y me quedé dormido. De repente, la hermana Bahr me llamó, diciendo: “Creo que Willie se está muriendo”, y cuando puse mis manos sobre él, estaba tan caliente que sentí que el calor atravesó todo mi cuerpo. Seguí reprendiendo la enfermedad y al diablo, pero no parecía producir ningún efecto.

Oré: “Señor, sana a este muchacho para Tu gloria. Si no hay otra manera, estoy dispuesto a tomar esta enfermedad sobre mí mismo, con tal de que consigas la gloria de haber sanado al muchacho”. En unos cuantos minutos, él estaba profundamente dormido, ¡y perfectamente sano! Pero yo sentía que todo el cuerpo me dolía. Cuando salí al aire frío del invierno, el frío me lastimaba lo que parecía ser ronchas en mi cara, y cuando llegué al templo para predicar, me sentí apenado de pararme frente al público, porque yo pensé que las personas verían las ronchas en mi cara, aunque yo sabía que era una imposición del diablo. Cuando llegué al púlpito, les dije a los congregados cómo me sentía, y les pedí que orasen por mí, e inmediatamente la sensación se fue. Aprendí la lección de NUNCA ESTAR DISPUESTO A TOMAR UNA ENFERMEDAD DEL DIABLO para que otra persona sea sanada.

-----:-----

En 1942, cuando venía de la costa occidental a Wolf Point, Montana, tomé el bus a treinta y ocho millas de allí, donde hay otra carretera que lleva adonde vive mi hijo, a milla y media de la autopista. Había nevado bastante y había una leve tormenta, pero yo pensé que podía lograrlo. Sin embargo, no había llegado muy lejos, cuando tuve que tirar mis maletas en una cuneta. Traté de seguir caminando, pero la nieve estaba tan profunda,

que no podía caminar. La única solución era acostarme en la carretera y RODAR. Seguí haciendo eso por un buen rato, y cuando me cansaba, me quedaba acostado descansando. Después de haber recorrido un cuarto de milla, estaba tan agotado, que parecía que no me quedaba esperanza. Rodé hasta el poste de una cerca, me puse de pie y me amarré al poste, pensando que si llegase a morir congelado, así alguien podría encontrar mi cuerpo. Después de haber estado parado allí orando por un buen rato, me sentí con fuerzas para continuar, así que me solté del poste y comencé a rodar nuevamente y luego traté de andar de rodillas, pero no resultó.

La nieve estaba demasiado floja—me hundía. Casi al atardecer, había llegado al punto más alto de donde podía ser visto desde la casa de mi hijo. Él venía del establo y alcanzó a verme. Rápidamente vino a recogerme, y muy pronto me llevó a salvo a su casa. Así que el Señor tuvo misericordia de mí una vez más.

A OCHENTA MILLAS POR HORA

En una ocasión, recibí un telegrama del hermano Fortner de Brookings, Dakota del Sur, pidiéndome que viniera de inmediato. Llegué tarde en la noche y me informaron que su hijo Clarence estaba gravemente enfermo en el hospital en Hurón, a ochenta y tres millas de Brookings. Sus familiares pensaron que sería mejor esperar hasta el día siguiente para ir allá. El hermano y la hermana Fortner, otro de sus hijos y el pastor fueron conmigo en mi carro.

Clarence había sido salvo, pero había recaído. De camino a Brookings en la autopista, manejábamos a ochenta millas por hora, y el pastor me dijo: “Hermano Susag, no necesita ir tan rápido”. Pensé que podía bajar la velocidad, pero el carro seguía moviéndose a ochenta millas por hora; el pastor me volvió a decir: “Hermano Susag, no necesita ir tan rápido”. Yo no dije nada, pero me sentía entristecido, porque estaba hiriendo los

sentimientos del pastor; pero el carro seguía andando a OCHENTA MILLAS POR HORA. Finalmente el pastor me habló firmemente: Hermano Susag, usted no necesita ir tan rápido”. Me sentí triste, pero no dije nada, y a pesar de mí mismo y del pastor, seguía el carro moviéndose a ochenta millas por hora.

Al llegar nosotros al hospital, el joven dijo: “Me reconcilié con el Señor, y esta mañana, a las tres, el Señor me dijo que a las nueve de la mañana el hermano Susag estaría aquí para llevarme a mi casa”. Él tenía el reloj parado en la silla, ¡y eran exactamente las nueve cuando llegamos! El pastor salió del cuarto. (Este evento ocurrió antes de que las leyes de tránsito regularan la velocidad, pero con ley o sin ley, el Señor quería que yo estuviera allí para las nueve en punto.)

ACARREÁNDOME PROBLEMAS POR OBEDECER LA PALABRA DE DIOS

Un hermano ministro había dado cabida a la idea de que mi esposa y yo éramos avaros, pero en aquel tiempo no nos habíamos percatado hasta qué punto esto le había afectado. Antes de irse de ese estado, él presentó el asunto al cuerpo ministerial para que lidiasen con nosotros. Los ministros le dijeron que no habían visto ningún indicio de avaricia en el hermano y en la hermana Susag, y le preguntaron qué prueba tenía para pensar así. Él contestó: “Ellos no dan suficiente”. (Nuestra costumbre era no decirle a nadie lo que dábamos, porque la Biblia dice: “no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha”).

Nos llamaron a comparecer ante la Asamblea Ministerial y se presentó el asunto. Los hermanos dijeron que ellos no habían visto ningún indicio de avaricia en nosotros y que todo lo que el hermano tenía en contra de nosotros era que no estábamos dando suficiente, y dijeron ellos: “Después de pensarlo, nosotros tampoco sabíamos cuánto ustedes estaban dando”. A lo cual yo

respondí: “Si soy avaro, necesito saberlo; así que, hermanos, ¿me ayudarán, por favor?” Esto fue lo que sugirieron: “Dígannos cuánto ustedes dan y así podremos comparar”. Yo respondí: “Si yo les digo cuánto doy, ¿no sería justo que ustedes también dijeran lo que dan?” El que presidía contestó: “Eso sería justo; yo sé que usted no puede dar tanto como yo, porque mis ingresos son mayores; pero usted y el hermano A-- deben dar más o menos la misma cantidad”. Así que todos dijeron cuánto habían dado durante el año. Entonces sumé todas las cantidades y vi el total. Luego tomé mi maletín y saqué los recibos de lo que mi esposa y yo habíamos dado, y les pedimos a los hermanos que lo sumaran. Entonces les pedí que sumaran lo que los siete ministros habían dado, y para la gran sorpresa de todos nosotros, se dieron cuenta de que mi esposa y yo habíamos dado \$22.50 más que todos los otros siete ministros juntos. Esta experiencia fue una de las “TODAS LAS COSAS” en mi vida (NOTA EDITORIAL: haciendo alusión a Ro. 8:28: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”).

-----:-----

Cuando era el evangelista en cierto “camp meeting” estatal, una señora que había venido por primera vez a nuestros cultos esa mañana, fue convertida el domingo en la mañana, y como tenía que irse de los predios de una vez, pidió ser bautizada antes de partir. Tres hermanas vinieron hacia mí en protesta, y dijeron: “Usted no va a bautizar a esa mujer con todos esos anillos puestos, ¿verdad?” Les respondí: “Por favor, dejen en paz a esa hermana y a sus anillos”. A lo cual ellas respondieron: “Si usted bautiza a esa mujer con todos esos anillos, nunca volveremos a tener confianza en usted”. Yo respondí: “Lo siento mucho; pero vamos a orar al respecto; ustedes vayan a los árboles en esa dirección, y yo iré en esta otra dirección a orar y hacer los preparativos para el bautismo”.

Cuando la mujer entró al agua para ser bautizada, exclamó: “¡Oh!” como si algo le doliera; luego, quitándose todos los anillos, los tiró en la arena, para nunca más volvérselos a poner.

UNA IMPOSICIÓN PARA INCOMODARME

En respuesta a una llamada urgente para que fuese a St. Paul Park, me preparé para ir enseguida, aunque no sabía por qué solicitaban mi presencia. Cuando estaba listo para partir, a solicitud de mi esposa, acepté llevar una alfombra hecha de retazos de tela, que ella había hecho para el hogar de ancianos que quedaba en ese mismo lugar. Puse la alfombra en un saco y lo facturé hasta St. Paul, para de allí refacturarlo hasta St. Paul Park. El hombre encargado del equipaje me preguntó si tenía una maleta o un baúl. Le dije que tenía un saco. En respuesta a su pregunta de qué llevaba adentro del saco, le dije: “Ropa”. Mientras viajaba en el otro tren, el diablo me dijo: “Tú sí que eres un buen predicador; le mentiste al hombre del equipaje; en vez de decirle que allí había ropa, debiste decirle que había una alfombra de retazos de tela”. “Bueno—dije--yo puedo aclarar eso cuando voy de regreso”.

Al llegar al Parque, me di cuenta que el hermano Krutz había perdido la razón. Al encontrarme con él no me reconoció. Empecé a orar y traté de hablarle, y después de un rato me reconoció. Dijo: “Hermano Susag, hermano Susag, eres de oro puro, de oro puro”. Entonces, mirándome fijamente, y señalando mi corazón, dijo: “¿Qué es lo que veo allí, una pequeña mancha?” Sin duda alguna el enemigo quería impedir que yo orase por el hermano. Este incidente me incomodó un poco, así que fui al bosque un rato, y el Señor me mostró que era una imposición del diablo para incomodarme. Oramos por el hermano Krutz y el Señor lo sanó, y el siguiente domingo él predicó.

ORANDO PARA CONSEGUIR HUEVOS Y KEROSENE

El hermano Ahrendt y yo estábamos llevando a cabo unos cultos en la localidad entre Bertha y Hewitt, en Minnesota. Nos estábamos quedando en una cabaña de troncos de madera--solamente él y yo. Nos habíamos quedado sin kerosene y sin dinero. El hermano Ahrendt tomó la lata y empezó a caminar a Hewitt, que estaba a una distancia de seis o siete millas, en la nieve, esperando encontrarse con algún hermano que le preguntase por qué llevaba esa lata. Pero no se encontró con nadie. Fue a la oficina postal, recibió el correo y llegó a la conclusión de que tendría que regresar sin el kerosén; sin embargo, al abrir una de las cartas, cayó una moneda de \$0.10. Inmediatamente fue al almacén, compró el kerosén y regresó a casa.

Una noche el hermano Ahrendt me dijo: “Hermano Susag, me apetece comer huevos; oremos para que el Señor nos envíe unos huevos”. Le contesté: “¿Cómo vamos a conseguir huevos aquí? No he visto ninguna gallina por estos lados, ni en los matorrales donde he pasado”. “Bueno --dijo él-- el Señor puede traerlos de alguna parte.” Esa noche cuando volvimos del culto, encontramos algo sobre la mesa cubierto con un periódico. El hermano Ahrendt levantó el papel !y vio una canastita con cinco huevos adentro! Le dije: “Tú consigues tres; tú oraste y tuviste fe, mientras que yo sólo dije ‘amén’ ”.

CAMBIARON EL LETRERO (¿?)

Un día el hermano Ahrendt estaba fuera anunciando los cultos. Su última visita había sido a la escuela, y de allí quería ir a Bertha, con la intención de tomar un atajo por los matorrales para llegar a la autopista. Cuando llegó a la autopista, vio un letrero que señalaba a la dirección hacia donde él iba, que decía: “Hewitt a una milla”. “Bueno--él pensó-- ¿qué hacen los niños

cambiando los letreros? Caminó unos cuantos pasos, y vio un poblado no muy lejos de allí, y se dio cuenta de que estaba caminando hacia el norte, cuando pensaba que se dirigía al sur. Los niños no habían hecho ningún mal-- él era el que se había desorientado.

“NO CON EJÉRCITO, NI CON FUERZA, SINO CON MI ESPÍRITU...”

Un año el hermano H. A. Sherwood era el evangelista en el “camp meeting” estatal de Minnesota, que se había realizado en Saint Cloud. Un edificio grande y espacioso se utilizó para los cultos. Ese año el calor había roto el récord, y en una de las tardes más calientes, cuando el hermano Sherwood esperaba predicar como de costumbre, el calor era tan intenso, que físicamente no podía dar la talla para la situación. Así que, por la petición urgente del hermano Sherwood, el hermano Allison F. Barnard (quien, juntamente con su esposa, estaba en los cultos) aceptó predicar en su lugar esa tarde.

Cuando el hermano Barnard pasó al púlpito, el Espíritu Santo se manifestó en él y en toda la congregación de tal manera y a tal grado cual yo nunca antes había visto en ningún culto. El calor en la capilla se moderó inmediatamente, pero afuera hacía tanto calor como nunca. Era como si ese amado hermano hubiese estado “fuera del cuerpo”; y no hubo ningún problema en el altar para que las almas sedientas pudieran recibir lo que sus corazones anhelaban. ¡ORARON HASTA CONSEGUIR LO QUE BUSCABAN! Así que una vez más se cumplió la escritura que dice: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”.

-----:-----

Hablando del hermano Sherwood, ¡cómo yo amaba a ese pequeño gran hombre en el Señor! En una ocasión él había sido el evangelista en el “camp meeting” en Morden, Manitoba, en

Canadá. El Señor lo utilizó poderosamente y cuando los cultos terminaron, se hicieron arreglos para que mi esposa y yo lo lleváramos en nuestro carro a Grand Forks, Dakota del Norte. Comenzó a llover, y realmente llovió a cántaros. Las primeras cuarenta y cinco millas, las carreteras eran como una sopa negra, y utilizamos ocho galones de gasolina para cubrir esas cuarenta y cinco millas.

El hermano Sherwood se sentó en el asiento trasero, orando todo el tiempo para que no quedáramos atascados en el lodo ni nos deslizáramos a un barranco, y cuando llegamos a la carretera de pavimento en Dakota del Norte, él dijo: “Hermano Susag, ¿por qué no te detienes un ratito para que tengamos un culto de acción de gracias, porque el Señor ha escuchado oración y ha protegido nuestras vidas?” Y eso fue lo que hicimos. Entonces el hermano Sherwood dijo: “Hermano Susag: ¿aceptarías una amonestación de un hombre más joven que tú? Le dije: “En cualquier momento, hermano”. Entonces me dijo: “Este es el segundo peor viaje en automóvil que he tenido en toda mi vida. ¿Me prometes que nunca más saldrás a manejar cuando la carretera esté en tan grave estado?” Mi respuesta fue: “¡Aló! ¡Hola! ¡Hola! ¿Quién habla? ¿El hermano Sherwood? ¿Qué deseas? ¿Que tu esposa está enferma? ¿Cómo, que se está muriendo? Cómo no, salgo de una vez; llegaré tan pronto como pueda”. Después de esto, el hermano Sherwood estiró su mano y dijo: “Hermano Susag, perdóname; ¡cuán pronto puede estar un hombre a pedirle a otro hombre una promesa sin pensar!”

“LOS LIBERTOS”

Una vez me llamaron a unos cultos al Norte de St. Cloud, Minnesota. Había aproximadamente trece ministros allí. Era en medio de un pueblo que se llamaba “los libertos”. Como tres de sus líderes principales habían escuchado la verdad, y ellos fueron los que me mandaron a llamar. Los ministros y la mayoría de este grupo estaban en desacuerdo con nuestras enseñanzas. Cuando se dividió la ofrenda entre el ministerio,

esos tres hermanos, que pertenecían a la junta directiva, me dieron \$38.00. Pero después de haber tomado el dinero, no lo podía mantener en mi persona. Hice lo mejor que pude, pero aún cuando lo tenía en el bolsillo de mi abrigo, el dinero me quemaba; así que se lo regresé a los hermanos. Un hermano me iba a llevar a la estación de ferrocarril más cercana, y cuando hube tomado mi asiento en la carreta, listo para ir al pueblo, estos tres hermanos vinieron y me dieron quince dólares, diciendo: “Dimos mucho más en la ofrenda que esto”, y sintieron que los quince dólares no me iban a quemar. Así que tomé el dinero y les di las gracias y me fui camino hacia el pueblo. Cuando me puse los quince dólares en el bolsillo, todavía me quemaban. Tuve que sacarlos de mi bolsillo y ponerlos en el piso de la carreta. Le dije al conductor que se lo llevara de vuelta y se los regresara a los hermanos. Él dijo: “Ellos no van a saber qué hacer con ese dinero, porque ya los cultos terminaron”. Yo le dije que había un ministro joven que estaba enfermo y necesitado; que le llevara el dinero a él. Yo necesitaba el dinero tremendamente, aun los \$38.00, porque ni siquiera tenía dinero para pagar el pasaje para irme a la casa.

Cuando cruzamos los rieles del ferrocarril, llegando al poblado, cerca de la estación de tren, le pedí al conductor que me dejara bajar. Mientras yo iba caminando hacia la estación, un hombre al cual yo no conocía vino al lado mío ¡y me puso cinco dólares en la mano! Y eso fue suficiente para llevarme a casa. Un número de personas se paró firme por la verdad en esos cultos.

EL SEÑOR SIGUE ESCUCHANDO LAS ORACIONES

En una reunión ministerial en Tulane, California, en 1945, mientras se servía el almuerzo, yo estaba sentado en la capilla con mi cabeza hacia abajo, reclinada en la silla enfrente de mí, orando por cierta cantidad de dinero, no esperando recibir dinero en esa reunión. Pronto sentí la confianza de que El Señor había

escuchado mi oración, y dejé de pensar en el asunto. Unos cuantos minutos más tarde, un hombre vino y se sentó a mi lado, y me preguntó: “¿Cómo cubre usted sus gastos? ¿Recibe algún salario cuando viaja de esta manera?” Le respondí: “No, no tengo salario; cubro mis gastos según lo que el Señor pone en el corazón de los hermanos para que me den”. “Bueno—dijo--el Señor me dijo que viniera y le diera esto”. ¡Y me dio la cantidad exacta de dinero que yo le había estado pidiendo al Señor!

SIGUE LLORANDO

El hermano Renbeck y yo estábamos teniendo cultos cerca de Kellys, Dakota del Norte. Después del culto una tarde, el hermano Renbeck estaba sentado en una esquina del cuarto, llorando. Me acerqué a él y le pregunté cuál era el problema. Él dijo: “Estoy llorando porque no hubo más pecadores en el culto que pudieran ser salvos, porque si hubieran venido más pecadores, más habrían sido salvos”. A lo cual le respondí: “Sigue llorando”.

MI PRIMERA EXPERIENCIA LIDIANDO CON UNA PERSONA ENDEMONIADA

En otra ocasión, estábamos teniendo cultos cerca de y en Fosston, Minnesota. Habían dicho de nosotros que “esos predicadores son del diablo”. Una noche un hombre llegó al culto con una rodilla envenenada. Para llegar al culto utilizó una vara larga en la cual se apoyaba. Él quería ver a esos predicadores que eran “del diablo”. Cuando llegó al cuarto de reunión, estaba lleno, y como no había asiento para él yo le cedí mi puesto. Cuando nos arrodillamos a orar, puse mis manos sobre su rodilla y le pedí al Señor que lo sanara y fue sano instantáneamente.

Unas noches más tarde, vino un hombre al culto que estaba poseído por demonios. Le salía espuma por la boca y actuaba

como un loco. Lo agarré y puse mis manos sobre él, y casi estábamos luchando. Ordené a los demonios salir de él, y le dije al Señor, que no iba a soltarlo, hasta que Él lo librara, y finalmente fue librado por el Espíritu del Señor. Aunque era invierno, yo estaba empapado como si me hubiese zambullido en el río. Durante la lucha, todas las personas habían salido corriendo del cuarto. Pero el hombre fue librado totalmente y entonces fue salvo.

OCURRIÓ EN UNA “CEREMONIA DE BAUTISMO”

En otro de nuestros cultos, una hermana fue convertida y recibió luz en cuanto al bautismo. Ella tenía una bebé, y su esposo quería que rociaran a la niña, porque esa era la creencia de él. La madre tendría que llevar a la bebé al frente para recibir este rito, pero ella se opuso, diciendo: “No, yo no puedo hacer eso; pero si lo deseas, puedes hacerlo tú, porque ella es tan tuya como lo es mía”. Pero el esposo no quería hacerlo. Bueno, la hermana no sabía qué hacer, y fue adonde el hermano Anton Nelson y su esposa para pedirles consejo. El hermano Nelson dijo: “Preguntémosle al Señor”. Después de haber orado al respecto, el hermano Nelson le dijo a la hermana: “Vaya, lleve a la niña, y nosotros iremos y oraremos por usted, y todo saldrá bien”.

En el culto del domingo cuando la pequeña bebé iba a recibir el rito, había siete niños en total que iban a participar en la ceremonia. El ministro se acercó a la hermana y le preguntó: “¿Cómo se llama la bebé?” La hermana contestó: “Anna Marie”. Entonces el ministro dijo: “Anna Marie, ¿abandonas al diablo y todas sus obras? ¿Crees en el Señor Jesucristo y vas por esta fe a ser bautizada?” (Se suponía que la madre respondiese: “Sí”.) La hermana no respondió. Así que el ministro, leyó su ritual de nuevo, y tampoco hubo respuesta. Después de preguntar por tercera vez, el ministro dijo: “Anna Marie, ¿por qué no contestas?” Al ocurrir esto, el padre de la

niña habló desde la audiencia, y pateando contra el suelo, dijo: “¡Esposa, ven acá; suficiente de esto ya!”

-----:~:-----

Recordarán haber leído al principio de este libro, cómo mi madre, cuando yo era niño, solía decirme: “¡Hijo, oh hijo! ¡Me das más problemas que todos los otro ocho niños juntos!” Sin embargo, después de haber estado en los Estados Unidos durante veinticuatro años, al regresar a casa, el primer día mi madre me hizo sentarme frente a ella, a no más de cuatro pies de distancia, y la escuché decirme historias acerca del niño más maravilloso del cual yo jamás había oído en mi vida. Después de unas dos horas de este entretenimiento agradable, le sonreí y le dije: “Tengo recuerdos de una madre que solía llorar por cuenta de este mismo niño, y solía decir: “¡Oh, hijo, qué voy a hacer contigo, me das más problemas que todos los otro ocho niños juntos!” “Oh, *ja* (‘sí’)—dijo-- pero de todas maneras tú eras el mejor niño”. Soy bastante bueno en aritmética, pero ese es un problema que hasta ahora no he podido resolver.

PREDICANDO ACERCA DE LA MUNDANALIDAD

Mientras llevaba a cabo cultos de avivamiento en Grand Forks, Dakota del Norte, prediqué una tarde acerca de la mundanalidad. Un abogado y su esposa, que provenían de Langdon, Dakota del Norte, estaban quedándose en la ciudad para asistir a los cultos. Después de escuchar esta prédica en particular, la esposa no quiso seguir asistiendo a los cultos. Cuando culminó el culto del domingo en la tarde, dos días después, el abogado se me acercó y dijo: “El Espíritu Santo estuvo en el culto esta tarde, ¿verdad que sí?” Le contesté que así había sido, y el continuó: “Todos los pecadores que estaban presentes se convirtieron, y me sucedió algo que no recuerdo haber experimentado nunca antes--¡lloré como un niño!”

Le pregunté por qué su esposa había dejado de asistir a los cultos. En respuesta, él me preguntó: ¿La hermana Hansen le ha dicho a usted algo acerca de nosotros y de nuestra casa?” Le dije: “Sí, una vez ustedes le dieron a un ministro dos mil doscientas monedas; todas eran centavos. Hicieron algo bueno. Eso es todo lo que la hermana Hansen me ha dicho de ustedes. No he escuchado más nada acerca de ustedes”.

Él se refirió al sermón acerca de la mundanalidad, y dijo: “En su prédica, usted prácticamente dijo el precio de todas las cosas que tenemos en casa, tales como cortinas, alfombras, muebles y estufa; y lo ilustró de la siguiente manera: ‘Imagínese que una persona pudiera comprar una buena estufa por \$42.50, pero viendo otra de la misma clase, con la única diferencia de que tiene bordes cromados, y cuesta \$82.00, escoge la segunda, ¿no sería eso “los deseos de los ojos”?’ ¡Y ese es exactamente el tipo de estufa que nosotros tenemos! y mi esposa no lo podía ver de esa manera”. Ella pensó que la hermana Hansen me había contado lo que ella tenía en su casa, y como no quitó ese pensamiento de su mente, finalmente se perdió, dijo su esposo.

Yo estaba predicando bajo la dirección del Espíritu Santo, y no tenía a nadie en particular en mente al utilizar esa ilustración; sencillamente estaba tratando de demostrar que ese dinero se podría haber aprovechado mejor, y que algunas veces cuando las personas cedían ante la tentación de escoger el artículo que parece ser más fino, podrían estar yendo más allá de sus recursos.

-----:-----

Un domingo en la mañana, cuando yo era pastor en Grand Forks y apenas había terminado de predicar, un hombre se acercó rápidamente al púlpito y dijo en tono áspero: “¿Quién le dijo todo acerca de mí?” Yo estiré mi mano y le dije: “Mi nombre es Susag; ¿cuál es el suyo?”

Él respondió: “¡Usted se paró delante de esta audiencia esta mañana, y le dijo todo lo que yo he hecho durante toda mi vida!” Yo respondí: “Estimado hombre, yo no lo conozco, y nunca he escuchado hablar de usted; ¿cómo se llama usted?” Él miró a su alrededor, y entonces ¡dio la vuelta y salió corriendo! Nunca volví a ver al hombre.

DOS TERCERAS PARTES SE FUERON

Algunos años atrás, cuando estaba en Noruega, el hermano Morris Johnson y yo tuvimos una serie de cultos en una finca grande en Roleg, que queda en Numedahl. Un grupo grande de personas salió al primer culto. Nos arrodillamos a orar, y mientras orábamos, oí una gran conmoción. Cuando nos levantamos de nuestras rodillas, nos dimos cuenta que dos tercios de los que estaban reunidos se habían ido. El capitán de la autopista Real estaba en medio de la congregación, y había dicho al llegar que esos predicadores eran demasiado fanáticos y que si él hubiera tenido su revólver y les hubiera disparado, le habría hecho un buen favor al Señor. Sin embargo, no creo que en su corazón había la intención de que lo que había dicho sonara tan mal como él lo había dado a entender, porque un tiempo después él nos invitó a su casa, y nos trató muy cortés y bondadosamente. Varios fueron salvos y bautizados, y una congregación pequeña y hermosa se levantó en ese lugar.

-----:-----

Cuando estábamos en Sanes, Noruega, el hermano Morris Johnson estuvo muy enfermo, y una noche al llegar a donde nos estábamos hospedando, él se metió en la cama con toda su ropa puesta, exhausto. Había estado sangrando de los pulmones, y estaba tan débil que a duras penas había podido llevarlo al lugar donde estábamos quedándonos. Lloramos y oramos, y finalmente le dije: “Morris, ¿no puedes salir de la cama y arrodillarte conmigo para orar?” “Tal vez podría –dijo--pero creo que la cama es el mejor lugar para mí.” Sin embargo, bajó

de la cama y dijo unas cuantas palabras, y luego volvió a la cama. No pudo desvestirse en toda la noche, y yo tenía miedo de quedarme dormido, porque temía que él pudiera morir en cualquier momento durante la noche.

En la mañana parecía haber conseguido algo de descanso, y le dije: “Hermano Morris, debemos tratar de llegar a la casa de la hermana Svenson y conseguirte un poco de consomé” (la hermana Svenson tenía un almacén de embutidos, y Morris no había comido nada en un par de días). Pero él dijo: “Yo no puedo llegar hasta allá, y tampoco puedo comer nada”. “Pero—le dije yo—tendrás que llegar allá, aunque yo te tenga que llevar cargado. Tendrás que comer, o de lo contrario, tendré que enterrarte en algún lado entre las rocas de Noruega.” Se levantó y yo puse mi brazo alrededor de él; y afortunadamente el camino era cuesta abajo. Tuvimos que detenernos a descansar varias veces, pero llegamos, y el Señor debe haber impresionado a la hermana Svenson, porque ya tenía él consomé listo. Pero mientras ella se preparaba para servirlo, el problema en los pulmones del hermano comenzó de nuevo, y él entró al baño. Yo caí al piso rostro a tierra, clamando a Dios para que lo ayudara. Repentinamente, me di cuenta que yo había recibido la fe para su sanidad, y lo llamé, diciendo: “¡Morris, el sangrado se detiene AHORA!” Y así fue. Y de allí en adelante, se recuperó rápidamente.

(Cuando pienso en ese querido hermano y en la terrible condición en la cual estaba, me vienen lágrimas a los ojos, aun ahora.)

UN MARAVILLOSO TIEMPO DE CULTOS EN STAVANGER

El señor Svenson recibió una llamada telefónica de dos ministros en Stavanger, solicitando que los dos evangelistas estadounidenses fueran allá. Aceptamos la llamada. La hija del Sr. Svenson y el hermano Fjield fueron con nosotros. Cómo los

ministros lograron localizarnos en la casa del Sr. Svenson, nunca lo supe, porque ninguno de nosotros dos había estado anteriormente en Stavanger. Los nombres de los dos ministros que nos habían llamado eran Johnson y Jornsens, de la iglesia Cristiana. Llegamos primero a la casa del hermano Johnson, donde nos dieron una cordial bienvenida. Nos dijeron que habían oído hablar de nosotros y habían estado orando fervientemente para que el Señor nos enviara a ellos, y que estaban contentos de que estuviésemos allí: “Ustedes están aquí en respuesta a nuestras oraciones,” dijeron, y abriendo una puerta que daba a otro cuarto, nos informaron que esa era nuestra recámara. Nos mostraron el comedor, diciendo: “Cada vez que tengan hambre, vengan a comer aquí”. A toda esta bondadosa bienvenida, mi respuesta fue: “Esto realmente me parece una puerta demasiado abierta, teniendo en mente que ustedes no nos conocen ni nosotros los conocemos a ustedes; mejor sería entrar y orar juntos, y hacer algunas consultas al respecto. Después de haber orado, nos relataron lo siguiente:

“Pertenece a la iglesia Cristiana; anteriormente, habíamos doscientos miembros o más, pero dos años atrás vino a esta ciudad un ministro ex-bautista, que ‘hablaba en lenguas’, y como parecía ser serio y sincero, nos dio tristeza ver que nadie le estaba dando oportunidad de predicar, así que decidimos concederle el privilegio de predicar una vez en nuestra capilla, ¡y una vez fue demasiado! En el culto, yo (el hermano Johnson) estaba sentado sobre la plataforma con él, y el hermano Jornsens, que pesaba doscientas sesenta libras, estaba parado en el pasillo, agarrado del espaldar de una silla en la cual había un hombre sentado, porque la capilla estaba completamente llena. Después que el predicador hubo hablado por diez o quince minutos, había siete mujeres tiradas en el piso en un trance.

Nos paramos firmes contra el espíritu que estaba trabajando, ¡y hablar de poder! Una de las paredes de la capilla se rajó (todavía se podía ver la evidencia)”. El hermano Jornsens dijo: “Yo lo resistí con toda mi alma; sin embargo los pies se me fueron de por debajo y caí al piso, y mis mandíbulas quedaron

balbuceando”. “Esto continuó durante ocho días y noches, hasta que finalmente obtuvimos la victoria sobre ese espíritu, y el predicador se llevó a más de doscientos miembros de la congregación consigo, dejándonos a tan sólo nueve personas--con nosotros dos somos once en total. Y si ustedes van con nosotros al culto esta noche, habremos trece personas reunidas, y tendremos cultos domingo, miércoles, jueves y viernes, y—añadieron—deberán predicar solamente hasta las nueve de la noche; los cultos comienzan a las ocho y quince. ¡No dejen testificar a ninguna mujer ni a ningún pentecostal!”

“Ahora--dije yo--les voy a dar nuestra propuesta: iremos con ustedes esta noche, y mañana pueden anunciar en los dos diarios de la ciudad que dos evangelistas de los Estados Unidos de América están aquí, para llevar a cabo cultos todas las noches, incluyendo el sábado, y tres cultos el domingo, toda la próxima semana hasta el viernes, y entonces veremos cómo van las cosas.” “Eso no va a resultar--dijeron ellos--nadie va a venir ni el sábado, ni los lunes, ni los martes en la noche.” “Bueno--dije yo—nos pueden dar la llave, y si nadie viene, el hermano Johnson y yo entraremos y tendremos culto de oración. Bajo esta condición nos podemos quedar—de lo contrario, tomaremos nuestras maletas y nos iremos.”

A lo cual ellos respondieron: “Ustedes no pueden irse, porque el Señor nos ha mostrado que ustedes van a tener cultos para nosotros.” La siguiente noche había como doscientas personas en la congregación, y unos diez minutos antes de las nueve, ocho personas comenzaron a prepararse para partir. Yo todavía estaba compartiendo, así que me detuve y dije: “Un minuto, por favor: acabamos de venir de Dinamarca, donde predicamos durante todo el tiempo que el Señor dirigiera, hasta las nueve o hasta las diez de la noche. Ahora, si usted se tiene que ir a casa, parta tranquilo, pero si sencillamente es su costumbre irse de un culto a cierta hora, ya sea que el culto haya terminado o no, vamos a orar para que el Señor quiebre esa costumbre”. Seis de las personas se sentaron de nuevo y dos se fueron. El sábado en la noche la capilla estaba llena, y el

domingo en la noche, una buena cantidad de personas fueron salvas. Los cultos continuaron durante casi cuatro semanas, y almas siguieron siendo añadidas hasta el final.

Un día tuvimos culto de bautismo entre dos casas barco en el Mar del Norte, y después de haber bautizado a todos los candidatos, un pescador, que era el dueño de una de las casas barco, salió y me preguntó si yo lo bautizaría. Cuando le pregunté si era convertido, me dijo lo siguiente: “Yo fui convertido hace tres años, pero nunca antes había encontrado a personas con quienes yo creyera que el Señor estaba trabajando; pero hoy, al presenciar este culto, fui convencido de que el Espíritu Santo estaba con ustedes”. Lo bauticé y nunca más lo volví a ver. Después de esto, no nos permitieron bautizar desde la costa, sino que teníamos que sacar a las personas en un barco, y bautizarlas desde una roca en el Mar del Norte.

Después de ese incidente, nos invitaron a la casa de un Capitán (marino), para estar allí a las 9:30 la mañana siguiente. La casa tenía el mejor acabado de todas las que he visitado. Cuando llegamos en la mañana, vimos que estaba llena de personas de la clase alta, los hombres con sus sombreros de seda, y las mujeres ataviadas con la misma distinción. Algunos de los presentes eran salvos, y como quince más fueron salvos esa mañana.

La señora de la casa y sus seis hermanas tenían un hermano que era un viejo capitán marino y estaba enfermo. Nos dijeron que era un incrédulo y que no quería saber nada de los predicadores; que si alguno llegaba a entrar en su casa, él lo mandaba a salir. Sus siete hermanas estaban orando fervientemente por él y sentían que nosotros podríamos serle de ayuda. Su plan consistía en fijar una fecha en la cual todas ellas irían a visitarlo, y si hacía buen tiempo, nosotros pasaríamos por allí y ellas estarían en el porche conversando con él. Nosotros estaríamos del otro lado de la calle, y al vernos, ellas nos dirían: “buenos días”, y nos invitarían a acercarnos para presentarnos a su hermano; él no debería saber que éramos predicadores. El

plan tuvo éxito, y después de hablar por un rato, el Capitán Parsons nos invitó a entrar a su casa.

Al entrar, pudimos ver que en las paredes había cuadros de barcos, treinta y ocho buques de vapor. Él dijo que había sido marino en cada uno de esos barcos, y capitán de varios. Así que nos llevó en un viaje alrededor del mundo.

Finalmente, llegó al último cuadro, una nave muy grande, pero parecía una lata oxidada y hecha pedazos; los mástiles, chimeneas y puentes, evidentemente habían sido arrancados por los vientos o las olas. Nos impresionó la vista de este cuadro y dijimos: “Esto se ve mal”. “Sí--él dijo--esa fue la hora de prueba en mi vida; fue en un tifón, fuera de las costas de Sydney, Australia. Así se veía la nave cuando nos remolcaron al puerto.” Entonces miré mi reloj y me di cuenta que habíamos estado hablando durante dos horas, y sintiendo que ya era tiempo de irnos, le dije: “Somos ministros, y generalmente cuando hacemos una visita, antes de irnos, cantamos, leemos algo de las Escrituras y oramos. ¿Nos permitiría tener este privilegio aquí?” Él dijo: “No veo ninguna razón para no hacerlo”.

Por consiguiente, cantamos, leímos una lección bíblica y oramos, después de lo cual le dijimos a nuestro anfitrión: “Ciertamente hemos tenido una visita muy placentera con usted y hemos disfrutado el viaje alrededor del mundo inmensamente, y ahora le queda a usted un último viaje por delante. Para todos estos otros viajes, sin duda usted se preparó debidamente. ¿Qué hay de este viaje? ¿Está listo para encontrarse con su Hacedor en paz?” “No--él dijo--el Señor no acepta hombres tan malos como yo.” Pero le dijimos que esa era precisamente la clase de hombres que Él había venido a salvar. Él entonces dijo: “Hijitos, hijitos, ustedes no saben lo malos que son los marinos”. Tratamos de hablarle, pero no dio resultado. Así que le dimos las gracias y nos despedimos. Cuando nos íbamos, él dijo: “Hijitos, hijitos, regresen pronto”.

Al día siguiente escuchamos que estaba mal de salud y que la Junta de Sanidad había dado órdenes de que nadie le estrechara las manos, porque no se había diagnosticado su caso todavía. Seguimos visitándolo, instruyéndolo y orando con él. En una de estas ocasiones, justo antes de partir ambos cometimos un BUEN error: nos quebrantamos y empezamos a llorar. Morris, hablándome en inglés, dijo: “Amo el alma de este hombre como si fuera la de mi propio padre y no quisiera poner ni una pajita en el camino para impedir su salvación; me gustaría estrecharle la mano, pero no puedo”. “En lo que a mí respecta--le dije yo--no tendría ningún reparo en tomar su mano en las mías, pero debido al público que nos rodea, no lo podemos hacer; pero él es un hombre entendido--vamos a acercarnos a él y explicarle la situación, y estoy seguro que todo saldrá bien.” Después, mientras nos íbamos, él dijo: “Asegúrense de volver pronto”.

Al día siguiente, me llamaron a una isla y el hermano Morris fue solo a visitarlo. Él estaba de pie y aparentemente bastante bien, y le dijo a Morris: “Jovencito, mejor háblame en inglés. Entiendo tu inglés mejor que tu noruego”. Ahora pueden ver que el error del día anterior había sido uno bueno. Ese día él fue salvo de una manera gloriosa, y al día siguiente estuvo de pie, movilizándose por el área, feliz y alabando al Señor, a las dos de la tarde se acostó a descansar y se fue a casa a la gloria. A raíz de su salvación, se nos solicitó que les habláramos a los estudiantes del colegio misionero.

Aquí en Stavanger se levantó una buena congregación y el hermano Mortensen se convirtió en pastor; él era sastre de oficio y también era dueño de un buen almacén de ropa. La capilla en donde se habían celebrado los cultos de avivamiento en 1911, ellos la consiguieron en 1922. En una ocasión, estuve de paso por allí y esperaban que me quedara por tres semanas, para tener cultos y predicar acerca de la doctrina de la Iglesia de Dios. Se suponía que tenía que llegar el domingo, pero no llegué hasta el lunes. Habían anunciado tres cultos para el domingo, y entre mil quinientas y dos mil personas estuvieron presentes en cada culto. No me pude quedar las tres semanas, porque iba de paso en una

misión especial para la Junta Misionera y el barco se iba al día siguiente. Hablando de la verdad, esta hubiera sido la mayor oportunidad que Noruega habría tenido por muchos años, y posiblemente en toda su historia.

El hermano Mortensen dijo: “¡Oh, cuán triste!—todo esto sucedió por culpa de un predicador torcido a quien el hermano Susag tuvo que llevar de vuelta a los Estados Unidos” (esa era la misión que el hermano Susag tenía que cumplir, por lo cual no pudo quedarse las tres semanas). El hermano Mortensen levantó varias congregaciones en la costa occidental, y en 1937, la capilla vieja en Stavanger fue demolida y se edificó en su lugar una nueva capilla de mayor tamaño.

MI ESPOSA ES SANADA DE CÁNCER

Algunos años atrás, mi esposa tenía una llaga en su mejilla izquierda. El Doctor Morgan la examinó y diagnosticó que era cáncer. Oramos por ella y al tercer día no había muestra alguna de cáncer.

Poco tiempo después, le empezó a crecer una masa en el costado derecho, justo arriba de la cadera. Creció hasta tener veintidós pulgadas de largo, dieciséis pulgadas por el cuerpo y catorce pulgadas alrededor del extremo. Finalmente se convirtió en cáncer. Se oraba por ella con frecuencia, pero aparentemente no recibía ayuda, y emanaba un olor horrible de aquello. Fuimos al “camp meeting” de Anderson. En el día separado especialmente para la sanidad de los enfermos, los asientos en ese culto en particular estaban acomodados de tal manera que para cada enfermo hubiese tres predicadores que orasen por él o por ella. Mi esposa vino y se sentó en la silla que estaba al lado de donde yo estaba orando, y después de que hubieron orado por ella, escuché a uno de los ministros decirle: “Hermana Susag, ¿cree usted que el Señor la sana?” Ella respondió: “Por fe soy sana”. Y el ministro dijo: “Sí, por fe, es cierto”. Desde ese momento el cáncer comenzó a hacerse pedazos.

Camino a casa le pregunté qué había sido lo que le había dado la fe para su sanidad. Ella dijo: “No sé; cuando subí a la plataforma, yo quería que el hermano y la hermana Byrum oraran por mí, y pude haberme sentado en el puesto donde ellos iban a estar orando, pero vi venir a una joven que parecía estar en las últimas fases de tuberculosis, tanto así que cuando trataba de caminar, necesitaba que dos hermanas la sostuviesen, una en cada lado, y vi que ella estaba en mayor necesidad que yo, y además, era una mujer joven. Estuve dispuesta a que cualquier persona orase por mí, y si fuere sanada o no, estaría bien”. Yo respondí: “Allí fue donde obtuviste la victoria”.

Esto ocurrió a fines de junio, y alrededor del primero de octubre no quedaba nada aparte de una manchita roja como del tamaño de una moneda de un dólar, para mostrar dónde había estado el cáncer. Justo antes de salir hacia Anderson, una vecina había querido ver el cáncer, y al verlo se había enfermado tanto que tuvo que quedarse en cama por dos días. Y a través de todo aquello mi esposa no se quejó ni una sola vez.

-----:-----

En la última noche de unos cultos que estaba dirigiendo en Whittier, California, un hombre se me acercó y me habló de una mujer enferma que quería que yo fuera a orar por ella. Acepté hacerlo, pero le dije al hombre que tenía que ir rápidamente, porque un hermano iba a venir muy pronto para llevarme a Los Ángeles. Al llegar junto a la cama de la enferma, le pregunté cuál era su problema. Me dijo que tenía un cáncer en el seno y en el costado izquierdos, y que por tener que acostarse de un solo lado todo el tiempo, estaba muy enferma y adolorida. Oré la oración de fe por ella y me fui inmediatamente.

Un año después recibí una carta de ella. Escribió lo siguiente: “Hace exactamente un año en esta noche, desde que lo mandé a llamar para que orase por mí. Mientras usted oraba por mí, fue como si una corriente eléctrica hubiese atravesado mi cuerpo, y después que usted se fue, yo me acosté sobre mi

lado izquierdo y me quedé dormida, y dormí toda la noche, y en la mañana, cuando desperté, estaba perfectamente sana. He esperado todo un año antes de escribir, para ver si volvía algún síntoma, pero ningún síntoma volvió”.

SU ÚLTIMA LLAMADA

Durante una serie de cultos cuando era pastor en Grand Forks, sentí la impresión de hablarle a un hombre joven, Tom Perkins, un veterano de la primera guerra mundial. Descendí en medio de la audiencia para hablarle, y le dije que debería buscar al Señor esa noche, porque algo iba a suceder. Él dijo: “¿A usted le parece que es así?” Yo le dije: “No, a mí no me parece que es así--Yo SÉ que es así”. Pero él dijo: “Esta noche no”. Eso fue el domingo, y el miércoles por la tarde, mientras yo bajaba por la Avenida DeMeres, él salió de un almacén de ropa con un amigo; le dije: “¿cómo estás?” y seguí caminando por delante de él, pero mientras lo pasaba, el Señor me dijo: “regresa y háblale a Tom”. De una vez di la vuelta y le dije: “Tom escúchame; necesitas buscar al Señor. Vamos a regresar al almacén para que hagas las paces con El Señor”. Pero él dijo: “No”. Yo le dije: “Es muy importante”. Él dijo lo mismo que antes: “¿A usted le parece que es así?” Y volví a responder: “A mí no me parece que es así—yo sé que es así”. Él lo tomó con mucha amabilidad, pero rehusó aceptar el llamado a reconciliarse con el Señor. Dos días más tarde, el viernes siguiente, él fue a Minneapolis, y el domingo en la tarde murió aplastado entre dos tranvías. ¿No sería bueno que las personas prestaran atención a las advertencias de los Siervos de Dios y de Su Espíritu?

SÓLO UNA PERSONA LLEGÓ

El pastor de la iglesia Escandinava Libre en Brookings, Dakota del Sur, me mandó a llamar en una ocasión para que orase por una hermana que era miembro de su congregación, y

que había estado en cama, enferma, por unos seis meses. Prediqué allí varias veces y después anuncié que iba a estar orando por la hermana enferma a las tres de la tarde el día siguiente, y pedí que todos los que tuviesen fe estuvieran allí, y que los que no tuviesen fe no se acercaran, aunque fuesen predicadores. Sólo llegó una persona--una hermana anciana bautista de Hurón--la hermana Shall. Se ofreció la oración de fe, y la hermana Johnson fue sanada y estuvo en el culto esa misma noche.

“NO, NO PODEMOS QUEDARNOS A ALMORZAR...”(¿?)

Un domingo por la mañana, mi esposa y yo, juntamente con otras dos hermanas, fuimos en automóvil a Westlake para el culto de antes del mediodía, que se llevó a cabo en la casa del hermano y la hermana Hans Myhre. Después del culto, mi esposa se me acercó y me dijo que la hermana Myhre quería que nos quedáramos a almorzar. Pero yo dije: “No, no podemos quedarnos a almorzar, el Señor quiere que nos vayamos a casa de una vez”. Al escuchar esto, la hermana Myhre se me acercó, y dijo: “Tienen que quedarse a almorzar”. Yo respondí: “Hermana, no podemos quedarnos porque el Señor me dijo que nos fuéramos a casa”. Ella dijo: “Entonces las hermanas tampoco van a conseguir nada para comer. ¿Por qué se tienen que ir?” Yo le dije: “No sé, sólo que el Señor dice: ‘váyanse para la casa.’” “Hermano Susag, usted es terco”, la hermana insistió.

Nos fuimos de vuelta a casa. Mi esposa subió las escaleras para cambiarse de ropa e ir a preparar el almuerzo. Me senté en una silla, meditando en lo que había sucedido. Me pregunté a mí mismo: “¿Eres terco? ¿Por qué te viniste para la casa?” En ese mismo instante el teléfono sonó. Lo contesté, y una voz dijo: “¿Es éste el Reverendo Susag?” “Sí”, dije. “Manténgase en la línea; tiene una llamada de larga distancia”, me informaron. Después de una breve pausa, otra voz dijo: “Esta es Anna

Anderson de Brookings, Dakota del Sur. ¿Recuerda haberle prometido a la abuela H., cuando usted era pastor aquí, que usted iba a officiar en su funeral? Ella murió esta mañana, y la vamos a enterrar el martes. ¿Puede venir?” Le dije que estaría allí. Mientras me alejaba del teléfono, mi esposa entró al cuarto, y le dije: “Ahora sé por qué tenía que volver a casa tan rápido; porque si no me hubieran podido localizar ahora, yo no habría podido llegar a tiempo para el funeral”. Ella dijo: “A veces actúas un poco extraño, pero te tengo encomendado al Señor, y siempre las cosas salen bien”.

-----:~::~:-----

Cuando el hermano August Christofersen de Norway Lake, Minnesota, estaba enfermo con neumonía doble, me mandaron a buscar para que orase por él. Fui y oré por él, y el Señor lo levantó. Me quedé tres días, regresé a casa, y en tres o cuatro días me llamaron por teléfono, pidiéndome que volviera allá. Pregunté si él estaba enfermo. Me respondieron: “No, pero quiere verlo”. Pude conseguir que alguien me llevara casi hasta la casa de él, y caminé el resto de la distancia. Llegando cerca de la casa, me metí en una arboleda por donde tenía que pasar, y me arrodillé a orar por el hermano. El Señor me dijo: “Ya no necesitas orar por él; él está en casa conmigo”. Mientras llegaba a la casa, su hermano salió a recibirme, y le dije: “¡Así que el hermano August está en casa con el Señor!” Él dijo: “¿Cómo lo supo?” Le dije: “El Señor me lo dijo allá en la arboleda.”

-----:~::~:-----

Mientras estaba en Dinamarca, me invitaron a ir a cierto pueblo que no conocía en absoluto. Finalmente, cuando tuve tiempo para ir, fui sin haberle escrito a nadie para anunciar mi llegada. Al llegar a la ciudad, me di cuenta que había ovidado tanto el nombre como la dirección de mis amigos. Caminé de un lado para otro en la plataforma de la estación de tren, “rascándome el cerebro”, tratando de recordar la dirección que necesitaba, pero sencillamente no podía recordarla. Un hombre

me habló, diciendo: “parece estar meditando profundamente, o en algún tipo de aprieto”. Le dije: “Ciertamente lo estoy”. A lo cual él respondió: “A veces nos metemos en situaciones así; ¿cree usted que podría ayudarlo en alguna manera?” Pero yo respondí: “No me parece que usted me pueda ayudar”. Sin embargo, le dije cuál era mi problema. Se rió y dijo: “De veras que está en un aprieto; ¿no puede pensar en nada?” “Lo único que me viene a la mente—dije--es que son los padres de la Sra. Anna Nelson de Kaas, Dinamarca”. “Bueno--dijo él--no le fue tan mal después de todo: ¡yo soy su padre!”

-----:-----

Cuando era pastor en Grand Forks, teníamos en la congregación a una madre en Sion, una hermana alemana que no hablaba inglés. Un domingo por la noche, el Señor había bendecido espiritualmente. Mamá Calm le dijo al hermano Shave: “Ahora yo puedo predicar el mensaje del hermano Susag en alemán” (yo había predicado en inglés). El hermano Shave le dijo: “Usted no lo puede hacer”. Pero ella dijo: “Sí puedo”. A lo cual el hermano Shave alzó la voz y dijo: “Esperen todos un momentito”. Y efectivamente, la hermana Calm predicó mi mensaje en alemán, según los alemanes, “casi al pie de la letra”.

-----:-----

Una vez en el “camp meeting” de St. Paul, la hermana Aamot se me acercó y me dijo que se le había perdido un billete de cinco dólares, por lo cual ella se sentía muy mal. Su esposo no era salvo. Ella quería que yo orara para que el Señor la ayudara a encontrar el billete. Me dijo que pensaba que se le había perdido cuando venía del Hogar de Ancianos hacia el tabernáculo. Ese día el viento había soplado bastante fuerte, y ella cargaba el billete en su pañuelo.

Fui a los árboles a orar, ¡y de veras que el viento estaba soplando fuerte! Después de haber estado de rodillas orando fervientemente, pidiéndole al Señor que me ayudara a encontrar

el billete de la hermana, cuando me estaba levantando, miré en medio de las hojas, ¡y allí, entre mis rodillas, estaba el billete de cinco dólares! Y la hermana no tuvo ninguna dificultad para comprobar que ese era su billete de cinco dólares.

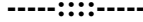
-----:~::~:-----

Mientras aún estaba en Dinamarca, una vez el hermano Morris Johnson y yo estuvimos dirigiendo cultos en una finca. Al ver a un hombre grande y de buena apariencia acercándose al lugar de reunión, el hermano Morris dijo: “Vayamos detrás del establo y oremos a Dios Todopoderoso, que ponga a ese hombre bajo convicción y lo salve esta tarde”. Y el Señor honró nuestra fe, y realmente salvó al hombre esa tarde.

-----:~::~:-----

Estaba realizando cultos en Albert Lee, Minnesota, y de allí tenía intenciones de ir a Greenwood, Wisconsin. Verifiqué mi tabla de tarifas, para saber cuál era la tarifa de pasaje del tren, saqué la cuenta y concluí que eran trece dólares, así que le pedí al Señor que me diera trece dólares esa noche. Al final del culto alguien puso cierta cantidad de dinero en mi bolsillo, y comencé a darle gracias al Señor por trece dólares. El diablo dijo: “Tú no tienes trece dólares en tu bolsillo”, pero yo dije que los tenía. Él dijo: “Solamente siente tu bolsillo, y te darás cuenta que no hay casi nada allí, o si no, saca el dinero y cuéntalo, y vas a ver”. Yo le dije que ni iba a sentir lo que había en mi bolsillo, ni tampoco iba a contar el dinero por orden de él, y que yo tenía trece dólares.

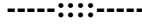
Cuando llegué a mi cuarto, me arrodillé y le di gracias al Señor por trece dólares, y entonces saqué el dinero de mi bolsillo y lo conté, y me di cuenta que tenía \$13.05. Cuando fui el día siguiente a comprar mi boleto, ¡costaba \$13.05! Me había equivocado al sacar la cuenta, pero el Señor sabía cuál era el pasaje exacto.



Durante los cultos en Greenwood, salí a convidar a las personas a los cultos. Un día llegué a una granja, cuyo dueño estaba postrado en cama con tuberculosis de la espina dorsal. Le dije que era ministro, y también que creía en la sanidad Divina. Cuando él escuchó esto, dijo: “Usted es precisamente el hombre que el Señor me ha enviado para que yo sea sano”. Yo le dije: “No podría asegurarlo; sin embargo, oraré por usted. El Señor me ha impresionado a no unirlo. Volveré el viernes en la tarde, y mientras tanto, estaré orando para que el Señor me muestre qué hacer”. Con este acuerdo, el hombre se sintió satisfecho. Ya estaba oscureciendo, y al llegar a mi habitación en la casa donde posaba, me arrodillé junto a una silla a orar por él. Mientras oraba, una vaca y tres ovejas se pararon justo delante de mí. Hice esto cuatro veces, y tan pronto como me arrodillaba a orar, ahí estaban la vaca y las tres ovejas entre Dios y yo, por así decirlo. Así que dejé de intentarlo por lo pronto, pero al día siguiente, a las diez de la mañana, entré a orar por él nuevamente, a plena luz del día. Pero al hacerlo, la vaca y las ovejas se ponían delante de mí.

El viernes, como habíamos acordado, fui a verlo nuevamente. De una vez me preguntó qué me había mostrado el Señor acerca de él. Le dije que el Señor me había mostrado algo, pero que no podía entender lo que significaba. Él estaba ansioso de saber qué era, y yo le relaté la visión que había tenido. Él dijo: “Percibo que el Señor lo ha mandado a usted para ayudarme”, y continuó diciendo: “Solíamos vivir en Iowa en una granja de buen tamaño, y económicamente nos iba muy bien. Yo estaba muy interesado en la obra espiritual, al punto de imprimir y enviar un buen número de tratados. Pero parecía que mi pobre alma estaba demasiado aferrada a las cosas de este mundo. Esto me turbaba de tiempo en tiempo. Sin embargo su visión significa que si yo tan sólo tuviera una vaca y tres ovejas—y las tenemos--si mi alma se aferra a ellas, nunca podré entrar al cielo”. “Ciertamente--dijo él--el Señor lo ha enviado para ayudarme. Por favor ore para que yo me alinee con Dios; eso es

lo primordial.” El hombre se arrepintió de corazón, y estuvo muy feliz. Al tercer día después de este evento se fue a su eterno hogar, a la gloria.



“TU LÁMPARA ESTÁ A PUNTO DE APAGARSE”

Yo había prometido ir a tener cultos en Dallas, Wisconsin después de esta serie de cultos, pero el Señor me motivó a volver a casa. Por no conocer ninguna razón válida para ir a casa, compré mi boleto solamente hasta cierta estación donde yo tendría que cambiar de tren en caso de ir siempre a Dallas, pensando que tal vez mis sentimientos cambiarían antes de llegar hasta ese punto. Pero mis sentimientos no cambiaron, así que compré un boleto a St. Paul y de allí conseguí otro boleto hasta Hawick, Minnesota, que queda a sólo tres millas de mi casa.

En la calle en Hawick me encontré con un hermano joven que exclamó al verme: “¡Oh, así que recibió nuestra tarjeta postal!” Yo le respondí: “No recibí ninguna postal”. Entonces dijo: “Pero sí recibió el telegrama”. Le dije que tampoco había recibido ningún telegrama. “Entonces—dijo él--¿a qué se debe que haya venido a casa?” Le dije que el Señor quería que yo regresara a casa, y entonces le pregunté cuál era el problema. Me dijo que mi esposa estaba muy enferma, al borde de la muerte. Entonces, muy bondadosamente me dijo que me llevaría a casa. Al llegar a casa, mi esposa dijo: “Sabía que venías; le pedí al Señor que te mandara”. Estaba sufriendo de un mal interno del cual la enfermera le había dicho que no podía recuperarse, así que ella había dado por hecho que iba a morir.

Justo por ese tiempo, recibimos una carta de los hermanos Nelson y Niles, solicitándome ir a tener cultos de campaña en San Antonio, y me pedían que llevara mi tienda para realizar los

cultos en ella. Claro está, sentí que no podía ir, y les escribí haciéndoselo saber. Mientras tanto, mi esposa me había persuadido de que ella iba a morir, y como estábamos económicamente apretados, le dije: “¿No me lo tomarás en cuenta, si después de tu muerte decido vender la finca y consigo una casa, para así desendeudarme, verdad?” Su respuesta fue: “Cuando yo haya muerto, puedes hacer lo que te parezca mejor”.

Por ese mismo tiempo, recibimos una carta de los hermanos Nelson y Niles, diciéndonos que habían estado orando, y El Señor les había mostrado que la hermana Susag no iba a morir. Al escuchar esto, mi esposa dijo: “Estos buenos hermanos no saben mejor; yo voy a morir”. (Y yo pensaba lo mismo, porque no veía ninguna mejoría.) Más y más yo pensaba en comprar la casa; pero mi esposa me decía que mejor fuera a Texas. Parecía casi imposible encontrar a alguien para quedarse con ella y con los niños, pero ella decía: “De alguna manera vamos a salir adelante; más vale que vayas; de lo contrario, almas se van a perder. De morir yo antes que tú regresares, ya sabes adónde voy, y si te mantienes fiel al Señor, nos encontraremos en gloria”.

Pero a mí no me parecía que podía irme y dejarla en esa condición. Un par de noches después de haber tenido esta conversación con ella, tuve un sueño. Vi una mesita junto a mi cama, y sobre la mesita había una lámpara de kerosén. La luz estaba a punto de apagarse. Se iluminaba un poquito, y entonces comenzaba a menguar, hasta parecer que iba a apagarse por completo. Vi a Jesús parado al otro lado de la mesita, con una mirada triste, señalando la lámpara y diciendo: “Tu lámpara está a punto de apagarse”.

Me desperté del sueño y salté de la cama, corrí al otro cuarto y le dije a mi esposa: “El martes en la mañana salgo hacia Texas, ya sea que vivas o que mueras”. A lo cual ella contestó: “Gloria al Señor por tu decisión”.

El Señor milagrosamente envió a una buena hermana a nuestro hogar desde Washington. Ella llegó la mañana que yo salía para Texas. Cuando se enteró de las circunstancias y de que mi esposa estaba enferma, dijo: “Ahora sé por qué el Señor me mandó aquí, y estoy aquí para quedarme hasta que la hermana Susag esté bien”.

Así que fui a San Antonio. Esto ocurrió en el año 1902. En un lugar donde tenía que hacer cambio de trenes, tomé mi maleta y salí a la plataforma hacia el tren que tenía que tomar. Allí me quedé parado y no subí al tren, y el tren partió sin mí.

Volví a entrar a la estación, y el agente me preguntó si yo tenía intención de tomar ese tren y por qué no lo había hecho. Sencillamente le dije que no sabía por qué. “Bueno--me dijo—tonto, ahora tendrás que esperar cuatro horas y tomar un tren lento”. (Entendí un poco más tarde por qué había sido refrenado de abordar ese tren. A sólo cuarenta y cinco millas de distancia, ese tren se descarriló y como cuarenta pasajeros recibieron heridas serias, y si recuerdo correctamente, algunos murieron.)

Cuando terminaron los cultos en la tienda de campaña en San Antonio, el hermano Nelson partió conmigo y esperábamos detenernos en Hamilton y en Kingston, Missouri, para tener cultos. Al estar acercándonos al primer lugar, el hermano Nelson dijo: “Aquí los hermanos son adinerados”. Así que pensé, si son adinerados, no tenemos que pasar tiempo pidiéndole a Dios que nos dé el pasaje, porque ellos bien saben que los predicadores necesitan pasaje. La congregación alquiló una habitación para nosotros a unas dos cuerdas de la estación del tren, y comíamos en los diferentes hogares.

Después que los cultos habían concluido y nos habíamos ido a nuestra habitación a las once de la noche, el hermano Nelson me preguntó si yo había recibido dinero para nuestro pasaje. Yo le dije que no; que yo pensaba que a él se lo habían entregado, ya que él había estado allí anteriormente. Pero él no había recibido nada. Entonces decidimos fijarnos para ver si teníamos

suficiente dinero para llegar al próximo lugar. El hermano Nelson tenía suficiente para su pasaje y le sobraban ocho centavos; a mí me faltaban dos dólares. Teníamos que irnos en el tren de las 4:30 a. m., ¡y ahora tendríamos que orar para que el Señor nos consiguiera los dos dólares!

En cuanto a mí, no conocía esa ciudad y no sabía adónde ir para conseguir un solo centavo. Oramos hasta las dos de la madrugada; entonces le dije al hermano Nelson: “No necesitamos seguir orando; el Señor dice que Él se encargará del asunto”. Nos acostamos por aproximadamente una hora y media. Fuimos a la estación de tren y el hermano Nelson compró su boleto. Entonces solicité el mío y puse la cantidad de dinero que tenía en la ventanilla. Mientras el agente contaba el dinero, un hombre vino corriendo muy rápidamente a la sala de espera y metió su mano izquierda justo frente a mi nariz y a través de la ventanilla, y dejó dos dólares allí; después se dio vuelta y salió tan rápido que no tuve oportunidad de darle las gracias. El hermano Nelson miró al hombre, y entonces me preguntó si yo lo conocía, pero yo nunca antes lo había visto, tampoco el hermano Nelson. La lección que aprendí de este incidente fue que es mejor depender del Señor que de hermanos adinerados.

Al llegar a casa le conté el incidente a mi esposa. De una vez ella me preguntó si yo estaba seguro que había sido un hombre el que había traído los dos dólares. Yo le dije: “A mí me pareció un ángel, y a ti también te lo hubiera parecido de haber estado en la misma situación.”

RESPUESTAS A LA ORACIÓN

En una ocasión, cuando estaba en casa por dos o tres días estaba sufriendo de dolor en el área de mi corazón. Y con cada latido parecía decir: “Kelly, Kelly, Kelly”. (Kelly era un lugar en Dakota del Norte, como a 260 millas de mi casa. Había algunos hermanos en la comunidad que tal vez estaban

necesitando ayuda.) Yo estaba muy enfermo y le dije a mi esposa lo mal que me sentía. Ella dijo: “Quizás el Señor quiere que vayas a Kelly”. Al día siguiente, el dolor aún me molestaba, así que me senté a escribirle al hermano O. O. Holman, diciendo: “Estoy enfermo; si el dolor en el corazón no se me quita pronto, estaré en la estación de tren en Kelly el domingo a las diez de la mañana”. Esto fue en el mes de agosto, un tiempo de mucha actividad para los granjeros. El dolor no se detuvo, así que inicié mi viaje. Cuando estuve a unas cien millas de mi casa, el dolor cesó.

Como tenía que hacer cambio de trenes en Grand Forks y no había tren para Kelly hasta la mañana siguiente, decidí ir a pasar la noche donde el hermano C. H. Tubbs. En la casa pastoral me encontré con el hermano Newell, que era ministro, con el hermano Shave y el hermano Niles, que eran diáconos de esa congregación, y con una hermana que estaba de visita.

Todos manifestaron su sorpresa al verme aparecer en esa época del año, y querían saber por qué estaba allí. Realmente me sentí cohibido de decirles. Kelly quedaba a sólo quince millas de Grand Forks y ellos no habían escuchado que se estuviera dando ningún problema serio allá.

Después de haberles contado la razón de mi ida a Kelly, el hermano Tubbs le dijo a su esposa: “Mary, predica tú mañana; yo quiero ir con el hermano Susag para ver qué está pasando”. Su esposa dijo: “Charles, yo también voy”. Entonces el hermano Tubbs le dijo al hermano Newell: “Encárguese usted del culto de la mañana”, pero él también declinó, porque quería ir con nosotros. Y el hermano Shave dio la misma respuesta; quería ir a Kelly. Pero cuando le pidieron al hermano Niles que predicara en el culto de la mañana, bondadosamente aceptó encargarse. En la mañana partí hacia Kelly con tres ministros, un diácono y una hermana, todos acompañándome.

Generalmente converso bastante, pero no hablé mucho durante esas quince millas, preguntándome que la gente pensaría

si al llegar allá nos diésemos cuenta que realmente no ocurría nada fuera de lo común. Cuando se detuvo el tren en la estación, esperé a que todos los demás bajasen primero. Al mirar por la ventana vi al hermano Holman parado en la plataforma llorando, mirando a las personas bajar del tren. Entonces yo salí. Me acerqué a él y le pregunté por qué lloraba. Dijo: “Nosotros hemos estado orando para que el Señor te enviara a nosotros, y hoy salí hacia la estación, confiado de que te vería en persona o recibiría carta tuya--y sacando la carta de su bolsillo y sosteniéndola en alto, dijo--¡y aquí tengo las dos cosas!” Entonces me dijo que su esposa estaba muy enferma, tal vez al borde de la muerte, y que ellos habían estado orando para que el Señor me enviara a ellos.

Su casa quedaba a tres millas de distancia en el campo y el hermano Holman tenía una carreta de un solo asiento, así que las dos hermanas fueron en la carreta y nosotros los predicadores fuimos a pie.

El buen Señor escuchó la oración y sanó a la hermana Holman. También una anciana de noventa años fue bautizada en esa ocasión.

-----:~::~:-----

En otra ocasión, me habían pedido que fuera a Grand Forks para tener cultos de avivamiento. Al llegar allí, me enteré de que el pastor estaba teniendo problemas de la vista, así que tenía que quedarse en casa dentro de un cuarto oscuro. Los cultos comenzaron el viernes en la noche, y parecía que toda la congregación se había enfriado. Esto se trajo a mi atención, así que prediqué tres mensajes--uno el viernes en la noche y dos el sábado. Pero al parecer, la condición había empeorado en vez de haber mejorado como producto de mi predicación.

El sábado por la noche tuve un sueño. Soñé que el Señor me había enviado allí para volver a juntar las ovejas descarriadas que se habían metido en el campo de un hombre y estaban

arruinando los sembrados. Entonces yo recogí una piedra y se la tiré a las ovejas para tratar de hacerlas regresar. Recogí otra piedra, y entonces tiré la tercera. Ahora parecían estar más asustadas que nunca. Esto me desalentó y le dije al Señor: “¿Qué debo hacer?” Él dijo: “Háblales con gentileza”. Entonces fui yo mismo al campo y las llamé: “¡Ovejas! ¡Ovejas!”, y ellas comenzaron a juntarse, y en poco tiempo tenía un buen rebaño de ovejas sobre el camino. Le pregunté al Señor por qué no había podido reunir las sin haber tenido que ir personalmente al campo, ya que les había predicado Su palabra. “Sí--dijo Él--les predicaste Mi Palabra, **pero fue la manera en que la predicaste.**” Así que el domingo hice mi confesión ante la congregación, y llorando les pedí perdón, y todos fueron traídos de vuelta al Señor, y unos cuantos pecadores que se encontraban en la audiencia también fueron convertidos.

Durante la semana de cultos, vinieron treinta y ocho personas de diferentes estados y de Canadá para ser sanados—y hubo algunos casos muy serios. La noche antes del día separado para orar por los enfermos, yo había orado desde las once de la noche hasta las cuatro de la mañana en un cuarto oscuro. Al levantarme de mis rodillas El Señor se había parado delante de mí y me había hecho ver claramente que Él iba a sanar a cada uno de aquellos por quienes se estaría orando.

Después de que todos habían sido sanados, cuando era tiempo de cerrar los cultos, una niña de nueve años vino a sentarse en una banca cerca del altar. Fui hacia ella y le pregunté: “¿Qué deseas, Sophie?” En respuesta dijo que había visto cómo el Señor había sanado los ojos de la hermana Hobert, y ahora ella quería que el Señor la sanara y le acomodara sus ojos (tenía los ojos muy torcidos—es decir, era muy bizca).

Al regresar a la ciudad unos ocho meses más tarde, me invitaron a cenar con los hermanos Amondson, los padres de Sophie. Ellos tenían varios niños que vinieron y me rodearon, y

yo quería saber dónde estaba la niña que tenía los ojos bizcos y por la cual había orado unos meses atrás.

Una niña habló diciendo: “¿No me reconoce? Yo soy Sophie”. Entonces le pedí que me contara acerca de su sanidad. Me dijo que habían orado por ella ese viernes en la noche, y que el lunes siguiente iba para la escuela sin sus anteojos, y su madre, que aún no era salva, viéndola sin sus anteojos, le había dicho: “¡Sophie, no te olvides de usar tus anteojos!” Sophie respondió: “Madre, oraron por mí en el culto de avivamiento el viernes en la noche y no necesito mis anteojos”. La madre le dijo: “Déjate de tonterías; ven a buscar tus anteojos”. ¡Pero Sophie se fue corriendo hacia la escuela!

Esa mañana, la maestra le dijo a Sophie que leyera, y cuando la niña se levantó, la maestra le dijo: “Sophie, ¿no trajiste tus anteojos?” (Ella sabía que Sophie no había podido leer sin sus anteojos.) Sophie respondió, alzando su mano: “¡Maestra, oraron por mí en el culto de avivamiento el viernes en la noche y yo no necesito mis anteojos!” ¡Y sus ojos fueron acomodados!

Unos años mas tarde, me encontré a Sophie con su hijita. Era una mujer hermosa y felizmente casada.

-----:~:-----

Estaba bautizando a un número de personas en el Mar del Norte, fuera de Lokken, Dinamarca, una de las cuales era la hermana Swenborg, de Tiste, cuyos ojos estaban tan bizcos, que ella no podía hacer nada sin usar sus anteojos. Había una gran multitud allí burlándose y tirándoles arena a los santos. Yo acababa de bautizar a la hermana Swenborg, y cuando ella salía del mar, se escuchó a los santos hacer exclamaciones de alabanzas al Señor. Me dijeron que mientras salía la hermana del agua, con las manos alzadas y mirando hacia el cielo alabando a Dios, resplandecía un halo de gloria alrededor de su cabeza--y sus ojos fueron acomodados y fue una mujer distinta

desde ese momento. La turba dejó de burlarse al ver esta demostración.

El siguiente domingo en Tiste, después del culto, la hermana Swenborg solicitó que todos se reunieran con ella el próximo martes por la tarde a las dos y media en el puerto, porque ella tenía algo de interés que decirles.

Se reunió una gran multitud el martes en la tarde, y la hermana se paró sobre una caja grande con sus anteojos en la mano, y le dijo a la gente: “Todos ustedes me conocen y también conocen a mis padres, que viven como seis millas al este del pueblo. Antes que yo tuviese suficiente edad para usar anteojos, era necesario que alguien me guiase o me transportase en un vagoncito o en un trineo. Fui salva recientemente en un culto dirigido por el hermano Morris C. Johnson, y la semana pasada fui bautizada en Lokken, y mientras salía del agua mis ojos fueron acomodados. Aquí están mis anteojos—dijo, alzándolos a la vista de todos y diciéndoles cuánto habían costado--¡ahí van! ¡No los necesito más!”, y al mar fueron a dar. Entonces abriendo su cartera, sacó una aguja y dijo: “Esta aguja es la más fina que hay en el mercado”, y sacó hilo y ensartó la aguja ante los ojos de la multitud asombrada.

-----:~::~:-----

UNA APENDICITIS DIVINAMENTE SANADA

Había sufrido de apendicitis durante varios años, y mientras llevaba a cabo unos cultos en compañía del hermano Carl Arbeiter en Plum Coolie, Canadá, tuve un ataque severo que duró dos días y dos noches. La tercera noche estaba tan cansado y desgastado que me quedé dormido a pesar del dolor. Me desperté escuchándome a mí mismo decir: “No me metas ese cuchillo”. El apéndice se había hinchado hasta tener el tamaño de un huevo pequeño de gallina, y yo sentí que se me iba a reventar. No había tiempo de llamar a nadie para que orase por

mí, así que puse mis propias manos sobre mi cuerpo y dije: “Señor Dios Todopoderoso, si no me ayudas ahora, me muero”. Se reventó el apéndice, haciendo un ruido parecido al disparo de una escopeta pequeña. Entonces me acosté sobre mi otro lado y me dormí de una vez, y nunca más he experimentado efectos negativos ni ataques desde entonces.

Al relatarles esta experiencia a tres médicos tiempo después, dos de ellos se rieron y se burlaron de mí, pero el tercero dijo: “Esperen, esperen; este hombre nunca me ha mentado hasta aquí”. Él dijo que podía ser que el apéndice se había reventado en el intestino, y el veneno había salido por el camino natural. ¡Y si no, el Señor Dios podía cuidar de él!

-----:~:-----

En una ocasión tuve un derrame. La mitad de mi lado izquierdo hasta mis rodillas se vio afectada. No podía sentarme ni podía acostarme. Estuve de rodillas junto al sofá por dos semanas. Oraron por mí varias veces, pero no era sanado. Y tenía que iniciar cultos de avivamiento en Hereford, Minnesota el jueves de la segunda semana en la cual estaba enfermo.

La hermana Hedricks venía con frecuencia y oraba por mí. Cuando llegó el segundo viernes y no había ninguna mejoría, me preguntó si había enviado razón a Anderson y a la Compañía de Publicaciones Escandinavas en St. Paul Park, para que orasen por mí. Al decirle que no lo había hecho y al explicarle que no tenía fe para mi propia sanidad, le dije: “Yo podría orar para su sanidad si usted estuviera enferma, pero no tengo fe para mí mismo, y siempre he predicado que cuando las personas son salvas deberían tener fe para orar por su propia sanidad, así que no quiero molestar a los hermanos pidiéndoles que oren por mí”. “Bueno—dijo ella--¿no es usted suficientemente humilde para decirles que no tiene fe para sí mismo?” Le respondí: “Está bien, ore por mí y yo voy a pensarlo”.

Al día siguiente, le pedí a mi esposa que escribiera a esos dos lugares, y cuando hubo escrito y sellado las dos cartas ¡fui sanado instantáneamente! Mi esposa envió las cartas.

Después de haber sido sanado, decidí ir a los cultos en Hereford, pero no había tren hacia allá hasta el lunes y era en el mes de noviembre, cuando hacía mucho frío. Y era en el tiempo cuando el automóvil recién comenzaba a ser utilizado. Una familia de la congregación de Hereford tenía un Ford con capota y con cortinas a los lados, y otra familia tenía un Buick (llamado un carro para un caballero), y éste no tenía capota ni parabrisas.

Después me enteré que la posesión de estos vehículos había producido cierta fricción en la congregación. De hecho, algunos habían dicho que nadie podía tener una de esas máquinas y seguir siendo cristiano. Pero habían decidido dejar el asunto hasta cuando el hermano Susag viniera, y los ayudara a resolver el conflicto.

Cuando partíamos de mi casa hacia el pueblo para tomar el tren para Hereford, hacía bastante frío. Le dije a mi esposa: “Volvamos a entrar a la casa y pidámosle al Señor que envíe un hombre a recogerme en Elbow Lake, con un carro que tenga capota y cortinas”—porque yo aún estaba muy débil. Al llegar a Elbow Lake, fui a la oficina de correos y escribí una postal para enviarla a casa—habría tenido que hacer cambio de trenes allí de no haber venido nadie a recogerme--y cuando salía de la oficina de correos vi a un hombre al otro lado de la calle caminando en la misma dirección en la que yo iba. Nos miramos extrañados, entonces él cruzó la calle corriendo y exclamó: “¡Ahora sé por qué vine al pueblo hoy! Vine para llevarte a los cultos. Había dejado mi carro en el pueblo para que le hicieran unas reparaciones, y no pensaba usarlo hasta después de los cultos”.

Siguió diciendo: “Nosotros vivimos a seis millas del pueblo, y esta mañana cuando estaba trabajando cerca del establo, El Señor me dijo, ‘Ve al pueblo y busca tu carro’. Mi esposa me dijo: ‘John, deja ese carro tranquilo; no vayas al pueblo.’ Pero

yo le dije que el Señor había dicho: ‘Tú ve y busca el carro’. Y vine tan rápido como pude”.

El hermano me llevó al culto. El hermano E. G. Masters estaba predicando, y cuando hubo terminado de hablar, me pidió que fuera al púlpito y diera testimonio de mi sanidad, y de cómo había podido llegar a los cultos. Les relaté la historia completa; aun dije cómo había orado para que alguien que tuviese un carro con capota y cortinas para que el frío no entrara al carro me viniera a recoger. Entonces añadí que estaba contento de que el Señor tuviera muchos carros; que en lo referente a mí, no esperaba jamás tener un carro propio, porque no pensaba que podría tener suficiente dinero para obtener uno. Eso resolvió el problema relacionado con la posesión de carros en la congregación--y yo ignoraba por completo la existencia de ese problema! Hoy estoy usando mi noveno carro.

Esos cultos fueron verdaderamente exitosos. El hermano Masters, durante varias noches, había ofrecido una Biblia nueva de dieciocho dólares a cualquier predicador, profesor, anciano que preside u obispo, que pudiese pasar al púlpito y probar que lo que predicábamos no era bíblico. Él les daba cinco minutos para pasar al frente. Una familia que era de cierta denominación, mandó a buscar a su obispo y él vino. Después que hubo terminado el culto, la familia llevó al obispo a su casa (la casa de la familia); le preguntaron por qué él no se había levantado a probar que nosotros no estábamos predicando la verdad, y así conseguir la Biblia. El buen hombre respondió: “Después de que esos dos hombres terminaron de hablar, no había nada que decir. Ellos predicaron Biblia”. El hermano Masters había hablado acerca del “Caballo Blanco del Calvario”, y había utilizado el tablero para ilustrar el significado del mensaje.

EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

El hermano Peter Peterson de Hoboken, Nueva Jersey y yo dirigimos unos cultos juntos en un distrito recién establecido en el norte de Minnesota. La ofrenda que recibimos después de dos semanas de culto, fue una moneda de cincuenta centavos.

Mientras estábamos allí, recibimos una llamada para que fuésemos al hospital psiquiátrico en Fergus Falls, Minnesota, para orar por un hermano Weegan que se había desquiciado. Después de haber entrado a la institución, nos encerraron en la celda con él, y de rodillas, con nuestras manos alzadas al cielo, comenzamos a orar, y repentinamente él fue restaurado a su sano juicio. Tocamos la puerta para que la persona que atendía allí nos dejara salir. Mientras salíamos, el hermano Weegan metió su cabeza entre el que atendía allí y nosotros, y le dijo al hombre: “Debería dejarme ir también, porque ahora estoy tan cuerdo como estos dos predicadores, y ya no le haré ningún daño”.

Entonces le pregunté al custodio si estaba recluso un hombre llamado John Lukesen de Irving, Minnesota, y me dijo que sí había alguien con ese nombre allí. Le dije que nos quedaban diez minutos, y le pregunté si podíamos entrar a verlo sin antes tener que pedir permiso en la oficina del superintendente. El hombre alzó sus manos y dijo: “Ustedes pueden ver a cualquiera en esta institución, ya que pudieron ayudar a este hombre”.

Luego procedió a darnos información acerca de aquel que queríamos ver. Dijo: “Cuando el señor Lukesen llegó aquí, teníamos que mantenerlo en una celda acolchonada, y se puso tan mal que tuvimos que amarrarlo a su catre, y ahora parece un gato salvaje, y no es más que hueso y pellejo; pronto dejará este mundo”.

Cuando abrió la puerta de la celda, allí estaba mi vecino, acostado en su catre, ¡y realmente parecía un gato salvaje, tal

como lo había dicho el custodio! La compasión del Señor Jesús vino sobre mí y alcé mis manos al cielo y lo llamé en alta voz: “¡John Lukesen, el Señor Jesucristo, a quien yo sirvo, te sana!” ¡Y FUE SANO! Poco tiempo después de esto, lo mandaron a su casa.

Planeábamos ir de allí a Hereford, Minnesota. En Evansville, donde teníamos que hacer cambio de trenes, le preguntamos al agente de la estación cuándo saldría el tren hacia Hereford. Nos informó que no habría tren saliendo hacia allá hasta el jueves a las tres de la tarde. Nos dijeron que solamente salían dos trenes a la semana de allí para Hereford, y ese día era martes--¡una larga espera!

El hermano Peterson dijo: “Salgamos a orar”. Después de haber orado, volvimos a la estación y le preguntamos al agente cuándo saldría el tren hacia Hereford. Él contestó ásperamente: “Les dije que el jueves a las tres de la tarde”. “Está bien--dijo el hermano Peterson--salgamos a orar.” Después de haber orado, volvimos por segunda vez y le hicimos la misma pregunta al agente; y esta vez fue muy áspero. Y ciertamente nos informó que no habría tren antes del jueves a las tres de la tarde. Otra vez, el hermano Peterson dijo: “Está bien, salgamos a orar.”

Salimos una vez más a la arboleda para orar y el hermano Peterson oró: “Señor, el Presidente puede conseguir un tren pullman especial en cualquier momento que él lo desee y él es solamente el presidente de los Estados Unidos; y aquí estamos nosotros, el hermano Susag y yo, Tus embajadores. No Te estamos pidiendo un carro pullman (o sea, un carro de lujo)--estaríamos satisfechos con un viejo furgón de cola--solamente son 30 millas de distancia; así que Señor, ¿no podrías hablarle al agente, por favor?” Los dos dijimos “AMÉN”.

Al volver al agente por tercera vez, el hermano Peterson le dijo: “¿Cuándo estará listo ese tren para Hereford?” En un tono muy suave el hombre dijo: “Lo he estado pensando, y voy a juntar unos cuantos vagones de carga con un furgón de cola y

mandarlos a ustedes para allá”. Y ambos dijimos: “Gracias, señor”. ¡Y así el Señor contestó nuestra oración y nos mandó a casa en un tren especial!

MI HERMANO EN EL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO

Cuando mi esposa y yo fuimos salvos, mis hermanos, sus esposas y familiares nos dejaron de escribir, y en cuatro años rara vez escuchamos de ellos. Una noche, recibimos carta de mi cuñada, diciéndonos que mi hermano había perdido la razón y lo habían enviado al hospital psiquiátrico en St. Peter, Minnesota; me pedía que fuera de una vez. Como no tenía dinero a mano para ir allá, fui donde un vecino cercano y le mostré la carta, y le pregunté si podía prestarme quince dólares para ir a Minneápolis y a St. Peter. Me dijo que lo haría aunque yo no pudiera devolverle el dinero. Al día siguiente fui a Minneápolis adonde mi cuñada y sus cinco hijos. Jerome, el mayor de los varones, que tenía siete años de edad, dijo: “Tío, ¿vas a traer a papá de vuelta a casa?” Le dije: “Hijo, yo no puedo traer a tu papá de vuelta a casa, pero Cristo Jesús, a quien yo sirvo, lo traerá.”

Mi cuñada me relató cómo todo había ocurrido. Ella fue a buscar a su pastor y a mi cuñado, que era profesor en la universidad luterana. Cuando llegaron Jerome les dijo: “¿No van a orar como lo hace el Tío Swen?” Evidentemente ellos habían estado hablando acerca de nuestra práctica de orar, aunque no nos escribían. Después de haberse ido (mi cuñado y el pastor de mi cuñada), mi cuñada tuvo que dejar salir a mi hermano, y él se fue corriendo cuatro cuadras sin un hilo de ropa encima--hasta que un policía lo capturó.

Fui a St. Peter, y el Doctor Tumbleson, el presidente de la institución, rehusó permitirme ver a mi hermano. Le dije que tenía que verlo; que como ministro del evangelio, yo tenía derecho de ir adonde un doctor podía ir. Pero aún así rehusó, y llamó a otros dos doctores, los cuales me dijeron: “Su hermano

no sólo está loco, sino que está gravemente enfermo, y no esperamos que salga de esta institución con vida”. A lo cual yo respondí: “Entonces con mucha más razón tengo que verlo; y si siguen impidiéndomelo, van a tener a dos Susag en esta institución, porque me quedaré hasta que me concedan el derecho de ver a mi hermano”. Finalmente cedieron, y mandaron a buscar un hombre para que me llevara a ver a mi pobre hermano.

Al entrar en la celda donde lo tenían encerrado, mi hermano no me reconoció. Él caminaba alrededor de la habitación, más como un animal que como un hombre. Me arrodillé en medio del piso y oré. Después de un momento, vino y me puso la mano en el hombro, y dijo: “Swen, ¿cómo es que estás aquí?” Le dije: “Vine a ayudarte, Mike”. “Gracias, me alegro de que hayas venido; algo se me metió en la cabeza, y perdí la razón. ¿Cómo está mi familia?” Le dije que todos estaban bien y le habían mandado saludos. Entonces el hombre que me había llevado a la celda me agarró y me mandó a salir.

Pero yo estaba satisfecho. Eso ocurrió el 22 de marzo, y me abstuve de una de mis comidas todos los días durante diecisiete días, y algunos días no comía ni bebía nada, ni siquiera agua, diciéndole al Señor que les había prometido a la esposa de Mike y a sus hijos que yo llevaría al esposo y al papá de vuelta a casa; y “Jesús, no te daré descanso hasta que lo hagas”.

¡El ocho de abril, durante el culto de la mañana, el Espíritu del Señor me reveló que el Señor había escuchado nuestra oración y que mi hermano estaba perfectamente sano! Salté de mis rodillas y empecé a correr alrededor de la casa glorificando a Dios en alta voz. Mi esposa pensó: “he aquí otro Susag loco”, pero el hermano Enos Key, de Red Key, Indiana (quien había venido a dirigir unos cultos) estaba con nosotros, y dijo: “¡Gloria a Dios, el hermano Susag ya tiene la victoria!” Y tres días más tarde, recibí una carta del doctor Tumbleson, dándonos la buena noticia de que el ocho de abril la enfermera había ido a llevarle la comida a mi hermano y lo había encontrado

perfectamente bien, tanto mental como físicamente. Y que él estaba haciendo trabajo de contabilidad para la institución, y que podría irse a casa en cualquier momento; solamente necesitaba terminar de arreglar el papeleo acostumbrado, y eso tomaría unos cuantos días. En poco tiempo estuvo en casa y bien.

LA MISERICORDIA DE DIOS SOBRE JUSTOS E INJUSTOS

En una ocasión, mientras dirigía cultos en el pueblo pesquero de Sookden, Dinamarca, se levantó una tremenda tormenta. Como es la costumbre en los pueblos pesqueros, los barcos salen al mar cuando la marea está alta, para las mejores condiciones de pesca; cuarenta y dos barcos habían salido de allí como a las dos de la madrugada. Hacia la mañana se levantó la tormenta y cerca del mediodía, estaba bastante feroz. Alguno de los ancianos estaban comentando de una tormenta similar que recordaban, unos cuarenta años atrás, cuando treinta y ocho barcos habían salido, y se había levantado una tormenta así. Si recuerdo bien, ni un solo barco regresó en esa ocasión.

En aquellos días no había lanchas a motor. Todos eran botes de vela, generalmente iban tres hombres en un barco. Esta vez, sin embargo, tenían motores de gasolina en los barcos, y desde las doce del mediodía hasta las tres de la tarde, un barco tras otro iba volviendo, algunos llenos de agua, apenas logrando llegar a la orilla. Por dicha, el viento estaba soplando hacia la costa; de lo contrario, no habrían podido lograr un desembarco seguro.

Yo me estaba quedando en la casa del hermano Morton Petersen. Él y sus compañeros no habían regresado aún. Parecía que la mayoría de los habitantes del pueblo estaba parada sobre los cerros mirando y esperando su venida. Escuché a alguien decirle a su esposa: “¿Marie, esperas que Morton regrese?” Ella respondió: “Él ha salido tantas veces y ha regresado, y espero que regrese también esta vez”. Generalmente él se iba más afuera que los otros pescadores,

porque se suponía que mientras más afuera se iba, los peces eran mayores y mejores.

Estuvimos parados allá afuera por dos horas o más. Alrededor de las cinco de la tarde alguien dijo: “Veo una mancha oscura por allá afuera”. Un poquito más tarde, otra persona exclamó: “¡Yo también veo una mancha!” Y entonces comenzamos a ver la mancha con más y más frecuencia, hasta que por fin llegaron seguros a tierra—y ni una cubetada de agua en el barco.

Camino a casa le pregunté al hermano Petersen cómo le había ido. Dijo: “Cuando nos dimos cuenta que la tormenta se avecinaba, recogimos nuestros sedales y ordené a mi compañero que se encargara del motor, y yo mismo me encargué del timón. Mi compañero era un hombre convertido, pero teníamos con nosotros a un joven que no lo era. Le ordené al joven que estuviera listo para sacar el agua, si alguna entraba al barco”.

Le pregunté si habían conversado bastante durante esa terrible tormenta, y él dijo: “No, yo estaba orando todo el tiempo, que el Señor nos permitiera llegar a tierra a salvo, porque el joven que estaba con nosotros no era convertido y era el único que podía sustentar a su madre viuda, ya que su padre y uno o dos de sus hermanos habían desaparecido en alguna parte del Mar del Norte poco tiempo atrás. Nos estaba yendo bastante bien--porque el Señor me ayudó a timonear el bote bien--pero lo peor que teníamos que atravesar se encontraba justo antes de llegar a la costa--había tres bancos de arena que teníamos que cruzar. Si las olas nos golpeaban exactamente bien, podíamos pasar por encima de ellos, pero si no, quedaríamos atascados en los bancos de arena y no habría quien nos pudiera ayudar. Cuando llegamos al primero, una ola grande nos llevó a salvo por encima del primer banco de arena. Dije: ‘Gracias, Dios, pasamos el primero’; y así fue con los otros dos; y cada vez dije: ‘Gracias, Dios por ayudarnos a pasar, y también por no dejar que el agua se metiera en nuestro barco’ ”.

Una semana después embarqué en el vapor **Olaf Barger**, que viajaba de Fredriksen, Dinamarca, hacia Suecia. Mientras abordaba, el Capitán se me acercó y me preguntó si podría darle unos cuantos minutos antes de que llegásemos a Suecia, porque deseaba conversar conmigo. Cuando habíamos ido tan lejos que se podía ver la costa rocosa de Suecia, él volvió a acercárseme y comenzó a narrarme su historia. Dijo, apuntando hacia adelante: “¿Ve usted ese barco de tres mástiles parado sobre esa roca?” Le dije: “Sí, lo veo”. “Recuerde la terrible tormenta que tuvimos exactamente hace una semana. Estábamos apenas saliendo de Göteborg, de regreso a Dinamarca--un viaje de una hora--y ese barco llamó pidiendo ayuda, pero ni siquiera podíamos ayudarnos a nosotros mismos, así que nos fue imposible ayudarlos. El viento los llevó sobre las rocas, pero las personas lograron salvarse”. Entonces señaló a su izquierda a dos rocas grandes, y continuó narrando: “Y ahí mismo había un pequeño vapor en problemas. Ellos también pidieron ayuda, pero no pudimos brindársela y se hundieron”.

“Entonces vimos que nos sería imposible llegar hasta Dinamarca, y por dicha pudimos cambiar el curso de la nave y dirigirnos de vuelta hacia Göteborg. Me amarré con una cuerda al puente. Bajamos en medio de las olas, y me dije a mí mismo: ‘Hemos visto el sol por última vez’. Pero volvimos a subir y volvimos a bajar muchas, muchas veces. Entonces hice algo que nunca antes en mi vida había hecho--y tengo sesenta y cinco años de edad--oré a Dios pidiéndole que salvara mi barco, y a todos los que estaban a bordo conmigo. En la tarde me encontré a mí mismo invocando a Dios para la salvación de mi alma, y el Señor en efecto me salvó, y finalmente llevó mi barco y a todos los que viajaban conmigo, a salvo hasta el puerto a las nueve de la noche, habiéndonos tomado nueve horas hacer un viaje de una hora”.

“Sabido que usted es un ministro del evangelio, yo quise narrarle esta historia, para que usted quizás pueda dársela a conocer a otros.”

¡Cuán longánime y misericordioso es el Hijo de Dios para con los hijos de los hombres, que cuando ellos se arrepienten y se vuelven a ÉL, ÉL LOS PERDONA!

EL SEÑOR SÍ ESCUCHA NUESTRA ORACIÓN

En una ocasión, cuando llegué a casa de una de mis giras evangelísticas, me encontré con que mis dos varones más jóvenes, que eran mellizos y tenían once años de edad, habían estado cortando el heno. Estaba todo rastrillado y puesto en filas, listo para ser transportado, y ellos se regocijaron con mi llegada, porque estaban contando conmigo para ayudarlos a transportar y amontonar la paja. Ellos dijeron: “Papá, mañana tendrás que ayudarnos.” Les dije: “Está bien, tendremos que levantarnos temprano para completar la jornada, porque tengo que salir el día siguiente a comenzar otra serie de cultos”.

Salimos a la mañana siguiente. Teníamos que conducir cuatrocientos metros hacia el sur en la carretera, después girar otros cuatrocientos metros más hacia el este, para llegar a la pradera. Justo cuando comenzaba a tirar la paja en la parrilla, los muchachos exclamaron: “¡Papá, está lloviendo!” “Sí—dije, y clavé mi rastrillo en el suelo, tiré mi sombrero junto al rastrillo y dije--vamos a orar.” Le dije al Señor: “Este heno es tuyo; esta granja es tuya y yo soy tu siervo. Este heno hay que acarrearlo hoy, porque mañana salgo a ministrar al pueblo, así que por favor, por lo menos haz que no llueva en la pradera ni en la carretera por donde tenemos que manejar. Amén”.

Volví al trabajo de tirar la paja en la parrilla; llovía a cántaros en todo nuestro derredor hasta donde podíamos ver, más allá de la cerca y hacia el oeste de la carretera. Los únicos lugares donde no llovía, eran aquellos donde nosotros estábamos trabajando y la carretera por donde nos movilizábamos. Llovió todo el día, y no sólo LLOVIÓ—¡LLOVIÓ A CÁNTAROS! Acarreamos heno todo el día, hasta un poco después de las seis de la tarde, deslicé un montón de paja en el patio, entonces

también comenzó a llover a cántaros allí. Les dije a los muchachos: “El Señor ciertamente escuchó la oración”. Ellos dijeron: “Sí, lo hizo”, y dimos gracias a Dios.

Después de yo haberme ido al día siguiente, nuestro vecino llegó a la casa y al ver la paja amontonada, les preguntó a los muchachos cuándo ellos habían amontonado esa paja. Ellos dijeron: “Ayer, papá estaba en casa”. (Había una distancia de aproximadamente cien metros entre la casa del vecino y la nuestra.) Él dijo: “Eso es imposible. Yo descansé durante todo el día porque llovió a cántaros y no pude hacer nada”. Él pensó que debió haber sido el día anterior que nosotros habíamos acarreado y amontonado la paja. Pero los muchachos le dijeron que “Papá oró y no llovió en nuestra pradera, ni en la carretera donde estábamos manejando”. El vecino se sorprendió en gran manera al escuchar esto.

“CLAMA, Y YO RESPONDERÉ”

Una tarde, como a las tres, nuestros inquilinos entraron corriendo con mucha agitación a la habitación de mi esposa diciendo: “¡Sra. Susag, viene un ciclón!” Ella salió con ellos, y estaba oscuro. Había un montón de leña como a quince o veinte metros al sur de nuestras casas, y partes de los edificios de nuestros vecinos al sur de nosotros estaban volando por nuestra pradera, y parte de la leña que estaba amontonada había comenzado a subir en el aire. Mi esposa alzó sus manos hacia el cielo, mirando hacia la tormenta y clamó: “Señor Dios, no dejes que esta tormenta golpee nuestra morada.” El ciclón giró en ángulo recto hacia el este por varios metros y entonces volvió a girar en ángulo recto hacia el norte--al este de los edificios. Cuando hubo pasado nuestros edificios, giró hacia el oeste, y cuando se puso justo en línea con la misma dirección de donde había venido, giró hacia el norte nuevamente, desarraigando árboles grandes y dañando los edificios de los vecinos; pero ninguna cosa en nuestros predios fue tocada.

El ciclón había hecho zanjas de varios pies de profundidad en algunos lugares. Una vez más se probó como verdadera la Palabra de Dios: “Clama, y yo responderé”.

HOMBRE GLOTÓN CON DISPEPSIA

En unos cultos que estábamos realizando, nos pidieron al hermano Tubbs, el hermano Enos Key y a mí que ayunásemos y orásemos por un hombre que pesaba entre 250 y 260 libras ¡y decía ser cristiano!

Nosotros ayunamos, tal como nos lo habían solicitado, y fuimos después del culto el domingo al mediodía a orar por él. Todavía estábamos ayunando, pero él se sentó a la mesa y se comió una gran cena de pollo, y cuando hubo terminado de comer, dijo: “Ahora pueden orar por mí”. El hermano Tubbs dijo: “No, nosotros no vamos a orar por usted. Nosotros hemos estado ayunando por usted, y aún no hemos comido, y usted se ha sentado a la mesa y ha comido tanto como nosotros tres juntos podríamos comer. ¡Adiós!” Y nos fuimos.

ECHANDO FUERA DEMONIOS

En un culto realizado en Chicago, había una mujer poseída con demonios, y quería ser librada. Siete ministros, cuatro varones y tres hermanas, trabajamos con ella por más de una hora, pero sin éxito aparente. Tratamos de imponerle nuestras manos, pero los demonios dentro de ella nos pateaban las manos. Grandes bultos sobresalían de su cuerpo, de sus hombros y cuello, tan grandes como una manzana de buen tamaño. Entonces los ministros nos fuimos aparte para consultar entre nosotros mismos--para ver si lo que impedía echar fuera estos demonios radicaba en nosotros, entre nosotros—para asegurarnos de tener completa unidad y acuerdo en nuestro medio; y pudimos ver que había perfecta unidad. Siendo este el caso, dijimos: “Tenemos que obtener la victoria; los espíritus

inmundos se tienen que ir”. Regresamos donde la mujer, y laboramos, oramos y reprendimos al enemigo por casi tres horas, pero sin obtener resultado alguno.

Entonces un hermano dijo: “Aquí tiene que haber alguien en la capilla simpatizándose con ella”. Empezamos una búsqueda por todos lados para saber dónde estaba el problema, y detrás de unas puertas plegadizas en el cuarto de oración encontramos a un hombre. El hermano Knight le preguntó: “¿Qué hace usted aquí?” Él hombre preguntó: “¿No puedo quedarme aquí?” Pero le dijeron que se fuera enseguida y se fue. Entonces trancamos las puertas de la capilla y en unos cuantos minutos la mujer fue liberada.

Ella tuvo que irse a casa, porque su esposo salía a trabajar a las cuatro de la mañana, pero él regresó al día siguiente y fue gloriosamente salvo.

-----:-----

Otro caso de posesión demoníaca sucedió en Grand Forks. Durante unos cultos que dirigíamos allí, vino un hombre que tiempo atrás había decidido pararse firme por la iglesia de Dios y había salido de cierta denominación, pero en poco tiempo había vuelto a ella. Cuando vino a los cultos, estaba poseído. En uno de los cultos, el hermano Krutz y yo tratamos de imponerle nuestras manos: Él estaba de rodillas en el altar, con su espalda hacia el púlpito, y fue alzado físicamente y tirado encima de la tribuna, contra la pared detrás del púlpito. Yo salí corriendo detrás de él y el diablo me dijo: “Ahora te va a pasar lo mismo que les ocurrió a los siete hijos de Esceva”. Reprendí al diablo y cuando llegué al hombre, él se volteó sobre su espalda, deslizándose de cabeza fuera de la tribuna, hacia los asientos, golpeando su cabeza contra los asientos, hasta que parecía que se iba a fracturar el cráneo por completo.

Pedí ayuda. Ocho hermanos vinieron y lo agarraron para que no siguiera haciéndose daño. Le impusimos las manos y

ordenamos a los malos espíritus que salieran de él, pero no salieron. Entonces le(s) pregunté: “¿Cuál es su nombre?” La respuesta fue: “Demonio del Ejército de Salvación”. “Bueno, en el nombre del Señor Jesús, nosotros te comandamos, demonio del Ejército de Salvación, ¡que salgas fuera de él!” Y cuando salió, fue con un grito tan horrible, que muchas mujeres saltaron de sus puestos en pánico; y la camisa del hombre estaba rota, y sangre salía de su boca; cayó al piso como si estuviera muerto. Lo dejamos allí acostado por un momento, luego pusimos nuestras manos sobre él, oramos y volvió en sí. Este hombre se arrepintió, hizo su confesión y fue convertido.

¿BASTONES O SANIDAD?

El hermano Drysdale, de Grand Forks, tenía una rodilla paralizada; había recibido oración varias veces, sin tener mejoría. Sin embargo en este culto en particular, su pierna quedó tan sana, que podía subir y bajar las escaleras como si fuera un hombre joven. Estaba tan feliz que se olvidó de su bastón y se fue a casa sin él. Al llegar a casa se dio cuenta que había olvidado su bastón y salió corriendo a la capilla a buscarlo, pero tan pronto tomó el bastón, se le volvió a paralizar la rodilla peor que nunca.

-----:-----

Cuando estuve en Minneápolis con el hermano E. G. Masters, una mujer vino hacia nosotros pidiendo que orásemos por ella. Ella caminaba con dos bastones. Oramos por ella y el Señor la sanó, y quedó caminando como una jovencita.

Se fue a casa, habiendo olvidado sus bastones... ¡y eran unos bastones muy bonitos! Regresó a buscarlos, pero tan pronto agarró los bastones, quedó paralizada igual que antes, y ninguna oración después pudo ayudarla.

-----:-----

Una vez la congregación en Rice Lake, Wisconsin, me solicitó dirigir unos cultos para ellos, y yo sentí que el Señor quería que lo hiciera. Le escribí al pastor de esa congregación cuatro veces al año durante dos años, pero él no quería que yo fuera. Sin embargo, el Señor me dijo: “Tú vé,” y fui. Al llegar a Rice Lake, encontré al pastor en cama enfermo. Le dije: “Bueno, aquí estoy; el Señor me dijo que viniera”. Él me dijo que la capilla estaba abierta y que fuera adelante. Comencé esos cultos con ocho a doce niños escolares y dos mujeres viniendo a los cultos, y se mantuvo así por dos semanas. Muchas veces el diablo me dijo: “¿Así que tú piensas que el Señor te mandó, no? Mira pues...” El último domingo en la noche, como si eso fuera poco, los niños me rodearon para decirme: “¿Reverendo, no va a cerrar los cultos?” Les pregunté: “¿Ustedes quieren que cierre los cultos?” Ellos dijeron que sí. Les pregunté por qué, y ellos dijeron: “Nos gusta su predicación mucho más que la de nuestro pastor, pero tenemos que ir a la escuela y nos cansamos mucho viniendo cada noche”. Les dije: “Niños, su razón es muy buena. Pero ¿qué les parece esta propuesta: Que anunciemos los cultos para el lunes, martes y miércoles en la noche, y si más nadie viene, cerramos los cultos—y ustedes invitan a sus padres?” Los niños pensaron que era buena la idea.

La siguiente noche, el lunes, dos mujeres más vinieron y llegaron la siguiente noche también, y una de ellas (o las dos) fue(ron) convertida(s). Pero lo que ocurrió las otras dos noches está borrado de mi memoria; el viernes en la noche, cuando fui a abrir la puerta para comenzar el culto, había más personas allí de las que podían acomodarse dentro de la capilla. Así que estaban parados alrededor, encima de cajetas y escaleras afuera de las ventanas. Cincuenta y dos fueron al altar para recibir salvación en las últimas tres semanas. Estuve allí por cinco semanas en total. El último sábado fui a la casa del pastor y le dije: “He venido para orar por usted. Va a ser sanado hoy para que pueda asistir a culto mañana. Pero tendrá que llegar temprano, porque si no, no podrá llegar a su propio púlpito”. Él se quebrantó en llanto, y dijo: “No tengo un par de pantalones decentes que

ponerme para presentarme delante de una audiencia tan grande”. Le dije: “Yo tengo dos pares, gracias a Dios; le daré un par”. Oré por él y fue sanado.

Más adelante, el hermano Masters y yo dirigimos otros cultos allí. Una noche una pareja entró un poco tarde y se sentó en una de las bancas traseras. Esta era la primera vez que venían a los cultos y quedaron bajo convicción, pero salieron antes que pudiésemos hablar con ellos. Regresaron la siguiente noche, pero salieron nuevamente antes que pudiéramos hablar con ellos. No volvieron más. Preguntamos por allí, para saber sus nombres y por dónde vivían. Nos informaron que el hombre era un agente de bienes raíces, y que ellos no tenían la costumbre de ir a ninguna iglesia. Fuimos a su casa y tuvimos una visita muy amena con ellos como por dos horas. Era gente muy agradable. El hermano Masters dijo: “No los hemos visto venir más a los cultos desde la segunda vez que vinieron”. “Bueno—dijeron—realmente no tenemos la costumbre de ir a ningún culto; pudimos disfrutar tanto las bellas canciones la primera noche, que decidimos regresar la siguiente noche. No queríamos llegar tarde, así que decidí ordeñar nuestra vaca después del culto. Después de regresar a casa del culto, llevé mi linterna, porque no tengo luz en el establo, y la guindé de un clavo; entonces fui a ordeñar la vaca. Cuando la leche empezó a salir, escuché un ruido parecido a un disparo, y la linterna quedó apagada, dejándome en total oscuridad. Al examinar lo que había sucedido, parece que mi mente estaba tan turbada por lo que había escuchado en los cultos, que me había confundido y había guindado el cubo de ordeño en el clavo en lugar de la linterna, y al caer la leche sobre la linterna, había hecho estallar el globo de la misma.” “Bueno, les dijimos, ¿vendrán nuevamente a los cultos?” Pero ellos respondieron: “Claro que no. Si dos cultos nos han afectado al punto de casi perder la razón, nunca volveremos. Solamente asistimos a los servicios fúnebres de nuestros vecinos.”

PROVISIONES DIVINAS

En cierta ocasión, cuando estaba en Dinamarca, necesitaba urgentemente una suma considerable de dinero. Oré fervientemente al respecto, y un día cuando fui a ponerme el sombrero, parecía quedarme muy chico. Me lo quité y miré dentro del sombrero, para cerciorarme que en verdad era el mío, y al sentir alrededor, dentro de la banda, encontré la cantidad exacta de dinero que necesitaba.

-----:~::~:-----

Mientras todavía estaba en Dinamarca, necesitaba un abrigo. Fui a un almacén de ropa y escogí uno. Había que hacerle algunas alteraciones, y yo tenía que volver a buscarlo en dos o tres días; pero no tenía dinero y no sabía dónde podía conseguirlo. Esto sucedió el viernes, y el domingo en la noche después del culto, varios hermanos pasaron por mi puerta, y una hermana tiró un billete doblado en mi mesa. Ella dijo: “Hermano Susag, necesitas un abrigo. Aquí hay un poquito para ayudarte a conseguirlo.” Le di las gracias y miré el billete, y me di cuenta que era un billete de cien coronas--más de siete coronas por encima del precio del abrigo.

-----:~::~:-----

Una vez cuando estaba en Grand Forks dirigiendo unos cultos, mi hijo mayor me escribió diciéndome que un hombre al cual yo le debía \$27.50 necesitaba \$20.00, y que si yo podía pagar los veinte, él podía poner los \$7.50. Entre el culto de media mañana y el culto de la tarde, me quedé en el templo para orar y justo antes que el culto comenzara, algunas personas entraron y se pararon cerca de la estufa para calentarse. Una anciana de Dakota del Sur extendió su mano y me dijo: “Gloria al Señor, hermano Susag--y poniendo un billete arrugado en mis manos, añadió--esto es para ti”. Le di gracias y fui detrás del púlpito y le di gracias al Señor por veinte dólares y cuando miré, eran veinte dólares.

Al día siguiente, entre el culto de la mañana y el de la tarde, salí a caminar un rato y pasé por un establecimiento donde vendían frutas. Al mirar por la ventana, vi que tenían unas manzanas rojas y deliciosas, ¡y cómo deseé conseguir tres de ellas! Regresé tres veces y miré las manzanas, pero no tenía dinero. Volví a la capilla y la misma hermana anciana que me había dado los veinte dólares el día anterior, me dio un cartuchito de papel, y dentro del cartuchito, para mi grata sorpresa, había tres de esas deliciosas manzanas que deseaba.

-----:-----

Una vez cuando estaba en Dinamarca, quería ir de Hjoremg a Lökkum. No tenía dinero para el pasaje, pero me quedé allí parado frente a una columna de la estación, orando que el Señor me enviara el pasaje. Al estar acercándose la hora de partida del tren, parecía que el dinero no iba a llegar, cuando repentinamente una mujer a quien conocía--ella no era convertida--entró en la estación de tren, cruzó hacia donde yo estaba y me extendió un billete de cinco coronas. Esta señora me había escuchado decir con frecuencia que el Señor escucha las oraciones, pero ella no creía que era cierto. Yo tomé el dinero apresuradamente, salí corriendo hacia la ventanilla, compré mi boleto, y solamente tuve tiempo para subirme al tren. Cuando regresé, esta señora vino a los cultos y al verla le pregunté si yo le había dado las gracias por el billete que ella me había dado en la estación de tren. Ella dijo: “No, usted no tuvo tiempo. Cuando llegué a la estación de tren y lo vi allí parado, algo me dijo: ‘Él está orando por su pasaje; anda y dale cinco coronas’, y al darle el dinero, vi lágrimas en sus ojos, y al llegar a casa me arrodillé y le pedí al Señor que me salvara, y así lo hizo.”

Entonces dijo: “Usted estaba orando por pasaje, ¿verdad?” Le aseguré que en efecto eso hacía. “Dios se mueve de manera misteriosa, para llevar a cabo sus maravillas.”

-----:-----

En el primer “camp meeting” que tuvimos, fui al banco y pedí prestados diez dólares para repartirlos entre los ministros, y un día el Señor me dijo: “Dale a Elihu Key cinco dólares”. Yo no podía entender eso, así que fui donde mi esposa y le dije lo que me estaba pasando. Ella dijo: “Si el Señor te dijo que le dieras al hermano Key cinco dólares, más vale que se los des; debe estar necesitándolos urgentemente”. Así que al día siguiente, apachurré un billete de cinco dólares y lo metí en su mano. Él dijo: “Gracias,” y se metió entre los matorrales—y yo fui detrás de él, gateando para que no me viera—y me acerqué a él lo más que pude. Él cayó de rodillas, llorando y dando gracias al Señor por los cinco dólares y por el hombre que se los había dado, y pidiéndole al Señor que lo bendijera cien veces más de acuerdo a su Palabra. Entonces se fue corriendo loma abajo hacia la oficina de correos y envió el dinero a su familia. Esto lo escuché después de su hermano. La familia estaba en gran necesidad.

EL SEÑOR TORP

En una ocasión, teníamos que hacer un pago de \$245.00 al contrato de nuestra casa--para que el mismo no caducara. No tenía el dinero. Traté por todos los medios posibles de conseguir un préstamo en los diferentes bancos, y al no lograrlo, traté de conseguir el dinero prestado de alguno de los hermanos. El último al cual me acerqué realmente colmó el asunto. Me aseguró que tenía el dinero y que me lo podría prestar, pero dijo que para prestármelo, mejor le sería tirarlo a la pila de estiércol (que se utilizaba como abono), porque, dijo: “Tú nunca podrás pagar por ese lugar de todas maneras, así que mientras más rápido te vayas de allí, mejor.”

Fui a casa, y después de orar por tres días, el Señor me dio el nombre “Torp”. El único a quien yo conocía con ese nombre era un banquero en Willmer, la sede de nuestro condado, a quien había visto solamente en una ocasión--él casi no me conocía, ni yo a él. Sin embargo, fui adonde él y le expliqué mi problema, a

lo cual él respondió que no podía prestarme ningún dinero, ya que yo estaba fuera del distrito donde a él le correspondía hacer préstamos sobre hipotecas de bienes muebles; que yo tendría que ir a Paynesville, Atwater o New London. Yo le dije que ya había presentado mi solicitud en esos lugares, pero que no había podido obtener el préstamo. Luego el Señor Torp me preguntó qué garantía podría ofrecer, a lo cual le respondí que la garantía que tenía no valdría más de cincuenta dólares, pero que yo tenía una buena espalda y dos brazos fuertes y una buena voluntad, y me gustaría quedarme en ese lugar un poquito más si fuera posible. Él dijo: “Esas cosas pueden ir muy lejos”. Se sentó allí en silencio por uno o dos minutos; entonces dijo: “Voy a pensarlo; regrese después de la hora de almuerzo”. Se me hizo un nudo en la garganta, tanto así que ni pude decir “gracias”.

Fui caminando hacia el área del ferrocarril; encontré un lugar entre dos vagones y oré por casi hora y media—yendo de aquí para allá, orando y pidiéndole al Señor que “le hablara a ese buen hombre y que enterneciera su corazón hacia este pobre hombre y su familia”. Regresé al banco y el buen hombre se encontró conmigo. Me invitó a su oficina, y cuando estábamos sentados, él dijo: “He pensado el asunto, y voy a prestarle el dinero; ahora, ¿qué garantía puede ofrecer?” Le dije: “Tengo un potro bayo, un par de terneros, un vagón viejo que me costó siete dólares y algunas otras cosillas”. “Bueno--él dijo--el potro al ir creciendo va aumentando de valor--en esos días los buenos caballos solamente valían como cincuenta dólares--y los terneros también van a aumentar su valor. ¿Cuánto tiempo quiere?” Le dije que creía que ocho meses. Entonces me dijo que lo que ellos cobraban para ese tipo de préstamo era el 12%, pero que me lo daría al 8%.

Tres semanas antes que la nota llegase a su término, fui a verlo. Mi visita tenía que ver con el préstamo. “Bueno—dijo--todavía no es la fecha tope; no le hemos mandado ningún aviso.” Le dije que yo quería saber si podía extenderme el tiempo. Él me dijo que si tenía alguna cantidad para abonar. Le dije que solamente tenía \$50.00 y el interés. A lo cual él respondió:

“Está bien”. (Me tomó dos años en vez de ocho meses para pagar el préstamo; pero siempre llegaba antes de la fecha límite, para pedir una extensión. Cuando hice el último pago, él me dio un dólar.)

Fui a visitar a este banquero unos años más tarde, y le pregunté qué había sido lo que le había motivado a ser tan bondadoso conmigo. Lágrimas salieron de sus ojos, pero no me respondió--y a mí también se me salieron las lágrimas. Se dio vuelta, y de una gaveta, sacó un pequeño tratado en el cual relataba las experiencias de su juventud. Su padre había muerto cuando él tenía once años de edad. Él había conseguido un trabajo como ayudante a bordo de un barco, y había atravesado un sinnúmero de dificultades para ayudar a mantener a su madre y a sus seis hermanos y hermanas. Cuando tenía como diecisiete años de edad, llegó a los Estados Unidos de América y se ubicó en Wisconsin.

Durante la Guerra Civil, un hombre rico le había ofrecido varios cientos de dólares para que él fuera el sustituto de su hijo en la Armada—oferta que él había rechazado. Tiempo después, se había relacionado con una familia en la cual había siete hijos que habían sido muy buenos con él. Un día se enteró de que el padre, quien era soldado, había muerto en acción en la guerra, y el hijo mayor tenía que ir a llenar el puesto de su padre. Después de lo cual el joven Torp se había acercado al joven y le había dicho: “Tú vete a casa y encárgate de tu madre y de la familia y yo iré en tu lugar--libre de costo. El Señor fue bueno para con él y lo protegió; muy pronto lo promovieron al rango de oficial--y así seguía el tratado contando las experiencias de la vida de este hombre.

Esto me recuerda, a manera de contraste, la historia de otro banquero y cómo él lidió con un hombre pobre que tenía una deuda con él. Cuando el hombre no estaba preparado para cumplir con los pagos, le pedía una extensión. Finalmente el banquero se impacientó y rehusó darle más extensiones al hombre. El pobre hombre le suplicó que tuviera misericordia--

que le diera más tiempo. “Está bien--dijo el banquero--tengo un ojo de vidrio; es tan bueno que la gente no distingue cuál es; si puedes decirme cuál es, te extiendo el préstamo.” Mirando detenidamente a los ojos del banquero, el hombre dijo: “Es el ojo izquierdo”. “Sí--dijo el banquero--¿cómo te diste cuenta? El hombre dijo: “Pude darme cuenta que ese ojo era más compasivo que su ojo natural”. Se dice de Cristo que “por lo que padeció aprendió la obediencia”--y así mismo es con nosotros--aprendemos a ser compasivos según lo que sufrimos.



La primera vez que fui sanado de cáncer en el estómago, estaba en Grand Forks en 1922. El Dr. Weatherstein me había examinado y había dicho que no se podía hacer nada por mí. Me llevaron a la casa de la familia Werstlein, donde me hospedaba, y mandaron a llamar al hermano Shave, a la hermana Gaulke y a la hermana Johnstone. Ellos vinieron, y al verme acostado en la sala, cayeron de rodillas llorando y clamando a Dios. A la misma vez se pusieron de pie, y con la hermana Werstlein, impusieron sus manos sobre mí y reprendieron al diablo Y EL CÁNCER, y ¡fui sano instantáneamente!

En el otoño de 1936, recibí varias llamadas para ir a la Costa Occidental, pero sentía que no debía irme a menos que hubiera quien pudiera quedarse con mi esposa. Sin embargo, ella insistía que yo debería ir, diciendo que ella se podía cuidar por sí sola; pero titubeé en irme tan lejos y metí una solicitud para un trabajo como ajustador de automóviles, donde pagaban \$50.00 por semana más la comisión. Tenía todo firmado el viernes, y tenía que comenzar a trabajar el siguiente martes. El domingo el cáncer volvió por tercera vez--se me estaba yendo la sangre y estaba muy enfermo. Mi esposa dijo--pero no de mala manera--“Bien hecho”. Le dije: “Yo sé lo que me vas a decir”. “Sí—prosiguió--pero de todas maneras te lo tengo que decir. ¿Recuerdas lo que te dijo el hermano Dorrity, cuando fuiste ordenado como ministro? ‘Esto no es por un día, ni por una semana, ni por un mes, ni por un año, sino por el resto de tu

vida', ¡y no estás muerto aún!" A lo cual yo respondí, sufriendo y llorando: "Está bien, ven y ora por mí". Ella vino y oró por mí y fui sanado al instante. Está de más decir que no acepté el trabajo.

Esto ocurrió el domingo antes del Día de Acción de Gracias. Para el Día de Acción de Gracias, nos habían invitado a cenar en Willmar, y en la noche iríamos al culto y yo tenía que a predicar. Ese fue el último viaje en automóvil que hice con mi esposa.

En ese mismo año, vivíamos en nuestra pequeña finca. El primero de diciembre, cuando iba para el pueblo, mi esposa hizo una pequeña lista de cosas que quería que comprara, pero a pesar de la lista, se me olvidaron dos artículos--y nunca se compraron, porque nunca fueron necesarios. El lunes 8, le dije: "Tal vez deba volver al pueblo a conseguir esos dos artículos", pero ella dijo: "No importa, esperemos a que alguien más vaya para el pueblo".

Como ella era secretaria de la Junta Directiva de la escuela a nivel distrital y su hermano era el presidente, cuando él llegó, ellos hablaron de algunos asuntos de negocios y de otros temas esa noche. Al día siguiente, ella se levantó temprano. Vi que había luz en su cuarto, y le pregunté si se iba a levantar. Me dijo que sí; así que yo pensé que sería mejor bajar a encender el fuego. Cuando ella bajó, dijo: "Si quieres algo que hacer, puedes preparar el desayuno". Le contesté: "Está bien; ¿qué te gustaría comer?" Ella dijo: "Un vaso de leche, una rebanada de pan tostado y un huevo hervido suave". Ella dijo: "Supongo que tú quieres avena". Le dije: "Claro".

Después del desayuno, tuvimos nuestro devocional matutino, y entonces ella fue a leer y a escribir. Después de haber lavado los platos, le dije: "Voy al pueblo a buscar esos dos artículos". A lo cual ella respondió: "Como quieras. No hay apuro". Salí al garaje para buscar el carro y me di cuenta que tenía una llanta desinflada, así que entré a la casa y dije: "Hace frío allá afuera y tengo una llanta desinflada". Ella dijo: "No te molestes en ir".

Como a las once de la mañana, ella puso sus manos cerca de los oídos y dijo: “Tengo un dolor fuerte alrededor de mis oídos”. Entonces fue al sofá y se acostó, pero el dolor incrementó. Fui adonde ella estaba y me arrodillé; oramos y ella quedó bien instantáneamente.

Al mediodía preparé algo para almorzar, después de lo cual dije: “Bueno, ahora sí voy a arreglar la llanta para ir al pueblo”. Ella se rió diciendo: “Así que vas a ser hombre de nuevo”. Alcé el carro con el gato, pero no podía mover ninguna de las tuercas de la llanta. Caminé a la casa del vecino y pedí prestado un cincel, pero de todas maneras no podía mover ninguna tuerca, aún utilizando martillo y cincel. De repente escuché un ruido, como si alguien se estuviera muriendo. Esto me sobresaltó. Tiré el martillo y el cincel, y corrí a la casa como un loco; desesperadamente abría una puerta tras la otra, tirándolas mientras iba. Cuando abrí la última puerta, allí vi a mi esposa sentada en la mecedora leyendo, y se rió. Alcé mis manos y le dije: “¡Aún no estás muerta!” Ella respondió: “¡Por supuesto que no! ¡Me preguntaba quién era ese vaquero que había entrado a la casa haciendo tanto ruido!”

Entonces le dije que no podía quitar la llanta del carro. Unos cuantos minutos después ella dijo: “El tío Carl (su hermano) me dijo: ‘Martha, ¿por qué no descansas un rato? Siempre estás tan ocupada, y no tienes por qué seguir así.’ Así que voy a subir a descansar un rato. Ven conmigo y trae mi Biblia y algunas otras cosas.” Así que subí con ella.

Después de haberla arropado en la cama, le pregunté si descansaba cómodamente. Me dijo: “Sí,” y mirándome con una sonrisa, dijo, como si fuera a decirme un secreto: “Y ahora...”-- ¡y así murió! Alcé mis manos y dije: “O Mama, no me has dejado, ¿verdad que no?” Pero ahí estaba sonriente.

Llamé al doctor, y en unos cuantos minutos, la casa estaba llena de gente. La primera en llegar fue la hermana Hansen. Ella dijo: “Hermano Susag, la hermana Susag no está muerta--

jella está allí sonriendo! Pero se había ido. Ella había estado orando durante dos años más o menos, que cuando fuese a morir fuera de esa manera, y su oración fue contestada. (Conseguí a un joven vecino que viniera a ver qué podía hacer con el carro. Él no tuvo problema alguno para girar las tuercas, y pudo cambiar la llanta fácilmente.) El sentir que yo tenía de que no podía dejar a mi esposa para ir a la Costa Occidental a dirigir cultos, resultó ser muy atinado.

LA SALVACIÓN ES LA CURA PARA TU MAL

En uno de mis viajes tenía que cambiar de trenes en Grand Forks, y como tenía un poco de tiempo extra, fui a caminar por cierta calle de la ciudad y me encontré con el hermano John Sonden, quien estaba parado fuera de la oficina de un doctor. Él se sorprendió al verme, pero le expliqué que nada más estaba de paso, haciendo cambio de trenes. Me dijo que estaba esperando a su hijo Brent, quien estaba arriba en la oficina consultando a un médico acerca de su salud. Él deseaba tanto que yo pudiera hablar con su hijo. A petición suya, fui y me encontré con su hijo cuando salía del consultorio.

Me informó que el doctor le había dicho que tenía problemas cardíacos, pero que no sabía de qué clase, así que quería que se internara en el hospital por una semana, pues creía que en ese tiempo podría identificar el problema. Después de escuchar lo que el joven tenía que decir, le dije: “Yo te voy a decir cuál es tu problema, y cómo te sientes cuando estás sentado trabajando encima del arado: “Sientes que te vas a caer por delante del arado y vas a quedar muerto, y eso te hace sentir nervioso y enfermo”. El joven dijo: “Sí, señor, así mismo es como me siento”. Entonces le dije: “Puedo decirte la cura para esto: Vete a casa, ponte de rodillas, confiesa tus pecados a Dios, y clama a Él para ser salvo. Te estaré apoyando en oración y te garantizo que estarás bien--y ahora me despido, Brent, debo correr a tomar el tren”.

Un año más tarde, cuando iba manejando, pasé por su finca con el hermano Holman. Vi a un hombre afuera en el campo, y le pregunté al hermano Holman si ese era Brent Sonden. Me dijo que sí, y salí del carro y fui corriendo adonde él estaba, diciendo: “Gloria a Dios, Brent--¿seguiste el consejo que te di hace un año?” Me contestó: “Sí, y nunca más he vuelto a tener esa sensación, desde que el Señor me salvó”.

EL DOCTOR DE DOCTORES

En cierta ocasión fui a Hereford, Minnesota, a predicar para el hermano George Green, mientras que él iba de viaje a Iowa. En el culto del domingo en la mañana, supe que Elder Larson había tenido un accidente automovilístico la noche anterior, en el cual se le había fracturado el brazo izquierdo en dos lugares, y habían llevado al joven al hospital de Barrett. Su padre me llamó por teléfono diciendo que pasaría a buscarme para llevarme con él al hospital.

Al llegar allá, encontramos que tres doctores estaban listos para amputarle el brazo--se lo iban a cortar entre el hombro y el codo. Pero yo protesté diciendo: “Ese brazo no será amputado; hay que acomodar esos huesos; porque si le quitan el brazo, nunca lo van a poder poner de nuevo”. Pero los doctores objetaron: “Eso es lo mejor que podemos hacer”. Les respondí: “Si el Dr. Phelon, de Paynesville, hubiese estado en casa, yo lo habría llamado para que viniera y él habría acomodado esos huesos en un momentito”. Ellos respondieron: “Nosotros lo conocemos, y él no es mejor que nosotros”.

Ellos se volvieron al padre del joven y dijeron: “¿Va a escucharnos a nosotros o a este viejo predicador confundido?” - -“Bueno, el ministro anciano también sabe algo.” Al oír esto, dos de los doctores recogieron sus instrumentos y se fueron. El que se quedó me dijo: “¿Qué va a hacer usted?” Le dije: “Voy a Hereford a predicar esta noche, después de lo cual regresaré para llevar al joven conmigo a Minneapolis”. “Pero--dijo él—

podría gangrenarse.” Le dije que oraría para que el Dios Todopoderoso impidiera aquello. Entonces me preguntó si yo iría solo con el joven y le dije que sí. Él me dijo que yo era un hombre valiente, pero le dije: “No, no es que yo sea valiente; pero ese joven daría cualquier cosa por tener sus dos brazos”. Entonces el doctor dijo: “¿Qué le parece si voy con ustedes?” Yo le dije que me parecía bien.

Cuando estábamos en el tren él me preguntó dónde iba a llevar al joven una vez que llegásemos a Minneapolis. Yo le dije que no lo había pensado, pero que en una ciudad de 500,000 personas tenía que haber algún doctor capaz de acomodar huesos. Y si no, dije yo, “Lo haría yo mismo”. “Está bien--dijo el doctor--vamos a llevarlo al Hospital Fairview; conozco un doctor allí que es bueno acomodando huesos. Su nombre es Seversen.”

Y eso decidimos hacer. Era temprano cuando llegamos a la ciudad, así que primero desayunamos; después me presentaron al Doctor Seversen. Yo le dije al doctor: “¿Así que usted es el doctor que va a acomodar los huesos de ese brazo?” Pero él dijo: “No puede hacerse; hay que amputar el brazo”. Yo dije: “Ya he escuchado esa sugerencia anteriormente; ese brazo no se va a quitar”. Mientras hablábamos, varios otros doctores habían entrado--eran como trece o catorce en total. Ellos dijeron: “Vamos a mostrarle los rayos X”--esperando convencerme de que yo estaba equivocado. Pero yo respondí: “Con o sin rayos X, ese brazo no será amputado.” Sin embargo, ellos protestaron argumentando que se iba a gangrenar—de no estarse dando ya. Yo les dije: “Yo le pediré al Dios Todopoderoso que no permita que eso ocurra”. Entonces me dirigí a los doctores diciendo: “Deberían tener vergüenza, doctores; si ustedes no pueden hacerlo, yo puedo, solamente que no tengo licencia...” entonces le dije al doctor Seversen: “¿Lo hará usted? Contésteme rápido, porque si no lo va a hacer, me lo voy a llevar de aquí”. El doctor respondió: “Lo haré”.

Le dije al Doctor Seversen: “Me gustaría ir con usted para ver si sabe cómo hacerlo”. Otros ocho doctores también estaban presentes. Mientras el doctor taladraba un agujero en el hueso que estaba sobresalido, salió sangre roja del hueso, y dije: “¡Gloria al Señor!” Uno de los doctores que estaba allí parado, dijo: “¿Cómo sabe que eso se ve bien?” No respondí, pero lo miré con una sonrisa.

Durante su estadía en el hospital, yo visitaba al joven de tiempo en tiempo. Un día le pregunté al doctor cómo le iba con Elder, y él respondió: “Nos está yendo bien; solamente que la herida no se está secando tan rápido como yo quisiera”. Entonces me aventuré: “¿Ha mirado su espalda?” Él preguntó: “¿Tuberculosis de la columna?” Yo respondí: “Sería conveniente que se fijara”.

En mi próxima visita, él dijo: “No tiene tuberculosis ahora; él está bien; ¿cuándo la tuvo?” Entonces le dije que cinco años atrás, cuando él tenía catorce años, había estado enfermo, y yo había orado por él y el Señor lo había sanado. (El doctor Seversen hizo un buen trabajo en el brazo de ese joven y el Señor completó el trabajo.) Presentemente, el señor Larson tiene un brazo fuerte y saludable, y trabaja en una estación de servicio en Elbow Lake, Minnesota.

Dos años más tarde visité al Doctor Seversen. Cuando me vio, alzó ambos brazos y dijo: “Aquí viene el hombre con los nervios de acero”. Le contesté: “No; aquí viene un hombre con un poquito de buen sentido común y fe en Dios Todopoderoso”. “Sí--él dijo--sentido común, pero yo pensaba que no se podía hacer, ya que estaba tan maltrecho y tenía tanto tiempo de haberse fracturado.” Yo le respondí: “Sí, pero un brazo de verdad es mejor que un gancho de hierro”. Él dijo: “Claro está, pero yo no pensaba que se podía hacer”. (No tengo nada en contra de los doctores, pero el Señor puede hacer lo que el hombre no puede hacer.)

PARÁLISIS INFANTIL

En una ocasión, a los tres hijos del hermano y la hermana George Larson les dio parálisis infantil al mismo tiempo. Herman tenía 21 años y los mellizos tenían 18 años. Llamaron a un especialista, y éste trajo consigo a otros dos doctores. Él pronunció que los casos eran muy serios, especialmente el de Norman, que había recibido el daño en la cabeza, y no creían que tenía esperanza alguna. Dijeron que sería mejor que muriera, porque de permanecer vivo, quedaría loco. Los hermanos me mandaron a buscar. En ese tiempo, la hermana Larson era pastora de una congregación en Hereford, Minnesota. Habían estado orando, y oramos nuevamente, y el Señor terminó el trabajo y sanó a los tres.

A menudo la gente dice: “No era tan serio y tal vez no tenían lo que se había dicho”. Pero esta vez al diablo le ganaron la partida. El joven había estado asistiendo a la Universidad de Minnesota, y allí les habían hecho pruebas de sangre para propósitos de la ciencia médica, para sanar a otros que tenían la misma enfermedad; así que la ciencia médica reconoció que en verdad tenían esa enfermedad.

OLE TORGESEN Y SUS HUESOS QUEBRADOS

En uno de los “camp meetings” de Hereford, Ole Torgesen quedó bajo profunda convicción y fue a casa para reparar el motor de una máquina trilladora. La máquina no quería encenderse y él se enojó y la maldijo. De repente se encendió la máquina y el volante le golpeó la mano izquierda, quebrándole varios huesos. Él fue al doctor y le acomodaron los huesos y le pusieron un vendaje, y le amarraron el brazo al cuerpo. Entonces regresó al culto y quiso ser salvo. Se arrepintió, y el Señor lo aceptó. Mientras él aún estaba de rodillas, miró hacia arriba y dijo: “He oído que ustedes creen en la sanidad divina; yo quiero que oren por mí, para que el Señor sane mi mano”. El hermano C. H. Tubbs y yo oramos la oración de fe y él empezó a

soltarse el vendaje de su brazo y a quitárselo, mientras que los hermanos alababan al Señor en alta voz. Otros le decían que no se quitara el vendaje, y estaban enojados al ver cómo él seguía quitándose. Finalmente se quitó el algodón, se limpió el yodo y las marcas de las cintas adhesivas. Después de hacer eso, levantó su brazo lentamente para mover sus dedos. Finalmente, alzó su mano y movió sus dedos libremente, y su mano fue sanada para la gloria de Dios.

El día siguiente tuvimos cultos de bautismo y le pregunté si quería ser bautizado. Él dijo que sí, pero que pensaba que su esposa también sería salva, y que ambos podrían ser bautizados juntos. Le dije: “Está bien”.

El día siguiente en el culto matutino, ella fue convertida. Ella era la hija de un ministro laico de cierta denominación que no creía en el bautismo por inmersión. Ella me preguntó si ellos podrían ser bautizados de una vez. Le dije que tan pronto terminara el culto, iríamos al estanque. Ella no quería que sus padres supieran lo que iba a hacer, así que lo mantuvimos en secreto, pero cuando nos dirigimos hacia el área del bautismo, la pradera parecía estar llena de personas a caballo y en todo tipo de atavíos, viniendo de toda dirección.

Estaban sonando pitos y haciendo música con serruchos circulares. Así que al llegar al estanque, todas las riberas estaban repletas de personas, más que en el culto de bautismo del día anterior. Mientras estábamos cantando, escuché a la hermana decirle a su esposo: “¡Allí vienen!” Eran su padre y su madre. Vinieron hacia ellos y yo dije: “No les diga ni una sola palabra”. El predicador entonces les cayó encima tremendamente. Finalmente la hija puso sus brazos alrededor de su cuello y dijo: “Papá, por favor no lo tomes así; ahora somos convertidos y queremos obedecer los mandamientos del Señor”. “Está bien--dijo él--tienes edad suficiente para saber lo que haces. Pero este hombre...” corriendo hacia mí y sacudiendo el puño frente a mi cara, y yo pensando que me iba a dar un buen puñetazo cuando no dije nada ni me moví. Él se calmó, y dijo:

“Este es un hombre pobre. Deberíamos recoger una ofrenda para él,” y salió caminando. Mientras bautizaba a esta pareja y al hijo de un ministro metodista, volaban bastantes piedras y palos a mi alrededor, pero ninguno me golpeó.

Una noche, tres jóvenes cortaron una de las cuerdas de la tienda de campaña, y los atraparon. Cuando supieron que les podían dar siete años en la prisión estatal, y que nosotros no los habíamos acusado--eso terminó con todos los disturbios en ese lugar.

“AHORA MALDICE”

En cierta ocasión, llevaba a cabo cultos de avivamiento en Plum Coulee, Canadá. Una noche un buen número de personas estaba bajo convicción. Yo estaba a punto de cerrar el mensaje y hacer el llamado al altar, cuando el diablo me dijo: “Ahora maldice”. Esto me sobresaltó tanto, que tuve que detenerme por un momento y la convicción cesó. Después tuve que comenzar a predicar nuevamente. Una vez más, el diablo dijo: “Ahora maldice”. Reprendí al diablo y continué hablando, hice el llamado al altar, y aquellos que estaban bajo convicción vinieron al frente y recibieron ayuda.

EL TEMOR DEL HOMBRE

En una ocasión me llamaron de Grand Forks para que ayudara en unos cultos. Al llegar allí, vi a dos o tres ministros altos y grandes, a los cuales nunca antes había visto. Sentí miedo de predicar frente a ellos, así que cuando estuvimos en oración esa noche, oré pidiéndole al Señor que me librara del temor del hombre. El comité me pidió que hablara esa noche, y el Señor bendijo y me dio victoria. Al día siguiente uno de esos buenos ministros vino hacia mí y dijo: “Quiero hablar con usted. Fui tan bendecido antes que usted llegase, pero desde que usted vino, le tuve miedo y toda mi bendición se fue. Me

pregunto: ¿me puede ayudar?” “Sí puedo”, le dije. “Cuando yo llegué anoche, apenas los vi a usted y al hermano H., me dio tanto miedo que deseé no haber estado aquí; así que oré y ese temor se me fue y entonces el diablo saltó adonde usted.”

Esto me hizo pensar en un canto sueco que dice en parte:

“Menisco frygtens didlige snaror har bringat

Mangen en man paafald.”

Que en castellano quiere decir:

“El temor del hombre la trampa mortal

Ha hecho a muchos hombres caer.”

En un caso como éste, tal vez no signifique mucho, pero en muchos otros casos, buenos ministros han dejado de predicar la verdad, por el temor del hombre. ¡Qué desastre para ellos mismos y para cientos de almas!

Un domingo en la mañana prediqué en una capilla para un hermano pastor. Cuando hubo terminado el culto, él vino hacia mí y en un tono cansado, me dijo: “¿Te referías a mí esta mañana?” Yo le contesté: “Querido hermano, ciertamente no me refería a ti”. Él dijo: “Está bien”, y se fue, todavía cansado. No fui a almorzar, sino que me quedé en la capilla llorando y orando al Señor que yo no fuese una prueba para mis queridos hermanos. Entonces dije: “No volveré al púlpito hasta que me des más sabiduría”. Pero cuando llegó la hora del culto en la tarde, nadie más tenía el mensaje y yo tuve que ir al púlpito nuevamente. El Señor bendijo en una manera maravillosa y varias personas fueron convertidas. Después del culto el buen hermano pastor vino hacia mí y dijo: “¿Me puedes perdonar? Tú no te estabas refiriendo a mí esta mañana”.

CÓMO DIOS DIRIGE

Una vez, de camino a Platte, Dakota del Sur, me perdí. Iba manejando despacio, tratando de pensar en dónde me había desviado de ruta--cuando de repente un hombre en un campo, sobre un tractor, me hizo señas para que me detuviese. Él trepó sobre la cerca, y resultó ser el hermano Walter Ratzlaf. Me dijo: “¿Cómo es que estás aquí?” Le respondí: “Me perdí”. “Da la vuelta--me contestó--y vamos hacia mi casa.”

Llegando a la casa, vi a una joven a quien yo había conocido en Dakota del Norte. Me la presentó como su esposa. La última vez que yo los había visto, estaban en Dakota del Norte. Ahora ambos eran miembros del comité para la convención de jóvenes en Dakota del Norte, que se iba a realizar el siguiente viernes, sábado y domingo. George W. Green, de Bertha, Minnesota, sería el orador invitado, pero acababan de recibir un telegrama de él, diciendo que no podría ir. El hermano Ratzlaf dijo: “El Señor tiene que haberte mandado aquí. ¿Podrías ser nuestro orador invitado?” Yo respondí: “Sí, si me quieren. Yo voy camino a casa y el hermano Green esperaba encontrarse conmigo en mi casa, porque había planeado llevarlo de mi casa a la convención”. Una vez más, pude ver cómo el Señor dirigió muchas veces, aún cuando yo no lo sabía.

“TODAS LAS COSAS AYUDAN A BIEN”

Una señora había traído a su hermana, que estaba en la última fase de tuberculosis, al “camp meeting” de Saint Paul Park, Minnesota. Mi esposa y yo oramos por la mujer enferma y fue sanada instantáneamente. Así que insistieron en que yo fuera donde ella vivía para tener unos cultos. Estaba muy ocupado, así que pasó cierto tiempo antes que pudiera ir. Finalmente me escribieron, preguntándome cuánto yo necesitaba para tener los cultos. Les escribí que mi pasaje ida y vuelta era de \$26.50, y pensaba que debería conseguir esa cantidad. Ellas me respondieron que me darían esa cantidad y otro tanto. Fui y

comencé los cultos el viernes en la noche. Las personas que iban a hospedarme vivían en el campo a seis millas del lugar de reunión, y conseguimos el templo metodista del pueblo para tener los cultos. Tuvimos dos cultos el sábado, tres el domingo, dos el lunes, y dos el martes. El martes en la noche me dejaron en el templo. Tenía suficiente carbón para calentarme. Como no tenía dinero para ir al hotel, la mañana siguiente fui caminando en la nieve suelta adonde ellos vivían, llegando cerca de la hora de la cena. Cené, y esa tarde me llevaron al culto y me dejaron allí de nuevo. No recuerdo cómo salí de allí. Me parece que cierta familia del pueblo, que conocía a algunos de mi familiares, me hospedó por uno o dos días. El dinero para mi pasaje, que aún no he recibido de ellos, como tampoco he recibido el otro tanto que habían prometido, es la única cifra monetaria que he presentado en mis 52 años como ministro, para ir a ministrar. Años más tarde, me encontré con un hermano perteneciente a otra denominación, que había asistido frecuentemente a esos cultos y era un agente para la fábrica lanera Furges Kalls en Minnesota. Me preguntó: “¿Llegó usted a recibir algún dinero de esos cultos?” Yo respondí: “Todo está por venir”, así que me dio cinco dólares y un par de pantalones de siete dólares. Esta experiencia fue otra de las “todas las cosas”. Esa fue la única ocasión en la cual yo había puesto precio para mi ministración.

LA ORACIÓN CAMBIA LAS COSAS

El hermano Masters y yo llevábamos a cabo cultos en Hereford, Minnesota. El hermano Masters llevaba la mayoría de las prédicas, y yo exhortaba y hacía las invitaciones al altar. Una noche, después que él terminó de predicar, yo cerré el culto inmediatamente. Mientras íbamos a nuestra habitación, entre las once y doce de la noche, me preguntó: “¿Por qué no hiciste llamado al altar esta noche? Hiciste lo correcto, ¿pero cuál fue la razón?” Le respondí: “Demasiado Masters”. Él respondió: “¡El Señor me ayude!” y cayó de rodillas. Él se quedó allí hasta entre las tres y cuatro de la mañana. La noche siguiente no hubo

necesidad de hacer llamado al altar, porque la gente corría al altar de su propia cuenta.

MI PRIMER VIAJE DE PREDICACIÓN

Yo estaba de pie en un vagón viajando a Hawick, Minnesota. El Señor me habló y me dijo: “Quiero que vayas a Belgrade el próximo domingo y prediques”. Yo respondí: “No sé qué predicar”. El Señor respondió: “Tú vé y abre tu boca, y yo la llenaré”. Yo repliqué que no tenía el dinero para ir. Él respondió: “Yo me encargaré de eso”.

Cuando llegué a casa de Hawick, había una carta de un hermano anciano de unos 80 años de edad, que vivía en Norway Lake, Minnesota. La carta decía: “El Señor me ha dicho que necesitas ir a Belgrade a tener unos cultos allá, y aquí te mando el pasaje”. Así que fui.

En otra ocasión, estaba teniendo cultos al norte de Belgrade y quedándome con el hermano y la hermana Andrew Larson. La noche antes de salir de esta localidad, soñé que cuando había llegado a Belgrade, había visto a un hombre entrar a la estación de tren justo delante de mí, y mientras él se alejaba de la ventanilla, decía: “Ja, ja, ja, mejor me voy para la casa, ya que no hay tren hasta las tres de la tarde”.

El hermano Larson tenía que llevarme a la estación de tren temprano en la mañana, y hacía mucho frío. Cuando les conté mi sueño ellos se rieron, y todos nos reímos. Ellos dijeron: “No puede ser tan malo”.

Eran como seis millas de viaje al pueblo y como viajábamos en un carruaje abierto, me dio frío y cuando llegamos como a un cuarto de milla del pueblo, dije: “Mejor déjeme bajarme aquí, y yo iré caminando el resto de la distancia para que entre en calor”. Así que lo hizo. Cuando llegué a la estación, un hombre caminó justo delante de mí, y cuando volvió de la ventanilla,

dijo: “Ja, ja, ja, mejor me regreso a casa, porque no va a haber tren hasta las tres de la tarde”.

Caminé hasta la ventanilla y pregunté: ¿Por qué el tren va a demorar tanto?” El agente dijo: “Un viejo tren de carga se descarriló y tienen que limpiar el área antes que pueda pasar el tren de pasajeros”. Yo no esperé, sino que me fui caminando a casa—una distancia de veinte millas.

“PIENSE EN COHASSET, MINNESOTA”

En una ocasión, llevé a cabo una serie de cultos en el área conocida como la casa escuela de Clark, quince millas al sur de Cohasset, Minnesota. Después del último culto del domingo en la mañana, yo dije: “Si alguno aquí me lleva a Cohasset después del culto esta noche, mi Padre celestial le dará cien veces más en esta vida, y la vida eterna en el porvenir”. Así que yendo hacia la puerta después del culto para saludar a las personas, vi allí parado a un hombre joven y apuesto que anteriormente no había venido a los cultos. Me dijo el joven: “Yo lo llevaré a Cohasset esta noche”. Le contesté: “Está bien, gracias”; y él se fue de una vez. Después de esto el hermano Goodell, el ministro, vino a mí diciendo: “Yo te voy a llevar al pueblo”. Le dije: “Has llegado muy tarde. Perdiste tu paga esta vez”. Me preguntó: “¿Quién te va a llevar?” Yo le respondí: “El hombre joven que estaba parado junto a la puerta cuando yo llegué allá”. Él pensó por un rato, y luego me dijo: “¡Oh! ese era Henry Garber; eso nunca va a resultar. Él no es salvo. Él toma un poco, baila, juega barajas y lo más probable es que también fume”. Entonces añadió: “Yo te llevaré. El camino está en malas condiciones” (y en verdad lo estaba). Yo le respondí: “Si él es así, necesita la paga”. “Bueno—dijo—tal vez no venga. ¿No tienes miedo de ir con él?” “No”, le dije.

El joven vino, y nos tomó un buen rato llegar por cuenta de la carretera. Hablamos de ganadería, del baile, de tomar, del amor y de la salvación. Habiendo llegado al pueblo, todavía faltaba

hora y media antes que el tren viniera. El joven dijo: “¿No sería bueno comer algo ligero ahora?” Le dije: “Eso estaría bien”. “Muy bien--dijo él--ordene lo que usted desee.” “¿Y tú no vas a comer nada?”, le pregunté; pero él dijo: “no”. Después de merendar, él dijo: “Qué le parece un poquito de helado ahora”. “Está bien”, dije yo.

Había un buen número de jóvenes en el restaurante, y mientras yo comía, él hablaba con los jóvenes, diciéndoles que él había asistido a dos cultos ese día, y añadió: “Fueron dos de los mejores sermones que he oído en toda mi vida”. Todos le hablaron en coro: “Henry, Henry, ¿te vas a meter a la religión?” Después preguntaron: “¿Quién predicó?” Él respondió: “El reverendo Susag que está aquí”.

Cuando terminé de comer, él me presentó a todos esos jóvenes. Entonces le dije: “Bueno, mejor llévame a la estación de tren ahora, y vé camino a casa, porque la carretera está mala”. “Bueno--dijo él--yo no me voy a regresar hasta que usted esté en el tren.” Y eso hizo; y al poner mis maletas en el tren, dijo: “Que le vaya bien”, y me estrechó las manos, y al hacerlo me dejó tres dólares en las manos. Mientras me dejaba, dijo: “Cuando--” pero nunca terminó la frase. Sin duda, el quería decir: “Cuando ore, acuérdense de mí”.

No escuché más nada de él ni lo vi en dos o tres años. Yendo a Milwaukee un domingo a tener cultos para el hermano Flint, un hombre joven se me acercó en el templo y dijo: “Gloria al Señor, hermano Susag”. Yo dije: “Amén”. Lo miré y él dijo: “¿Me reconoce? Le dije: “Sí, sé que te conocí en algún lugar, pero no recuerdo dónde”. “Piense en Cohasset, Minnesota”, él contestó. Le di una palmada en el hombro y dije: “¿Henry! ¿Cuándo te convertiste?” Me dijo: “Cuando iba manejando a casa esa noche, pensando en cómo usted me había tratado, a pesar de ser casi un extraño; me habló como un padre--con tan buen entendimiento de todas las cosas, y me llamó hermano y me quebranté, y al llegar a mi cuarto en la finca, me arrodillé junto a mi cama y me arrepentí y el Señor me salvó. Fue tan

bueno y el Señor me hizo tan feliz. Fui a visitar a mis padres que vivían a seis millas fuera de Milwaukee, Wisconsin”. Todos se hicieron miembros de la congregación en Milwaukee, y Henry se convirtió en un miembro muy amado y respetado de la congregación en Grand Rapids, Minnesota, y por muchos años fue uno de los líderes y finalmente se fue a casa a su recompensa eterna.

NO HAY NADA IMPOSIBLE PARA DIOS

Una vez estuve dirigiendo unos cultos en el vecindario donde vivía un hombre joven que había sido uno de nuestros primeros convertidos, y él asistió a los cultos. Un día me preguntó si yo estaría dispuesto a ir con él a su casa. Le dije que sí. Camino hacia allá, él se detuvo y dijo, “¿Tiene suficiente gracia?” Mi respuesta fue: “Creo que sí”. Finalmente, nos acercamos a su casa, y cuando estábamos pasando por una pequeña arboleda, él se detuvo de nuevo y me repitió la misma pregunta: “¿Tiene usted suficiente gracia? Yo le respondí de nuevo: “Yo pienso que sí, pero si piensas que necesito más, vamos a orar para que el Señor me dé todo lo que necesito.” Nos arrodillamos en la arboleda y oramos.

Llegando a la casa me presentó a su madre, una señora muy apuesta. Nos sentamos y tuvimos una conversación amistosa, y antes de yo darle cuenta, dije: “Gloria al Señor”. “¡Oh!--dijo ella--así que usted es uno de ellos, ¿verdad?” Entonces me dio una buena trapeada de lengua. Esto se debió a que varios de sus hijos e hijas habían sido salvos, y habían sido muy perseguidos por haber dejado la iglesia donde asistían sus padres. A veces cuando ella encontraba a Olaf de rodillas orando, lo agarraba por el cabello y lo halaba alrededor de la casa.

Finalmente llegó su esposo, y ella me lo presentó. “Susag--él dijo--¿es usted el esposo de esa bruja por allá cerca de Paynesville o Hawick, que anda por ahí cantando y tocando esa cajeta de cuerdas, haciendo que la gente lllore y robándose los a

sus padres?” (mi esposa solía tocar un arpa mientras cantaba.) Entonces dijo: “Salga de esta casa tan rápido como sus pies lo puedan sacar”. Tomé mi sombrero y me dirigí a la puerta, pero cuando me acerqué, él se paró allí con su hacha en la mano, y dijo: “Si se acerca más, le rompo la cabeza”, y levantó el hacha, y entonces me di cuenta que el hombre estaba tan enojado, que ni sabía lo que estaba diciendo. Así que yo volví a sentarme. “Mire, señor Erickson--le dije--siéntese, y déjeme contarle cómo el Señor nos salvó.” “Está bien”, él respondió. Su esposa dijo: “¡Sácalo de aquí! ¡Sácalo de aquí!” Entonces él respondió: “Déjalo que hable lo que está en su corazón. Es la primera vez que viene a nuestra casa”. “No--ella dijo--sácalo de aquí.” “No, no esposa, cálmate.” Entonces se sentó y yo les relaté cómo el Señor nos había puesto bajo convicción a mi esposa y a mí (éramos de la misma religión que ellos.) Después de contarles nuestra experiencia, él se me acercó y puso su mano sobre mi hombro, y dijo: “Puede quedarse con nosotros esta noche, pero no diga nada acerca de su religión”. Le di las gracias y dije: “Tenemos culto esta noche, y tengo que irme”.

Más adelante, el hermano Peter Peterson de Hoboken, Nueva Jersey y yo dirigimos unos cultos en ese mismo vecindario. Fuimos a visitar al Señor Erickson, y tuvimos una visita muy agradable con él. El hermano Peterson había sido un marino rudo y le contó toda su vida, y cómo el Señor lo había puesto bajo convicción y lo había salvado. Eso pareció impresionarlo.

Años más tarde, Olaf compró la finca y sus padres se mudaron a otra casa. Una mañana, el Señor Erickson no bajó a desayunar, y su esposa fue al cuarto para ver qué ocurría. Allí estaba de rodillas, orando junto a la cama. Era la primera vez que ella lo veía orando en esa posición. Él se levantó y dijo: “Sí, ya voy”. Ella regresó a la cocina, pero él no llegaba; así que regresó a llamarlo. Otra vez estaba de rodillas junto a su cama. Ella dijo: “¿No vas a venir, esposo? El desayuno se está enfriando”. Él contestó nuevamente: “Sí, ya voy”. Pero no venía. Ella regresó la tercera vez, y él estaba de rodillas, pero esta vez estaba muerto. Sin duda, el hombre había estado

invocando el nombre del Señor, y la Biblia dice: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”. Cientos de oraciones se habían elevado por esta pareja. Después de la muerte de él, la Señora Erickson fue a quedarse con su hija mayor en Westlake, Minnesota. Después de estar allí por un tiempo, se enfermó y le dijo a su hija: “¿Mandarás a buscar al predicador?” “Sí--ella dijo--¿cuál es su dirección?” (pensando que ella se refería a su propio pastor). “No--le dijo--yo quiero a tu pastor, el hermano Susag.” Yo fui, y al cabo de tres días, tuvo una gloriosa experiencia de salvación y fue sanada. Más adelante enfermó nuevamente y pasó a la eternidad, y como yo estaba en Europa durante ese tiempo, mi esposa se encargó del servicio fúnebre. Lo que parece no tener esperanza para el hombre, la oración lo puede cambiar.

¡Y EL SEÑOR LA LEVANTÓ!

En una ocasión, cuando Olaf Christaphersen estaba vendiendo libros en un área rural entre Grove City y Litchfield, Minnesota, llegó a una casa donde había un buen número de personas llorando y les preguntó por qué estaban tan tristes. La señora de la casa contestó: “Nuestra hija, una jovencita, está en la recámara muriéndose, y mi esposo fue al pueblo a buscar el ataúd, porque ya hiede” (en esos días, a veces llevaban el ataúd a las casas). El hermano preguntó si podía entrar a verla, y la madre dijo que sí. Después de estar de pie mirándola por un rato, él se arrodilló y puso sus manos sobre ella y oró la oración de fe, y el Señor la levantó. Años más tarde, el mismo hermano estaba vendiendo libros en Dakota del Norte. Llegó a una hermosa finca, y cuando tocó la puerta de la casa, una mujer joven de buena apariencia la abrió. Sorprendiéndolo, ella dijo: “Pase adelante”. Como no estaba acostumbrado a tanta cortesía, él titubeó, y ella dijo otra vez: “Pase adelante, yo lo conozco. Yo soy la joven por la cual usted oró allá en Litchfield, Minnesota, cuyo padre se había ido a hacer los arreglos para el funeral. Estoy casada y este es mi hogar”.



En otra ocasión, una cuñada de Olae Christaphersen, Bastine Christaphersen, estaba en labor de parto. La partera había dicho que el bebé no podría nacer sin ayuda médica. Su esposo se había dirigido a Wilmer a buscar al doctor. A las siete, la embarazada comenzó a ponerse azul y quedó inconsciente. Mandaron a buscar al hermano Olae. Cuando él llegó, miró a su cuñada y salió a la cabaña donde guardaban la leña, y allí entre las leñas partidas, él se arrodilló y oró. En varias ocasiones lo mandaron a llamar para que entrara, pero él no respondía. Como a las doce, entró rápidamente y puso sus manos sobre su cuñada, y dijo: “Ordeno en el nombre del Señor Jesucristo, que este niño nazca y que mi cuñada sea sanada”. Inmediatamente el niño nació, y todo estuvo bien. En unos cuantos minutos llegó el doctor y dijo que había sido un maravilloso milagro.

SANADA DESPUÉS DE HABERSE METIDO UN CLAVO OXIDADO EN EL PIE

En una ocasión, mi esposa pisó un clavo oxidado; éste atravesó la suela del zapato y se le metió en el pie. La mañana siguiente el hermano Christaphersen vino a la casa, y ella le pidió que le hiciera una muleta, porque en ese tiempo yo estaba en Europa. Ella tenía que caminar con la rodilla apoyada en una silla; él dijo que le haría la muleta. Salió, y en unos cuantos minutos entró de nuevo, y dijo: “El Señor no quiere que yo te haga una muleta. Vamos a orar para que el Señor te sane”. Oraron y ella fue sana de una vez.

SANADO DE TÉTANO

A mí se me ha fracturado la clavícula en tres ocasiones distintas; la tercera vez yo estaba en Dakota del Norte dirigiendo cultos. Era durante el mes de julio, y hacía mucho calor--alrededor de 85° a 90° en la sombra. Me estaba hospedando

donde el hermano y la hermana E. Olson y me dio tétano. Me dieron escalofríos; me llevaron a la cocina y calentaron la estufa al máximo. Aún así, apenas podía dejar de temblar por el escalofrío. Batallé con el diablo y con el dolor por un día entero, y finalmente obtuve la victoria. Bendito sea Su nombre.

SANADO DE UNA PIERNA FRACTURADA

Una vez estaba arando y caí del asiento sobre la máquina de arado, de tal manera que mi pierna quedó atrapada entre las barras, y todo mi peso cayó sobre la pierna, fracturándola cerca del tobillo y partiendo el hueso cerca de la rodilla. El extremo del hueso fracturado sobresalía justo debajo de mi piel cerca de mi rodilla.

El vecino, al oír mi grito, llamó a mi casa por teléfono, y me vinieron a buscar y me llevaron a casa. Mandamos a buscar a la hermana Hendricks, (ahora hermana Mayhre). Ella y mi esposa oraron por mí, y al ellas estar orando, se movió el hueso y se volvió a su posición normal, y al día siguiente estaba como si nada hubiera ocurrido y pude atender a mis asuntos.

HOMBRE SALVADO Y SANADO

Una vez mientras era pastor en Grand Forks, vino un hombre que había estado usando muletas por cuatro años. (Él estaba parcialmente paralizado y no podía con su propio peso.) Vino durante el tiempo del “camp meeting” estatal. El había escrito al hermano E. E. Byrum, pidiéndole que fuese a orar por él, y él traía la respuesta que había recibido del hermano Byrum, que decía: “No tengo tiempo para ir, y además queda tan lejos, y resultaría tan costoso, y ya que se van a congregar en el “camp meeting” estatal de Dakota en unos cuantos días, tal vez usted pueda lograr que alguien lo lleve allá. El hermano Susag estará allí y él hace el mismo tipo de trabajo que yo hago. Él orará con usted, y le instruirá para que pueda ser salvado y sanado”.

El joven vino y se pasó todo el “camp meeting” sin lograr recibir la fe que necesitaba para ser salvo y sano, pero se quedó un día más y tuve tiempo para ministrarle más a fondo. En efecto, fue salvo y perfectamente sano.

LA HIJA DE UN DOCTOR SANADA

En una ocasión, me solicitaron ir a cierta ciudad a predicar para cierta denominación por un par de semanas, lo cual hice. Al llegar me di cuenta que me estaría quedando con cierto doctor que tenía una hija de cinco años de edad. Una tarde ella se había sentado a conversar conmigo y encontré que era casi tan inteligente como una jovencita de la escuela secundaria. Hacia el atardecer, yo le dije: “Cariño, tú estás enferma”. Ella se encogió de hombros y dijo: “Estaré bien en la mañana”. Pero enfermó gravemente esa noche, tanto así que el día siguiente, su padre mandó a buscar a otro doctor, una enfermera y una mujer que viniera a ayudarlos. Como a las tres de la tercera madrugada, el doctor vino a mi habitación y me hizo una confesión que él no necesitaba hacer. Entonces me dijo: “Ya no doy más; no sé qué más hacer para ayudar a la niña. “¿Pero, podría usted orar por ella, por favor? Pero ore de una vez, porque ella podría morir en cualquier momento”. Comencé a orar de una vez. Me puse la ropa y salí corriendo escaleras abajo, orando todo el tiempo. Cuando llegué abajo, todo estaba quieto, y cuando el doctor se encontró conmigo, me dijo: “Menos de tres minutos después que usted comenzó a orar, mi hija se quedó dormida, y creo que cuando despierte estará bien”. Durmió hasta las cuatro de la tarde. Cuando ella despertó, dijo: “Quiero pararme y vestirme”. El doctor dijo: “No, cariño; tú no puedes hacer eso; has estado muy enferma. Tendrás que quedarte en cama quieta hasta que estés más fuerte”. Ella dijo: “¿Dónde está el hermano Susag?” Él dijo: “¿Deseas verlo?” Ella dijo que sí, así que me llamaron y yo dije: “Gloria al Señor, cariño”. Ella preguntó: “¿Puedo vestirme?” “Claro, tú puedes vestirme”, le dije, así que la vistieron. Entonces ella dijo: “Ahora quiero pararme y correr”. De nuevo el doctor dijo: “Tú

no puedes hacer eso”. Ella dijo: “Hermano Susag, ¿puedo correr?” Yo dije: “Claro, tú puedes correr”, y salió de la cama, pero tropezó contra la pared, y el doctor fue a recogerla. Ella dijo: “No me toques. Si necesito ayuda, el hermano Susag me puede ayudar”. Entonces corrió por toda la casa, con el papá, la mamá y la enfermera detrás de ella. Yo estaba parado en medio del cuarto, alabando a Dios. Finalmente se detuvo y miró a su papá, y dijo: “Papi, ¿no puedo correr?” Él dijo: “Claro que sí, cariño”.

Su padre vino y puso sus brazos alrededor de mi cuello y dijo: “Usted le salvó la vida a mi hija”. Yo respondí: “No, yo no lo hice”. Él dijo: “¿Entonces quién lo hizo?” Yo le dije: “Usted hizo una humilde confesión y le pidió a uno de los siervos del Señor que orase, y el Señor honró su fe y la sanó”. “Sí--dijo él--pero si usted no hubiera estado aquí, ella estaría muerta ahora.”

Una confesión humilde es un escalón seguro hacia la fe.

SANADO DE PARÁLISIS

No hace mucho tiempo atrás, el Señor me dijo: “Vé a tal y tal templo esta noche”, y así lo hice. Después del culto, un hombre que había estado paralizado de la cintura para abajo por mucho tiempo, me pidió que orase por él. Ofrecí la oración de fe y fue sanado instantáneamente. Para corroborar lo que acabo de decir, añado que más adelante me encontré con un ministro de otra denominación que conocía el caso, y me dijo que este hombre aún retenía su sanidad.

SALVADO DE UN BARCO QUE SE HUNDÍA

Deseo volver a escribir un incidente que fue narrado en el libro del hermano E. E. Byrum titulado: Incidentes y Experiencias Sorprendentes de la Vida Cristiana. Esta narración

fue dada al hermano verbalmente, y no vi el manuscrito para corregirlo después que fue escrito. Pero al leer el artículo en su libro, descubrí que se le habían olvidado algunos de los hechos. Yo estoy re-escribiéndolo aquí, con la oración de que sea de bendición.

Para la gloria de Dios, deseo narrar algunos incidentes relacionados con mis viajes a Escandinavia en los años 1904 a 1905. Mientras me dedicaba a la obra evangelística en Dakota del Norte, en el otoño de 1904, los hermanos en la ciudad de Nueva York me escribieron pidiendo que fuera a visitarlos. Después de haber orado fervientemente para que el Señor me mostrase su voluntad al respecto, decidí ir y sentí que si iba a Nueva York, también debería viajar a través del Atlántico a Noruega, para ver a mis padres y otros parientes, a los cuales no había visto en veinticuatro años.

A fines de noviembre, vi claramente de parte del Espíritu Santo que debería ir, y como a mediados de diciembre, dejé mi hogar para ir hacia la ciudad de Nueva York. El 24 de diciembre mi esposa enfermó tan gravemente, que no se esperaba que sobreviviera. Ella tenía fe de que el Señor la iba a levantar, pero nuestros hijos estaban muy preocupados, temiendo que su madre falleciese, y sabiendo que su padre se dirigía hacia el extranjero, y no pensaba regresar sino hasta varios meses después.

Ellos rogaron que se me enviase un telegrama, pidiéndome que regresara. Finalmente, como a las dos de la madrugada, cuando ella se puso muy mal y no había manera de consolar a nuestros hijos, ella aceptó que me enviaran el telegrama, a la casa misionera en la ciudad de Nueva York. Sabiendo ella que era la voluntad de Dios que yo fuese a Noruega, y que si yo regresaba tan pronto, no podría ir aunque ella se recuperase, oró fervientemente que el Señor me impidiera recibir el telegrama, y así sucedió. Dios contestó su oración y también la sanó.

Después de estar un tiempo con la iglesia en Nueva York, fui a Boston, y de allí, el 20 de enero de 1905, viajé en el buque de

vapor Saxonía de la línea Cunard hacia Liverpool, en Inglaterra. Todo fue muy bien—el Océano Atlántico estaba lo más tranquilo que yo lo hubiera visto. Me pregunté cómo podría ser de otra manera, ya que mi familia y muchos del pueblo de Dios estaban orando fervientemente para que tuviese un viaje seguro. Mi viaje de Liverpool a Hull fue por ferrocarril, pero de allí me embarqué en el buque de vapor Tasso, de la línea Wilson hacia Trondheim, Noruega. Al llegar al Mar del Norte, tuvimos un viaje muy borrascoso. Teníamos que hacer nuestra primera parada en Stavanger, pero el tiempo estaba tan tormentoso mientras nos acercábamos a la costa esa noche, que no nos atrevimos a seguir viajando en la oscuridad. Así que anclamos en el Mar del Norte esa noche. Mientras el barco se agitaba de aquí para allá, subiendo y bajando a través de la noche, soñé que el barco iba sobre la tierra seca. Escuchaba un chillido al ir el barco sobre las rocas y sentí escalofríos por la espalda. Entonces cambió la escena. En mi sueño, parecía que estaba en tierra firme y miraba el barco andando. Me preguntaba cómo era que no se volcaba. Miré más de cerca, y al lado derecho del barco había una piedra grande, casi del mismo alto del barco, que rozaba contra el barco. Del lado izquierdo había una piedra pequeña que lo mantenía en posición mientras el barco se movía. Finalmente, el barco salió a aguas profundas, giró hacia la izquierda, y en poco tiempo llegamos a nuestro destino, Trondheim. En la mañana narré mi sueño cuando estábamos en la mesa desayunando, y dije: “Podríamos tener un accidente antes de llegar. La gente se rio, y alguien dijo: “¿Acaso los predicadores creen en sueños?” Dije: “Sí, cuando se hacen realidad”. Ellos pensaron que no había ningún peligro, ya que el barco era tan grande. “Bueno—dije—el tiempo está muy tormentoso y el mar está lleno de rocas cerca de la costa, y no sabemos qué podría suceder.” Ese día llegamos a salvo a Stavanger y de allí salimos a nuestra próxima parada, Bergen. Saliendo de allí nos encontramos con el viaje más difícil que yo jamás hubiera experimentado. Cuatro barcos salieron al mismo tiempo del puerto, y solamente uno pudo anclar en la siguiente parada, Aalesund, así que tuvimos que anclar fuera en el océano.

La mañana siguiente pudimos llegar al puerto. De allí fuimos a Christiansund, que era nuestra última parada antes de nuestro destino final. Era un buen puerto y estuvimos listos para salir de allí a las ocho p. m., pero como todavía la tormenta rugía allá en el mar, el capitán decidió quedarse en el puerto hasta las doce. Entonces deberíamos estar llegando a nuestro destino a las ocho de la mañana. A las doce salimos del puerto. Todavía rugía la tormenta y estaba cayendo bastante nieve. A la 1:15 a. m., sentí un impacto y escuché el mismo sonido que había oído en mi sueño, y de una vez supe lo que había sucedido. Inmediatamente el camarero entró corriendo al camarote, exclamando: “¡Levántense todos! No traigan nada. ¡Nos hundimos!”

Más rápido que lo que yo lo podría contar, los siete hombres que estaban conmigo en el camarote estaban de pie vistiéndose, poniéndose tanta ropa como podían. Subieron las escaleras, tirando su tabaco y sus pipas y dejando atrás sus botellas de licor, algunas llenas y otras parcialmente vacías. Me levanté, me vestí, tomé mi Biblia y leí un poco. Después me arrodillé para orar. El camarero dijo: “¿No está apurado? ¡Nos estamos hundiendo! Le dije: ‘No; ‘el que creyere, no se apresure’.” Él me miró y se fue a cubierta. La tormenta de nieve silbaba fuertemente a través de la embarcación, y los marinos estaban trabajando con todas sus fuerzas para bajar los botes salvavidas. Otros corrían de un lado para otro. Algunas mujeres lloraban en voz alta y otras oraban, mientras que el agua entraba por los lados del barco. Las bombas estaban trabajando a su máxima capacidad, sacando el agua. En realidad era una escena triste. Cuando un marino pasó corriendo por allí, le pedí que me llevara adonde estaba el piloto. Me miró y me dijo en un tono áspero: “¿Qué quieres con el piloto?” Y se fue. Más adelante, vi a otro marino, y le pedí lo mismo. Él dijo: “Los pilotos están allá con el capitán”, señalando a tres hombres que estaban a una corta distancia.

Caminé hacia donde ellos estaban parados conversando. Los saludé y le dije al capitán: “¿Me podría dar un par de minutos?” “Si es importante, puedo”, él contestó. “Creo que lo es”, yo dije.

“Hable, pues”, dijo él. Luego pregunté quién era el piloto del barco, y uno de ellos se señaló a sí mismo y a otro hombre. Entonces le dije al piloto en mando: “Ya salimos de la piedra, ¿verdad?” “Sí”, contestó. “¿Giró usted a la izquierda cuando salió de la piedra?”, le pregunté. “Sí”, respondió. “Si hizo eso, entonces no tenemos que ir a los botes salvavidas--yo le dije--porque este barco va a llegar a Trondheim sin pérdida alguna de vidas.” El capitán me miró y dijo: “Hombre, ¿qué sabes TÚ de navegación?” señalando al agua que se bombeaba. “Nos hundimos.” “Yo no conozco nada de navegación”, le respondí. “Entonces explícanos qué quieres decir” dijo. Luego le narré mi sueño y cuando terminé de hablar, vi que a los pilotos les corrían las lágrimas por las mejillas. Entonces el capitán dijo: “¿Qué clase de hombre es usted?” Yo le respondí: “Un ministro común y corriente”. Entonces el piloto le dijo al capitán: “Más vale que escuchemos a este hombre. Puede que él tenga más razón que nosotros, porque siempre y cuando este barco se sostenga, estamos a salvo, pero si nos vamos a los botes salvavidas en esta clase de tiempo y en la oscuridad, podríamos pronto ser arrojados hacia las piedras, y quedar hechos pedazos”. Entonces el piloto me dijo: “Ahora mismo, la porción del barco que queda debajo del agua mide 28 pies, y la roca que golpeamos estaba a solamente doce pies de profundidad, así que puede ver que es un tremendo milagro que nuestro barco no se haya partido en dos, quedando a ambos lados de la roca. De haber ocurrido eso, nadie habría sabido que había sido de nosotros, porque ahora mismo estamos a 53 brazas”. Entonces se dieron órdenes de no bajar los botes salvavidas. Luego le pregunté al capitán: “¿Es éste el Tasso que solía viajar por Noruega hace 24 años? Él contestó: “No; ése está en el fondo del mar, a seis millas de aquí”. Entonces preguntó: “¿Qué de aquello?” Le dije: “Yo me embarqué en ese buque en Trondheim el 27 de abril, un domingo por la tarde a las cuatro, en el año 1881 con otros 384 jóvenes que viajaban hacia Inglaterra de camino a los Estados Unidos de América. A las nueve de la noche nos metimos en una tormenta de nieve terrible, y quedamos a la deriva hasta la una y quince de la

mañana--exactamente a la misma hora en que nosotros golpeamos la roca en esta ocasión. Fuimos sobre la roca y giramos a un lado, justo fuera del Faro de Agness. Entonces el capitán dijo: “¿Qué clase de hombre es usted?” “Tan sólo un ministro común y corriente”, respondí. El capitán entonces me dijo que su padre era el capitán de ese otro barco en ese tiempo.

Podría ser de interés al lector saber que nos quedamos allí de lado hasta casi las seis y quince de la mañana, cuando el barco comenzó a acomodarse a medida que subía la marea. Entonces cortaron la cadena del ancla, retrocedimos un poco y fuimos en marcha. Está de más decir que esa noche se llevó a cabo uno de los más grandes cultos de oración que jamás haya habido.

Mientras conversaba con el capitán, el segundo de a bordo se acercó, un inglés alto y de buena apariencia. “¿Sería tan amable de venir conmigo a la parte delantera del barco para ver si localizamos algunas luces? Estamos perdidos. No sabemos dónde estamos.” Yo respondí: “No sé nada de navegación, señor”. Él dijo: “Por favor, venga conmigo”. Fui, y al llegar allá, vi tres luces, y él no podía ver ninguna. Él dijo: “Mantenga sus ojos en las luces mientras busco al capitán”. Ambos vinieron corriendo, y el capitán tampoco podía ver las luces. Volviéndose hacia mí, dijo: “Debe estar equivocado”. Le contesté: “No, señor, yo puedo verlas ahora mismo”. Entonces me preguntó de qué color eran las luces. Después de haberle dado una descripción, él las pudo ver y explicó: “Son buques de vapor. ¿Dónde estamos? ¡Estamos perdidos!”, exclamó en agonía.

Permanecimos ahí hasta las seis y quince de la mañana. Cuando giramos hacia la derecha entre las rocas, ellos supieron hacia dónde ir. Las bombas estaban funcionando a su máxima capacidad, pero el barco se iba inclinando más y más hacia atrás, como si fuera a quedar parado de punta. Llegamos a Trondheim en la tarde, con nuestros maletines y nuestras vidas, y tan pronto se detuvieron las bombas de agua, el barco se llenó de agua y se hundió en el puerto.

Leí reportajes del naufragio en dos periódicos noruegos, después que el barco había sido alzado y puesto en seco. Uno de los periódicos afirmaba que la carga había sido una pérdida total y que el barco costaba alrededor de treinta y ocho mil dólares. Que casi todas las planchas de la mitad del barco hasta la popa se le habían arrancado, tal como lo había visto en mi sueño, y el periódico decía que no podían entender cómo el barco no se había hundido antes, ya que un solo agujero en una de las planchas era suficiente para que el barco se hundiera. Mi esposa me escribió después diciendo: “Yo sé por qué el barco no se hundió. Yo y muchos otros estábamos orando que Dios mantuviera ese barco por encima de las olas, porque Él tenía a uno de sus pequeñitos en el barco”. El Señor verificó sus promesas escuchando las oraciones de su pueblo, de que me protegiera y me llevara a salvo a mi destino. Las bendiciones de la salvación nunca me parecieron más reales que durante ese tiempo, ya que me pude mantener en calma y quietud a través de todos los peligros, teniendo la dulce certeza de que el brazo poderoso de Dios me sostenía y protegía, y no sólo a mí, sino también a aquellos que viajaban conmigo. Él oye y contesta oraciones. A aquellos que confían y creen en Él, a menudo los salva de la muerte y la destrucción.

DE VUELTA A CASA

Mi viaje de regreso fue igual de interesante como el de ida a Noruega. Por cierto tiempo había estado orando fervientemente al Señor, pidiéndole dirección para escoger el barco correcto en el cual atravesar el océano, ya que tenía que viajar durante la primavera y había muchas tormentas en ese tiempo. El 20 de marzo de 1905 dejé la casa de mis padres en Noruega, con la intención de viajar la mañana siguiente. Tendría que embarcarme en una nave inglesa que iba hacia Hull, Inglaterra, para llegar al barco más rápido de la línea Cunard, que iba de Liverpool hacia Nueva York, porque yo creía que esa sería la mejor nave en la cual viajar. Poco después de haber dejado la casa de mis padres, me detuve en un pequeño puerto que se

llama Levanger, para visitar a un pariente mío por unas cuantas horas, esperando partir en el tren de la tarde, pero mi familiar me persuadió a quedarme y partir en el tren de la mañana siguiente. Me dijo que yo tendría suficiente tiempo para alcanzar mi barco en Trondheim, pero cuando el tren llegó a la estación al día siguiente, el barco en el cual yo había planeado salir estaba alejándose del puerto.

No entendí qué significaba aquello, pero recordé la escritura que dice que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Si mis planes de llegar a tiempo para abordar esa nave rápida de Liverpool a Nueva York se hubieran cumplido, y si el viaje se hubiera realizado según el horario estipulado, yo debería haber estado en Nueva York en diez días, pero ahora yo tendría que hacer lo mejor que pudiera, así que decidí embarcarme en el vapor **United States**, de la línea *Scandinavian-American* de Oslo, que debería llegar a Nueva York sólo una semana después que el otro barco, y si viajaba según el horario estipulado, generalmente llegaba a Nueva York nueve días después de salir de Oslo.

Salimos de Oslo a tiempo, pero después de haber estado en alta mar por un día, descubrimos para nuestra sorpresa y para insatisfacción de muchos pasajeros, que en vez de ir directo a Nueva York, teníamos que desviarnos a las islas Azores para recoger algunos pasajeros de otro barco de la misma línea, ya que uno de los fustes de ese barco se había roto en una tormenta en el Océano Atlántico, y habían tenido que remolcar el barco a cierta Isla. Este desvío alargó el viaje considerablemente.

A excepción de dos o tres días de tormenta, hizo buen tiempo, pero las olas eran sumamente altas todos los días. Por esto supimos que más afuera al norte en el océano, estaba dándose una terrible tormenta.

Finalmente, después de quince días de viaje difícil, nos encontramos justo fuera de Nueva York, en medio de una densa niebla, tal que yo nunca antes había visto. Las bocinas de niebla

sonaban constantemente y las campanas también, mientras que nos movíamos lentamente en la tarde, pero llegó un momento cuando tuvimos que tirar las anclas, porque un piloto vino de la costa, entró al barco y nos impidió ir más adelante. Él dijo que el mar estaba lleno de barcos anclados debido a la niebla; algunos de esos barcos tenían más de tres días de estar allí. Así que no podíamos movernos hasta que cambiase el viento y se llevase la niebla.

Yo estaba satisfecho, aunque igual que muchos otros, había estado muy mareado durante el viaje. Temprano en la mañana siguiente, subí a cubierta. Había tanta murmuración e inquietud entre los pasajeros, que era desagradable para mí permanecer a bordo por más tiempo. Sin embargo, la niebla estaba más densa que nunca. Tanto así, que una persona apenas podía ver más allá de su brazo estirado.

Fui a mi cuarto, y mientras estaba acostado en la cama, oré fervientemente al Señor, que removiera la niebla. Entonces subí a cubierta y miré, pero parecía que la niebla estaba peor. Bajé y oré por segunda vez, pero cuando subí parecía que la niebla estaba más densa que antes. Por tercera vez, cuando bajé a orar, mientras oraba, una voz me dijo: “Cámbiate de ropa”. Supe lo que eso significaba. El Señor había oído mis oraciones. Me levanté y me puse el mejor vestido que tenía (porque esperaba que pronto llegaría a Nueva York). Entonces fui a desayunar.

La gente estaba quejándose por tener que quedarse tanto tiempo en el barco. Yo dije: “Antes que hayamos terminado de desayunar, estaremos camino al puerto”. Algunos preguntaron quién había dicho eso. Les dije: “Yo estuve orándole al Señor, y él me aseguró que eso iba a ocurrir”. Ocho hombres se levantaron y se rieron de mí a carcajadas, diciendo: “Ja, ja, ja”, pero mientras comíamos, escuchamos un sonido y alguien preguntó: “¿Qué es eso?” Yo dije: “Supongo que están levando anclas”. Varios saltaron de sus asientos y miraron a través de las ventanillas, y ya no había nada de niebla, y nos dirigíamos hacia el puerto. Entonces un hombre se paró y dijo:

“La religión de este ministro debe ser la verdadera”. Después de esto, no hubo más burlas. Gracias a Dios, Él se paró junto a mí y se mostró poderoso en responder a mi petición, eliminando la niebla, para la sorpresa de mis compañeros de viaje. Nuestro barco fue el primero que pasó al puerto, aunque otros habían estado esperando durante tres días para poder entrar a Nueva York.

Después de llegar a tierra, supe que el barco de la línea Cunard, en el cual yo tenía intención de viajar de Liverpool, no había llegado aún. No llegó hasta el día siguiente. Según reportes que escuché, tuvo el peor viaje que cualquier barco de esa compañía había tenido en cuarenta y seis años, y un número de pasajeros resultaron heridos de gravedad, ya que el movimiento del barco los tiraba de un lado a otro. Un hombre joven que cruzó el océano en ese barco, me informó que habían amarrado a varios pasajeros a sus camas, y muchos habían resultado heridos. Después de saber estas cosas, percibí que el Señor había respondido a mis oraciones en una manera maravillosa. Me había impedido tomar esa embarcación, y así me había librado de mucho sufrimiento innecesario. ¡Gracias sean dadas a su precioso e incomparable nombre!

Es seguro poner toda nuestra confianza en el Señor, porque Él sabe cómo proteger y escudar a sus hijos de peligro y de daños. Mi oración es que al relatarles estos incidentes de cómo el Señor lidió conmigo, sean de bendición e inspiración a otros, y los ayude a poner toda su confianza en el Señor en momentos de dificultad y angustia.

Ciertamente Él escuchará y responderá a la oración cuando clamemos a Él con la sencillez de un niño.

UNA RESPUESTA A ORACIÓN

Para la gloria de Dios, deseo relatar dos instancias muy claras de respuestas a oración:

Una vez estaba teniendo cultos nueve millas al norte de Kerkhoven, Minnesota. Los cultos estuvieron muy buenos, pero yo estaba atravesando una prueba muy seria, y me parecía muy difícil entender cuál era la voluntad de Dios--si al cierre de los cultos, debería ir a casa o a Grand Forks, Dakota del Norte, para el “camp meeting”. Pude confirmar que el pasaje desde Kerkhoven a Grand Forks era \$3.32. Luego fui tres veces a la arboleda (creo que era un viernes) y le pedí al Señor que después del culto dominical de la mañana, al cerrar los cultos, Él pusiera en la mente de alguien darme exactamente \$3.32 si Él quería que yo fuera a Grand Forks. Nadie, excepto el Señor, conocía mis necesidades. El domingo después del culto, mientras yo saludaba a las personas, un hermano puso dinero en el bolsillo de mi abrigo. Cuando salí de la casa, fui hacia la arboleda, al mismo lugar donde había estado orando, me arrodillé y le di gracias al Señor por los \$3.32 que había en mi bolsillo, y cuando conté el dinero, era exactamente esa cantidad. No sólo suplió mi necesidad de transporte, sino que también me hizo saber su voluntad de esta manera. Antes de irme la mañana siguiente, los hermanos me dieron algo más, y así pude llevarle algo a mi familia.

EL SEGUNDO INCIDENTE

El otro incidente que deseo relatar se dio cuando el Señor me hizo ver claramente que fuese a cierto lugar en Dakota del Sur para tener cultos en una nueva obra. Esto también fue un viernes, y sabía que el Señor me estaba dirigiendo a ir el siguiente miércoles. Necesitaba un vestido nuevo, porque el que tenía no era apropiado para usar en público. También necesitaba dinero para el transporte. Una hermana anciana estaba quedándose con nosotros, y juntamente con mi esposa, oramos puestos de acuerdo, que el Señor supliera estas necesidades antes del miércoles en la mañana. Mientras orábamos, el Señor me confirmó claramente que Él iba a responder a nuestra petición. Cuando nos levantamos de nuestras rodillas, yo dije: “Gracias, Dios, tengo el dinero por fe”. La hermana anciana

dijo: “Bueno, me imagino que irás a escribirle a alguno de los hermanos adinerados para hacerle saber tu necesidad”. Yo le respondí: “No, el Señor se los hará saber. Yo podría equivocarme si me pusiera a escribirles”. La hermana anciana dijo: “No vas a tener el dinero entonces”. Le dije: “Sí, madre, va a ver que antes del miércoles en la mañana, voy a tener todo lo que necesito”. Ella dudó y dijo que tendría que verlo.

El domingo siguiente fuimos a Colfax, Minnesota, y tuvimos un culto y recibí un dólar, y dije, “Gracias, Dios, por este dólar.” Entonces el lunes recibí carta de un hermano que vivía cerca de Sisseton, Dakota del Sur, y la misma contenía un cheque por siete dólares. El cheque era de parte de un hombre al cual yo no conocía ni de vista; él no conocía mi dirección, pero había viajado quince millas en una carreta de transportar madera, hacia la casa de otro hermano que conocía mi dirección. Le dije que me enviara el dinero inmediatamente, porque él tenía la impresión de que yo lo estaba necesitando. La hermana anciana conocía a ese hermano y me dijo que él era adinerado, y que él podía mandar ese dinero. Yo le dije a la hermana: “¿No le había dicho que El Señor sabía con quién hablar?” Ella se sorprendió en gran manera. También recibí otra carta, en la cual había un cheque de un hermano a quien yo no había visto en cuatro años. Escribió diciendo que mientras iba de Crookston, Minnesota, al lugar donde trabajaba y se acercaba a Wadena, Minnesota, El Espíritu del Señor le había dicho que se apurara a ir al banco antes que cerrara y que le enviara al hermano Susag cinco dólares. En su carta decía que él pensaba que yo estaba en gran necesidad y que se apuró en ir al banco a tiempo para conseguir el dinero. Añadió: “Que el Señor te bendiga y te utilice para Su gloria”.

El miércoles en la mañana salí hacia Saint Paul, Minnesota, con trece dólares en mi bolsillo. Al llegar allí, busqué un almacén donde vendían ropa de segunda.

Me paré en la calle, orando para que El Señor me dirigiera, y me dijo: “Samuelson, Samuelson”. Caminé varias cuadras y de

repente vi un letrero arriba de un almacén; decía: “Ropa de Segunda Mano Samuelson”. Al entrar, el vendedor me preguntó si me podía ayudar en algo. Yo le pregunté: “¿Tiene usted un saco tipo Príncipe Alberto y un chaleco que me queden?” Él se fijó y me dijo: “Exactamente de su talla”, y se fue caminando a una vitrina, trajo el saco y el chaleco, y me los puso. Me quedaba a la medida, como si un sastre lo hubiera hecho exactamente para mí. Ni siquiera parecía haberse usado anteriormente. El vendedor me dijo que era un vestido de ochenta y cinco dólares, y realmente se veía así de costoso. Las solapas estaban forradas de seda. Me quité el saco, y me puse el mío; sentía que no podía preguntarle el precio. Me dijo: “¿No se lo va a llevar?” Me quitó mi saco y me puso el otro de nuevo. Entonces oré y le pedí al Señor que me diera valor para preguntarle el precio; luego le dije: “¿Cuál es su precio?” Él dijo: “\$1.50”. Volví a respirar normalmente, y dije: “¿Cómo dijo?” Él repitió: “\$1.50”. Le dije: “¿Tiene usted un par de pantalones nuevos que me queden?”

Mandé a quitar el forro de seda, por temor a que me mandaran al altar por tener un vestido demasiado fino. No sólo compré el saco y el chaleco, sino que compré un par de pantalones nuevos y un par de pantalones de segunda mano, y todo me salió a \$4.50.

Camino a Arlington, yo estaba vestido con el traje más fino que jamás hubiera tenido en mi vida. Escuché a dos señoras hablando acerca de mí. Una dijo: “Se nota que ese hombre ha visto mejores días, por la ropa fina que usa”. Usé ese vestido por muchos años, y no se me gastó; finalmente, subí de peso y entonces lo regalé.

UNA RESPUESTA DIVINA: MARCOS 10:29-30

En cierta ocasión, la Junta de Misiones escribía acerca de la necesidad de los pueblos escandinavos, y querían que yo fuera inmediatamente, aunque no tenían cómo financiar mi viaje.

También los hermanos de mayor liderazgo en la Compañía de Publicaciones Escandinavas en St. Paul Park, casi me ordenaron ir. Oré y lloré, y le dije al Señor: “¿No tienes a nadie más que pueda ir, ya que Tú sabes que soy un hombre pobre, endeudado en cuanto a mi casa, y estaría dejando a mi familia en necesidad, viendo cómo se defienden?” Durante tres días, la situación se puso más oscura para mí. Finalmente, al tercer día, cerca de la tarde, me desesperé, y entrando en mi recámara, oré fervientemente. No sabía de dónde conseguir un centavo para mi pasaje. Mientras oraba, dije: “Señor, escúchame; sabes que soy un hombre honesto y sincero. No me permitas ser engañado. Tomaré una de estas Biblias que están en la mesa, cerraré mis ojos, la tiraré al aire, la apañaré, y la escritura que señale mi dedo al apañarla, la aceptaré como una respuesta que viene de ti”. Lo hice, y mi dedo pulgar estaba en Marcos 10:29-30: “Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna”. Yo dije: “Amén”.

Entonces recibí un mensaje telefónico de Saint Paul Park, diciendo: “Te hemos estado buscando. ¿Por qué no vienes?” Mi respuesta fue: “No tengo dinero”. Ellos dijeron que tenían un cheque por trece dólares para mí. Les respondí: “Voy para allá”.

De allí fui a Chicago para encontrarme con el hermano E. E. Byrum, quien era presidente de la Junta de Misiones. Me llevó a una habitación, y dijo: “Es casi cruel pedirte que vayas allá cuando no tenemos manera de financiar tu viaje, pero la necesidad es tan apremiante, y sabemos que tú tienes fe, y lo único que puedo hacer, es imponerte mis manos y orar por ti”. Eso hizo, orando y llorando, y cuando terminó, sacó su cartera y la vació en mi mano. Contenía 94 centavos. Cómo llegué a Europa, no lo sé.

Pasé un tiempo en Noruega y en Suecia, visitando las iglesias, teniendo cultos de avivamiento. De allí fui a Dinamarca, donde pasé trece meses ayudando a los queridos obreros fieles a levantar ocho congregaciones nuevas, para tener un total de trece congregaciones. En 1916, la Junta de Misiones envió a mi esposa e hijos \$25.00 al mes durante siete meses y medio.

Antes de partir de Dinamarca, visité las trece congregaciones que existían allí en ese tiempo, y prediqué mi mensaje de despedida. En cada lugar me dieron una ofrenda y un sobre grande y grueso que decía por fuera: “No abrir hasta estar en el Mar del Norte o en el Atlántico”. Cuando los abrí, había muchas cartas de diferentes personas de cada congregación, expresando su aprecio por la ayuda y la bendición que yo había sido para ellos. Si no me equivoco, había 153 cartas en total, y hubo suficiente dinero en esas cartas para casi pagar mi primer carro, un Ford. La promesa que había citado previamente en Marcos 10:29-30 se cumplió en verdad.

DIOS VA MÁS ALLÁ DE NUESTRAS EXPECTATIVAS

Una vez, estaba en gran necesidad de conseguir por lo menos cien dólares y tenía llamadas para ir a tres series de cultos en la misma fecha. De una de éstas yo sabía que iba a recibir ciento veinticinco dólares y de la otra cien, pero sabía que en el tercer lugar no podían dar más de cincuenta. Por tres días me quedé en casa orando, y el Señor me dijo que fuera al tercero, y eso hice.

Cuando llegué me di cuenta que estarían cerrando una serie de cultos en una de las iglesias grandes al día siguiente. Me dijeron que el evangelista cobraba \$500.00 dólares por adelantado, otros \$300.00 al cerrar los cultos, más \$200.00 para su cantante.

El lunes en la noche, comenzamos los cultos en la iglesia de Dios. Una persona fue salva. El martes en la noche, la multitud no cabía en el templo. El ministro presbiteriano del pueblo estaba allí y dijo que era una lástima que la gente no pudiera entrar. Nos ofreció el templo presbiteriano libre de costo. Era el templo más grande del pueblo. Aceptamos la oferta y anunciamos que los cultos iban a ser allá el miércoles en la noche. El templo se llenó por completo, y muchos quedaron por fuera, sin poder entrar. Un masón de 32avo grado se me acercó, y dijo: “¿Ha predicado alguna vez en una sala masónica?” Le dije que había predicado en un templo masónico en Chicago, así me que ofreció la sala de masones. Le di las gracias y acepté su oferta, así que el resto de los cultos los tuvimos allá. Se llenó todas las noches.

Cuando hubieron terminado las dos semanas de cultos, la iglesia me dio \$52.50, y al día siguiente me pidieron que fuera a una cadena de almacenes; el gerente me dijo que el almacén siempre le daba un regalo a todos los evangelistas que iban al pueblo. Entonces dijo: “Aquí hay un regalo para usted. ¿Qué necesita? Mi esposa dice que usted necesita un par de zapatos, así que vaya al mostrador y escoja un par. Cuestan catorce dólares el par”.

Entonces dijo: “Venga y siéntese un rato aquí. Quiero hablarle”. Metió la mano en su bolsillo y me dio cinco dólares, y dijo: “Esto es de parte mía”. Luego el hombre que me había concedido la sala de masones entró. Le dijo al gerente: “¿Estás tratando de persuadir al señor Susag para que vaya contigo a Noruega a pescar?” El gerente contestó: “Cuánto lo quisiera”. “Yo también--él dijo. Entonces añadió—Sr. M., usted sabe que nosotros estamos metidos en el lodo lo más profundo que podemos, y cada evangelista que viene a este pueblo nos hunde más; pero este hombre se ha pasado dos semanas haciendo lo mejor que ha podido para sacarnos.” El gerente le contestó: “Eso es verdad”. Entonces el masón me dio un cheque por diez dólares, y dándose vuelta me dijo: “Cuando--” y se fue con

lágrimas en los ojos. Tengo entendido que más adelante fue salvó y fue a la gloria.

Al dejar la estación ese día hacia mi casa, muchas personas vinieron a la estación para despedirme, y al estrecharme las manos, me dejaban dinero en ellas o lo metían en mis bolsillos. Después de subir al tren, conté el dinero y me di cuenta que tenía \$187.00 en vez de los cincuenta que esperaba recibir. Una vez más, Dios probó ser el Dios que dice ser, y que sus promesas son fieles.

VIAJE A EUROPA EN 1939

El Señor me hizo ver claramente que debería volver a Europa. Esperaba quedarme allá por cuatro años. Cuando se entendió que yo estaría viajando a Europa, un número de personas en cierta congregación me solicitó que pasara por donde ellos porque querían enviar saludos, así que lo hice, pensando que tal vez me darían algo de ofrenda para ayudar a encaminarme, pero por alguna razón no lo hicieron. La guerra en Europa se desató. Solamente pude visitar las iglesias, y tarde en el otoño de ese mismo año, me ordenaron irme de esos países. Después de estar en casa por cierto tiempo, me encontré con la esposa de un ministro y ella preguntó: “¿Dónde ha estado, hermano Susag? No lo hemos visto ni hemos oído de usted por tanto tiempo”. Le dije que había estado en Europa. “Pero no--ella explicó--¿no estuvo usted en tal congregación (nombrando uno de los lugares donde me había detenido para recibir los saludos que iban a mandar a Europa)?” Luego añadió: “Ellos dijeron que usted no había ido más allá de Nueva York, porque no tenía el dinero para ir más lejos”. Entonces yo le dije: “El Señor me hizo ver claramente que yo tenía que ir, así que fui”. Después de dejar aquel lugar para ir a Nueva York, estaba sentado en el tren leyendo mi Biblia, cuando vino uno de los empleados del ferrocarril, y me dijo: “¿Está leyendo el Buen Libro?” Después de haberle respondido que sí, me preguntó si yo era un ministro. Le dije que sí; entonces me preguntó adónde

iba, y le dije que iba hacia Europa. “¿Ya se suplieron sus finanzas?”, me preguntó. Le dije que viajaba por fe. “¿A qué iglesia pertenece?”, preguntó. Le dije: “La Iglesia de Dios”. Así que explicó: “Mi pastor es el hermano--- ¿Cuál es su nombre?” Cuando le dije mi nombre, me dijo: “¿Cómo, si yo he escuchado hablar de usted!” Cuando se iba, me dijo: “Perdone, lo volveré a ver antes que lleguemos al punto divisional”. Más adelante vino y me dio una suma de dinero, así que mis necesidades fueron suplidas adecuadamente. Al escuchar mi experiencia, la hermana exclamó: “¡Vaya! La promesa de Dios, ‘Mi Dios... suplirá todo lo que os falta’, se cumplió en esa ocasión”.

ARRESTADO POR SER UN DOCTOR ALEMÁN

En 1915 estaba en el Océano Atlántico camino a Europa, y el capitán se me acercó varias veces durante el viaje diciendo: “Me temo que va a tener problemas si un barco inglés nos detiene antes de llegar a Noruega, porque usted dice que es noruego de nacimiento y que es ministro. Nosotros creemos que es alemán de nacimiento y que es doctor. Tuvimos a uno viajando con nosotros en el último viaje desde Saint Paul, Minnesota, y deletreaba su nombre ‘Susage’, y era un alemán y un doctor. Usted deletrea su nombre ‘Susag’. Tenía una barbita como la suya y se parecía a usted, y pensamos que ustedes son hermanos. Creemos que usted es ciudadano estadounidense, y si reconoce que es alemán y doctor, creemos que podríamos serle de ayuda. Les garantizaremos a los ingleses que nos encargaremos de usted y que lo llevaremos de vuelta a los Estados Unidos de América en el próximo viaje”.

Le di las gracias y me sonreí, y dije: “Pero todavía sigo siendo noruego y un predicador, y creo que voy a pasar la prueba”.

Tal como nos lo habían dicho, un buque de guerra inglés detuvo a varios de nosotros, y nos llevaron a Kirkwall, Escocia,

y pusieron a nueve de nosotros bajo arresto. El cuarto día, un alto oficial vino de Londres para examinar nuestros papeles, y yo fui el primero en marchar entre dos filas de soldados con bayonetas, listos para actuar. El capitán y el segundo de a bordo estuvieron presentes para ver cómo me iría. Finalmente, un soldado dijo: “¡Alto!”--y le aseguro que me detuve y les sonreí a todos ellos. Saludé al oficial y le extendí mis papeles. Después de examinarlos detenidamente, me preguntó: “¿Dónde nació usted, Reverendo?” Yo le dije: “En Noruega”. --“¿Qué ciudad?” “Steinkjer,” respondí. “¿Podría decirnos eso en su lengua natal?” Así lo hice; entonces dobló mis papeles muy nítidamente y me los entregó; sonrió y me saludó, diciendo: “Pase; usted está bien”. Disfruté de la experiencia muchísimo.

EL SEÑOR ME CONSIGUE UN PERMISO DE MINISTROS PARA EL FERROCARRIL

Cuando el Señor me salvó, me llamó al ministerio. Yo sabía que al ministerio le cobraban medio pasaje para viajar en el ferrocarril, pero yo no sabía que tenían que ser “ordenados como ministros” antes de poder gozar de ese privilegio. Pero sí sabía que el Señor me había ordenado para el Ministerio. Así que fui al agente de la estación de tren de mi poblado y le pregunté si él firmaría por mí, para así tener el beneficio de las tarifas de ministros. Él me conocía hacía varios años, así que me dijo que lo haría si yo juraba que yo era un predicador. Le dije: “No, yo no puedo jurar. Si no puedes tomar mi palabra, me quedaré sin el permiso”. El agente me dijo: “Si tú no puedes jurar, entonces firmaré por ti”. Así que mandé mi solicitud a la oficina pertinente, y unos días después recibí el permiso, pero tenía un papelito que decía: “¿Está usted totalmente involucrado en el trabajo de evangelismo, o también hace trabajo secular?” Estudié y oré acerca de aquello, y envié una carta a la oficina en cuestión, y devolví el permiso diciendo: “cuando viajo, no hago más nada que trabajo evangelístico, pero cuando estoy en casa, predico dos veces los domingos y una vez en la semana, y

durante la semana hago cualquier trabajo que me venga a mano hacer. No quiero tener ninguna cuenta de ferrocarril pendiente contra mí en el día del juicio. Así que si al explicarles esto, les parece que soy digno de su cortesía, estaré muy agradecido de recibir el permiso, y si no es así, igualmente les doy las gracias”.

Unos días más tarde, me volvieron a enviar el permiso con una carta que decía: “Por favor, acepte nuestra cortesía. Un hombre como usted no nos hace temer que se vaya a aprovechar de nosotros.”

Cuando me ordenaron formalmente, los hermanos dijeron: “Ahora podrá viajar a medio precio en los ferrocarriles”. “Bueno--les dije--ya lo he estado haciendo por casi siete años.” Al explicarles cómo se había dado aquello, se sorprendieron.

UNA MARAVILLOSA EXPERIENCIA

En cierto año, yo era el evangelista en el “camp meeting” del estado de Dakota del Sur. Después de haber terminado los cultos y habiendo recibido la ofrenda del comité, un hermano se me acercó y quería darme otros \$50.00, pero yo rehusaba aceptarlos. “¿Por qué--me dijo--no los necesitas?” “Sí--le dije--los necesito tremendamente, pero siento que no los puedo aceptar.” “Bueno--dijo finalmente, después de mucha persuasión--si no los vas a aceptar, los voy a meter al banco. Porque el Señor me dijo que te los diera, y yo no los quiero; estarán allí hasta que tú me lo pidas.”

Como nueve meses más tarde, necesitaba dinero y le escribí para ver si podía pedírselos prestados hasta el próximo “camp meeting”. Él los envió de una vez y me envió una carta diciendo: “Gracias a Dios, están fuera de mis manos, y nunca los volveré a recibir”. En el “camp meeting” traté de devolverle el dinero, pero no lo recibió, así que fui a orar y le pregunté al Señor qué debería hacer. El Señor me dijo: “Dale al hermano Renbeck quince dólares para un vestido nuevo, y quédate con el

resto para tu familia” (en aquellos días se podía conseguir un buen vestido por ese precio).

Busqué al hermano Renbeck, y finalmente vino. Él había estado llorando, aunque todavía se veía feliz. “¿Por qué estabas llorando?” le pregunté. --“Necesito un vestido nuevo; fui afuera a orar, y el Señor me dijo que podía conseguir un vestido nuevo de quince dólares.” Extendí mi mano y le dije: “aquí están tus quince dólares”. Él retrocedió y dijo: “No, no, yo no puedo tomar ese dinero. Tú lo necesitas más que yo”. Le expliqué lo que había sucedido; lo aceptó y glorificó al Señor. En esos días no sabíamos hacer otra cosa que confiar en el Señor.

UNA EXPERIENCIA CON DOCE MINISTROS EN EL TREN

En una ocasión, mientras viajaba en tren en Dakota del Norte, me senté en compañía de doce ministros que representaban la misma cantidad de denominaciones. Al estar escuchándolos, decidí que ése era un buen momento para que un hombre pequeño como yo mantuviese su boca cerrada. Un ministro joven parecía ser el líder de la discusión, parado con su Nuevo Testamento en griego en sus manos. Finalmente, se volteó hacia mí y dijo: “¿Usted es ministro también?” Le dije que sí. “¿A qué denominación pertenece?” Le dije: Iglesia de Dios. “Bueno--él dijo--si usted pertenece a la Iglesia de Dios, tenemos un cuerno de nuestro lado.” Yo había tenido un encuentro con tres de ellos en una ocasión, y sí que me habían acorneado. Le dije: “Sí, yo tengo un cuerno, y compadezco al ministro que no tenga uno (en la Biblia, el cuerno simboliza poder). Pero yo solamente uso ese cuerno contra un predicador. “¿Quién es ése?”, preguntó. Le dije: “El diablo”. “Bueno--él dijo--si usted tiene un cuerno, todavía no nos lo ha mostrado, porque se ha quedado callado.” Entonces volviéndose, señaló a cada uno de los ministros individualmente, preguntándoles a qué Iglesia de Dios visible pertenecían, y cada uno respondió dando el nombre de su denominación respectiva. Luego dijo: “Yo

pertenezco a la Iglesia de Dios Congregacional visible”. Entonces yo hablé, y dije: “Yo pertenezco a la Iglesia de Dios visible”. Entonces él dio una palmada en el brazo del asiento y dijo: “Allí me agarraste, hermano”. Luego dije: “Me puede ver, ¿cierto?” “Sí”, él dijo. ---“Yo lo veo a usted, choquemos las manos.” Entonces me preguntó hasta dónde yo iba, porque quería seguir conversando conmigo. Le dije que iba a Bismark, a lo cual él dijo: “Qué lástima que yo tenga que cambiar de tren en la próxima estación”. Eso terminó la conversación. Parecían no tener más nada que decir.

EXPERIENCIA CON OTROS DOCE PREDICADORES

Cuando estaba dirigiendo unos cultos en cierto estado, algunos de la iglesia dijeron que había dos predicadores que estaban dirigiendo cultos al otro lado de la calle del templo de la Iglesia de Dios, y algunos de los hermanos habían asistido a esos cultos y habían quedado confundidos. Ellos querían que yo predicara en contra de eso. Les dije: “No puedo hacer eso. La Palabra de Dios dice: ‘no juzgarás a un siervo extraño’. Pero oraré al Señor, para que me ayude a tener un encuentro con ellos y así familiarizarme con sus enseñanzas”. Oré fervientemente que el Señor me permitiera conocerlos. Tiempo después, fui a un pueblo en el cual tenía que quedarme toda la noche. Encontré a doce predicadores que estaban tratando de levantar una nueva obra espiritual, y dos de ellos eran los mismos que habían estado predicando en los cultos al otro lado de la calle de nuestro templo, en el otro pueblo mencionado anteriormente. Fui a un culto esa noche y me senté y oré fervientemente que si Dios estaba desagradado con esa nueva obra que ellos trataban de iniciar, el ministro que iba a predicar esa noche tuviera el tiempo más difícil para predicar que jamás hubiese experimentado en su vida.

Un ministro se levantó a predicar. La predicación era bíblica, pero tuvo dificultad, mientras que los otros ministros oraban:

“Señor, dale la unción al hermano”. Él laboró y sudó, hasta que de repente se sentó. Los ministros se reunieron, hablaron y oraron, y finalmente mandaron a uno del grupo a la audiencia para hablar con los congregados. Finalmente se dirigió a mí. Me hizo varias preguntas, si yo era salvo y santificado, y luego se fue. Pero los ministros no parecían estar satisfechos, y mandaron a otro ministro hacia mí para investigar. Al fin dijo: “Me imagino que el mensaje de esta noche lo asustó”. Le dije: “No, ese fue un buen sermón, y yo he estado predicando de esa manera por más de treinta y ocho años. Así predicaban los apóstoles”.

“Bueno--él dijo--nosotros no sabíamos que había alguien más predicando así.” Entonces dije: “Pero él tuvo dificultad para hacerlo”. “Sí--me dijo—dice que tuvo el tiempo más difícil que jamás ha tenido en su vida, y él ha predicado desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde Canadá hasta el Golfo de México, y dijo que nunca había experimentado cosa semejante.” --“Sí, y él estaba predicando contra mí.” Respondió: “Sí, y fue usted quien se lo hizo difícil”. Entonces dije: “Oré fervientemente que el Señor se lo hiciera difícil si Él no estaba satisfecho con su asociación”.

La asociación debe haber muerto, porque nunca más volví a oír de ella. Resultó ser que los dos ministros en ese lugar habían sido los mismos dos que habían dirigido los cultos que mencioné anteriormente.

Una vez, en el “camp meeting” estatal de Dakota del Sur, debido al estado del tiempo, tuvimos los cultos en el templo. Un día llegó un hombre diciendo que era un ministro. Nadie lo conocía, pero parecía ser un buen hombre. Él pidió la oportunidad de predicar y se la concedimos. Después de haber estado predicando por un tiempo, se hizo evidente que estaba tremendamente confundido, así que los hermanos espirituales comenzaron a elevar sus corazones en oración al Señor para que lo detuviese, lo cual Él hizo, tanto así que él bajó de la plataforma y fue hacia la estufa a escupir, tratando de aclarar su

garganta. Pero no había nada en su garganta. Él trató otra vez de hablar, pero no pudo, hasta que finalmente se fue de los predios. Jamás lo volvimos a ver.

El hermano Thomas Nelson y yo dirigimos unos cultos en Wisconsin y tuvimos una experiencia similar a la antes mencionada. En este caso, el hombre era un profesor universitario y era un verdadero orador, pero su doctrina religiosa no era bíblica. El hermano Nelson y yo le habíamos dado el privilegio de predicar. Nos miramos el uno al otro, y puestos de acuerdo en oración, le pedimos a Dios que lo detuviera inmediatamente. Él perdió la voz y no pudo seguir predicando.

EL DESALIENTO CIEGA A UNA PERSONA

En una ocasión dirigía cultos en Badger, Dakota del Sur. Los cultos fueron bastante buenos en cierta forma, pero esperaba mejores resultados y esperaba ver almas convertidas. Había trabajado y ayunado y orado, pero no se dieron los resultados que esperaba. Parecía que los pecadores no estaban quedando bajo convicción. Cuando hubieron concluido esos cultos, decidí abandonar el ministerio, pensando dentro de mí: “Para qué voy a seguir en esta forma, soportando todo tipo de dificultades y sufrimientos, y no ver almas convertidas”. Pensé que era un fracasado, y como me iba para mi casa, pasé por Minneapolis, Minnesota, a visitar a mi hermana. Después de la cena, decidí salir a caminar un rato. Mientras paseaba por la calle Lake, vi a mi izquierda, en el medio de la cuadra, un letrado grande que decía: “Cultos de avivamiento, el evangelista más grande de Minnesota”. Me interesó el asunto, porque yo había vivido en Minnesota por muchos años y nunca había escuchado el nombre de ese evangelista, así que decidí aistir. Cuando ese hombre iba por la mitad de su mensaje, mi desaliento se había esfumado. Pensé: “Yo predico mejor que eso; yo puedo predicar la Verdad”. Así que volví a predicar con nuevos bríos y determinación.

El año siguiente, justo antes del “camp meeting” estatal de Minnesota en Saint Paul Park, vine a casa con otra carga de desaliento. Me daba la impresión de que había recaído y el hermano Nelson y el hermano Tubbs iban a lidiar conmigo en el culto para decírmelo. Le dije a mi esposa que se fuera a los cultos, que yo iba a quedarme en casa a descansar unos días, porque estaba cansado. Ella objetó y rehusó ir sin mí, diciéndome que los hermanos iban a preguntar por mí, y si ella decía que estaba en casa, iban a querer saber por qué, y ella no tendría paz, así que eso era todo. Fuimos y no hice ningún intento de predicar el sábado, ni el domingo, ni el lunes. Estaba esperando que los hermanos viniesen a hablar conmigo. Finalmente, el lunes en la tarde el hermano Nelson vino y me dijo: “Vamos allá a los árboles. Quiero conversar contigo”. Entonces me dijo: “Hermano Susag, ¿qué te sucede? Estás deteniendo los cultos. Todos estamos esperando que tú prediques, y tú te quedas ahí sentado sin decir nada”. Le contesté: “Sí, yo sé que tú sabes lo que me pasa”. ¿Qué? Yo no sé nada--dijo él--¿qué quieres decir?” Le dije: “¿Tú y el hermano Tubbs no van a lidiar conmigo? Ustedes saben que estoy recaído”. “¿Desde cuándo?” preguntó. Le dije que no sabía desde cuándo. Él entonces dijo: “En verdad, nosotros no sabemos nada. No es nada más que una imposición del diablo. Repréndelo y pasa al púlpito a predicar”. Oramos y reprendimos al diablo y sus acusaciones, y se quebró el efecto por completo.

Un año después, en el “camp meeting” estatal de Minnesota, el hermano Nelson no se sentía muy bien, y yo tampoco. Un día, el hermano Nelson me preguntó: “Cuál crees que sea nuestro problema? Tal vez nos estamos portando mal”. Yo le dije: “No, no es eso; sin embargo, no vemos muchas sanidades ni milagros hoy en día”. Al estar parados hablando, no podíamos pensar en nada bueno que hubiese ocurrido recientemente. Justo en ese momento, una hermana se nos acercó, y dijo: “Gloria al Señor, hermanos”. Le dijimos: “Amén”. “¿Me imagino que no me recuerdan?” “Sí la reconocemos--dijimos--pero hemos olvidado su nombre.” “Mi nombre es Rasmussen--ella dijo.--Yo

no había vuelto a verlo, hermano Nelson, desde que usted fue a nuestra casa para orar por nuestro hijo menor, que estaba enfermo con neumonía doble.” El hermano Nelson dijo: “El Señor sanó al muchacho, ¿verdad?” “Claro que sí—dijo--no solamente lo sanó, sino que lo cambió de un niño delicado y enfermizo a un muchacho fuerte y robusto--ahora es el más saludable de todos nuestros hijos.” Ella se fue y sentimos que habíamos recibido una reprensión, y a la vez un aliento, de parte del Señor.

Entonces un hermano se acercó, y dijo: “Gloria al Señor. ¿No fue maravilloso cómo el Señor restauró al hermano Krutz?” Esa fue otra reprensión. Después vino una hermana y dijo: “¿Escucharon acerca de la hermana Johnson?” Preguntamos cuál hermana Johnson, y ella dijo: “La madre del hermano Morris Johnson. Ella se cayó y se fracturó la pierna justo arriba del tobillo, y la llevaron en el tren hacia Saint Paul, y mientras esperaba en la estación el tren para irse a casa, algunos hermanos pasaron por allí, camino al “camp meeting”, y al ver su sufrimiento, tuvieron compasión de ella y oraron la oración de fe, y fue sanada instantáneamente, tanto así que se regresó al “camp meeting”.” La hermana se fue, y el hermano Nelson salió en una dirección hacia los árboles y yo en otra. Sentimos que habíamos contristado al Señor con nuestro desaliento, y Él nos había reprendido de esta manera.

-----:-----

Un domingo en la mañana mientras celebraba cultos en Rice Lake, estaba predicando acerca del Gozo del Señor. Después de haber hablado por unos minutos, el Señor me dijo: “Hoy tu tema será ‘pruebas y desalientos’, así que le anuncié a la congregación que el Señor me había cambiado el tema, y al hablar relaté algunos de los peores desalientos y pruebas que yo había atravesado. Cuando hube terminado, un hermano se acercó al púlpito y dijo: “Debería tener vergüenza, hermano Susag”. Le dije: “Vuélvalo a decir”. Lo dijo un poco más fuerte que la primera vez, así que le dije: “dígalo una vez más,

porque ‘todas las buenas cosas vienen en grupos de a tres’.” Entonces sí que lo dijo bien fuerte. Dijo: Usted ha estado aquí parado, diciendo que los predicadores son probados y tentados y que se desalientan así--” y se dio vuelta y salió. Cuando él se había ido, una mujer joven se acercó y me invitó a cenar, y dijo: “El hermano y la hermana-- vienen a cenar también”. Al llegar a la casa, todos se sentaron a conversar. No se quitaron sus abrigos, ni me invitaron a quitarme el mío. Me dijeron: “¿Sabe usted por qué el Señor le cambió el tema de hoy?” Yo les dije que debió haber sido para alguien. “Sí—dijeron--fue para nosotros cuatro” (estos cuatro habían sido salvos en los cultos de avivamiento que había dirigido el año anterior). “Hemos sido tan tentados y probados—dijeron--que estuvimos a punto de darnos por vencidos.” Entonces se habían dicho el uno al otro: “Miren al hermano Susag. Él siempre está contento. Él no tiene pruebas ni tentaciones como nosotros”. Pero después de escuchar mis experiencias, dijeron: “La vergüenza es para nosotros”. Fueron grandemente alentados y continuaron en el servicio a Dios. Finalmente se mudaron a cierto lugar en el noroeste, y tengo entendido que uno de los hermanos llegó a ser ministro, y los otros tres, obreros en la Escuela Dominical.

Muchas personas no se dan cuenta que los ministros atraviesan muchos sufrimientos, tanto espiritual como físicamente por causa de otros, pero lo hacen con gozo por la causa de Cristo y para el bienestar de otros.

CASI SACADO DE LA TUMBA

Mientras pastoreaba en Grand Forks, Dakota del Norte, una señora llamó por teléfono y pidió hablar con el Rev. Susag. Contesté diciendo: “Soy quien le habla”. Entonces me dijo que había escuchado de la Señora Werstlein, que yo estaba dispuesto a orar por cualquiera, no importaba a qué iglesia perteneciese. Le dije que era cierto. Entonces me dijo: “Mi esposo está en el hospital católico y el doctor me acaba de llamar, diciendo que mi esposo está a punto de morir en cualquier momento, y que no

puede vivir más allá de las tres de la tarde. Es un incrédulo.” Prosiguió: “¿Tendría usted la amabilidad de ir a verlo para hablar con él, y luego venir a mi casa? porque me gustaría saber qué dijo, y qué piensa usted al respecto”. Yo le dije que lo haría si me dejaban entrar a verlo. Ella dijo: “Díales que yo lo envié”. Al principio rehusaron dejarme entrar, pero después de decirles que era pastor y que su esposa me había enviado, dijeron “está bien”. Dijeron: “Está al borde de la muerte y casi tiene un pie en la tumba”.

Cuando entré en su habitación y vi lo mal que estaba, me le presenté, y dije: “Me entristece encontrarlo en tal condición. Yo he estado donde usted está ahora. Para no cansarlo, ¿me permitiría leerle una lección bíblica y orar con usted?” Él respondió: “Estaría fuera de lugar rehusar tal oferta bajo estas circunstancias”. Así que leí la conversación de Jesús con Nicodemo (Juan 3:1-). Después me arrodillé e hice una oración corta. Cuando hube terminado, extendió su mano y dijo: “Gracias, tendré que verlo en la mañana”. Le pregunté a qué hora y me dijo que a las nueve de la mañana. Entonces me despedí de él y fui hacia la puerta. Cuando llegué a la puerta, me pareció que lo había oído decir algo, y me volteé y le dije: “Perdone, ¿dijo usted algo?”

Él dijo: “¿Puedo depender de usted?” Le respondí: “Sí, puede depender de mí, y es más, tendremos culto esta noche en el templo, y voy a decirles a los hermanos que estemos de acuerdo en oración por usted y también que ayunemos y oremos mañana, para que el Señor lo sane”. Me dio las gracias, y yo salí.

Cuando fui a su casa, su esposa me preguntó: “¿Qué piensa usted de mi esposo?” Le contesté: “Él esta bastante mal, pero volveré a verlo en la mañana a las nueve”. Ella dijo: “Él no va a vivir tanto tiempo”. Le dije que él no iba a morir, sino que iba a vivir, y ella preguntó: “¿Quién dijo eso?” Le respondí: “El Señor”.

A la mañana siguiente volví, y ocho enfermeras me recibieron y me preguntaron: “¿Qué le hizo usted a ese hombre ayer? Él tenía un pie en la tumba y ahora va a vivir”. “Claro que sí, él va a vivir,” les dije. Entonces ellas dijeron: “¿Pero qué fue lo que hizo? Nunca hemos visto cosa semejante”. --Yo hice lo que hacían en tiempos antiguos. --¿Qué fue eso?-- preguntaron. --Oré--dije yo. “Sí--ellas dijeron--eso ayuda.”

Cuando entré a su habitación, él estaba sonriente y comencé hablarle acerca del Señor. Entonces él dijo: “Yo no creo en esos cuentos de viejas”. Le dije: “Yo voy a lograr que usted crea en Dios”. Su respuesta fue: “Usted no puede hacerlo”. Le respondí: “Con la ayuda de Dios, yo puedo, porque donde está usted, yo he estado, y adonde estoy ahora, usted puede venir. Si tan sólo puedo ganar un punto con usted, yo voy a lograr que usted crea en Dios” (él era profesor en la Universidad de Dakota del Norte). Yo tenía que regresar en la tarde a las tres, y al día siguiente como a las nueve. Cuando volví a entrar, él dijo: “Vino demasiado tarde. El doctor estuvo aquí con dos especialistas y les dije que quería levantarme e irme a casa; estoy bien. Me respondieron: ‘Quédese en cama; usted es un hombre enfermo. Ya no tiene ningún bacilo de tuberculosis, pero estamos estudiando para determinar qué clase de medicamento darle’”. Él entonces me preguntó qué yo les habría contestado de haber estado allí. Le dije: “Yo les habría respondido que el Dios del cielo, en el cual usted no cree, escuchó las oraciones, mató esos gérmenes y lo sanó.” Entonces él dijo: Si usted les hubiera dicho eso, les habría entrado pánico.”

Al día siguiente, él se levantó y se fue a casa. Me enviaron a Europa el día siguiente, en una misión especial de parte de la Junta Misionera y la Iglesia.

Después de haber vuelto en enero, un lunes por la mañana, fui al Banco Estatal del Norte, en una visita de negocios y al abrir la puerta del banco, ¿con quién me encontré? Con este profesor. Mis manos subieron hacia el cielo, y dije: “¡Gloria a

Dios! He aquí al hombre a quien el Señor sacó de la tumba en agosto del año pasado”. Alzando sus manos también, dijo: “Bendito sea Dios. Dios Todopoderoso hizo algo por mí.”

-----:~::~:-----

Lamento no haber llevado un registro a través de los años. El único registro que tengo, es el de los primeros once meses cuando fui pastor en Brookings y White, Dakota del Sur. Prediqué 272 mensajes, hice 178 visitas pastorales, escribí 202 cartas, viajé casi quince mil millas durante ese tiempo, y en mis cincuenta años de ministerio, he tenido un salario fijo por sólo unos seis años. En mis primeros diez a quince años, prediqué (por intervalos) a veces hasta seis mensajes al día, tres en noruego y tres en inglés. En total he predicado más de 17,000 mensajes, y he viajado más de un millón de millas. He cruzado el Océano Atlántico diecisiete veces una vía, y prediqué muchas veces en quince de esos viajes.

-----:~::~:-----

De vuelta a los Estados Unidos de América a fines de otoño en 1939, muchas personas me preguntaron quién yo creía que tenía la culpa de la guerra. Ellos mencionaron a varios de los líderes de las naciones que estaban involucradas en la guerra, y entonces añadieron: “El Diablo.” Yo dije: “Ninguno de estos que ustedes mencionaron tiene la culpa de la guerra”. “¿Entonces quién?” ellos preguntaron. “Los cristianos recaídos que siguen profesando”, dije. Entonces me preguntaron si yo pensaba que los Estados Unidos se iban a meter en la guerra. Les contesté: “Seguramente”. Sin embargo, la mayoría de ellos dijo que no, y también dijeron que nuestros muchachos norteamericanos nunca dejarían el suelo patrio para ir a pelear. Yo les dije que nuestros muchachos no sólo irían a Europa a pelear, sino que irían a casi todas las islas del mar. Entonces preguntaron cuánto tiempo yo pensaba que duraría la guerra, y les dije: “Hasta 1949”. Un buen número de ellos se rió y se burló de mí. No hace mucho recibí una carta de mi hijo mayor,

que dice: “Papá, yo te he estado siguiendo de cerca, y todo lo que has dicho que iba a ocurrir, ha ocurrido hasta la fecha”. Ya se acabó la pelea en sí, pero miles de nuestros hombres están en tierras extranjeras, y no hay paz. Si al Señor no le dan una oportunidad de realizar un milagro, puede comenzar otra guerra antes de que haya verdadera paz.

No he edificado ninguna capilla chica ni grande, pero he comenzado como cincuenta o más congregaciones en este país (Estados Unidos) y en Europa. También he recaudado una suma considerable de dinero para la construcción de templos y para ayudar a ministros y a misioneros en necesidad. He recaudado miles de dólares para obras misioneras y eclesiásticas en general: setenta por ciento ha venido de los hermanos de origen noruego, quince por ciento de los de origen danés, diez por ciento de los de origen alemán, tres por ciento de los suecos, y dos por ciento de los norteamericanos. El porcentaje que menciono es nada más con respecto al trabajo en los países escandinavos.

-----:-----

Mientras dirigía cultos en Bowbells, Dakota del Norte, después de unos cuantos días, tres familias dejaron de asistir y fui a la finca a verlos. Cuando llegué a la primera finca, las otras dos familias estaban de visita allí. Después de conversar un rato, les pregunté por qué no habían seguido asistiendo a los cultos. Finalmente, el hombre que era cabeza del hogar dijo: “No nos gustó cuando usted dijo que el predicador no podía perdonar los pecados”. Yo respondí: “Si usted le ha hecho algún mal al predicador, y le pide perdón, él lo puede perdonar, pero hay algunos pecados que ni siquiera Dios puede perdonar. Por ejemplo, si le debe diez dólares a su vecino que está al otro lado del cerro, y usted no está dispuesto a pagarle, usted puede orar por el resto de su vida, y el Señor no lo podrá perdonar si no está dispuesto a ajustar cuentas con ese vecino. Claro, si usted no supiera dónde está ese vecino, y no lo pudiera encontrar, el Señor lo perdonaría”. Entonces el hombre dijo: “Nosotros

vamos a ir a los cultos,” y algunos fueron convertidos. Sin que yo lo supiera, él tenía una deuda de diez dólares con su vecino hacía cuatro años y no había estado dispuesto a pagar, pero después que se dispuso a hacerlo, fue salvo y pagó su deuda.

-----:~::~:-----

Un hombre fue convertido en un culto en Dakota del Sur, y el Señor le recordó doce mazorcas que había tomado del terreno de su vecino para dar de comer a sus propios bueyes. Cuando él iba de regreso al pueblo dijo: “Sí, voy a lidiar con eso esta noche”. Así que cuando oscureció, llenó un motete de maíz y lo vació dentro del corral donde el vecino tenía sus cerdos, sintiéndose bien por haber cumplido con su responsabilidad. La mañana siguiente, después del culto, el Señor le habló diciendo: “Me imagino que hoy irás a arreglar el asunto de las doce mazorcas”. Él protestó diciendo: “¿Por qué, si yo llevé eso anoche?” -- “Pero tú se lo llevaste a los cerdos, y ya ellos habían comido.” Así que él fue y le confesó al hombre. Esto nos hace ver que no era tanto el maíz lo que le interesaba al Señor, sino su humilde confesión.

DIOS TRABAJA DE VARIAS MANERAS PARA LA PROTECCIÓN Y PARA LA LIBERACIÓN DE SUS HIJOS

Cierto hermano que era granjero necesitaba urgentemente una máquina trilladora y un agente lo visitó para ver si podía hacer el trato. Se pusieron de acuerdo con respecto a precios, pero cuando volvieron a hablar acerca del tiempo de entrega, el agente reconoció que no podía llevarle la máquina a tiempo para la cosecha del otoño, así que el asunto no quedó en nada. Otro agente, cuando escuchó lo que había ocurrido, decidió ir a ver al granjero. Esta vez el trato se completó, con la promesa de que la maquinaria iba a llegar a tiempo.

El hermano hipotecó su finca y la máquina trilladora por cuatro mil quinientos dólares, pero cuando llegó el tiempo de la cosecha, la máquina no había llegado.

Él le escribió a la compañía; ellos dijeron que tan pronto como la pudieran construir y enviar, así lo harían. El granjero se desesperó. Él llevó el contrato de venta a un abogado, pero encontró una cláusula en el contrato que le imposibilitaba hacer cosa alguna al respecto. Parecía que este granjero iba a perder toda su entrada de la cosecha, la finca y la máquina también. Se elevaron muchas oraciones fervientes al Señor, para que interviniera a su favor.

Durante el tiempo de cosecha ese año, él perdió cientos de dólares por no tener la máquina.

Finalmente, en enero le enviaron la máquina de la fábrica. El tren de carga que la estaba acarreado llegó a tres millas del pueblo. Iba subiendo la loma lentamente, y al girar por una curva pronunciada, el vagón que llevaba la máquina trilladora se soltó del resto del tren, y se fue por un barranco bien empinado, destruyendo toda la máquina. El ferrocarril pagó los daños, y el hermano fue librado de toda responsabilidad.

Muchos fueron a ver lo que había ocurrido, y nadie podía entender cómo se había desconectado el vagón del tren de esa manera. Ellos no conocían a nuestro Dios, ni cómo El contesta las oraciones.

----:~::~:----

Cuando dirigía una serie de cultos en Grand Forks, mi esposa me escribió diciendo que se había desatado una epidemia de viruela en el vecindario, pero que no era necesario que yo fuese a la casa, porque, dijo ella: “Puse a todos los niños y a mí misma en el Salmo 91, y nos vamos a quedar allí hasta que pase el azote”. Y le doy gracias a Dios porque la enfermedad ni siquiera llegó cerca de nuestra morada.



No se hace ninguna defensa como para justificar la escritura de este libro, al registrar los incidentes y experiencias que aparecen en él. Pues el Dios de Elías sigue siendo el Dios del universo, y hoy día Él aún oye las oraciones de los humildes, y los libra en tiempo de necesidad. El autor está familiarizado con las personas que se mencionan aquí, y tiene conocimiento personal de las cosas que aquí se presentan. Sin duda, habrá quienes cuestionarán la veracidad de algunos de los hechos relatados en este volumen. Pero la verdad no se debe detener por cuenta de unos cuantos escépticos e incrédulos. Algunos dudaron de los milagros que los apóstoles realizaron. Un buen ministro en California dijo en una ocasión, cuando me presentaba a los otros ministros en una reunión ministerial: “Este hermano puede relatar más incidentes que cualquier otra persona que yo conozco, y si yo no conociera al hermano Susag tan bien como lo conozco, yo habría dicho que él estaba mintiendo”. Yo respondí: “Si yo no conociera al hermano Susag tan bien como lo conozco, yo también diría que él estaba mintiendo.”

El hermano C. E. Brown, actual editor de La Trompeta del Evangelio, al presentarme a un grupo de ministros en el “camp meeting” de Anderson, también mencionó que yo podía narrar más incidentes y experiencias reales que cualquier otra persona que él hubiese conocido.

Muchos ministros, al igual que hermanos que no son parte del ministerio, a través de los años, han querido que yo escribiera un libro de mis experiencias, aun ministros de otros movimientos. Pero me temo que esperé demasiado tiempo para recordar centenares de incidentes que han ocurrido durante mi ministerio. Las personas me han dicho que cuando estoy predicando, bajo la unción del Espíritu Santo, los incidentes fluyen de mis labios como un río.

Mi ferviente y humilde oración es que estos incidentes y experiencias sean de bendición e inspiración, y que esto despierte la fe de aquellos necesitados cuya ayuda solamente puede venir de Dios.

Así como mi nombre es S. O. Susag, pienso que cabe decir que como la llamada de auxilio de un barco es SOS, así mismo he escuchado la llamada de auxilio en mis cincuenta y dos años de ministerio, cientos de veces, del campo evangelístico, y de campos misioneros en otras tierras, de asilos para desquiciados mentales, hospitales, cuartos de enfermos, y el Señor ha escuchado oración, y ha hecho muchos milagros, casi increíbles. A Dios sea toda la gloria y la alabanza.

-----:~:-----

Una vez recibí una llamada de auxilio de George W. Green y su familia, quienes vivían en ese tiempo en una finca cerca de Hancock, Minnesota, para que fuese a orar por un niño enfermo. Ellos vivían como a seis o siete millas fuera del pueblo, y allí no había nadie para recogerme, así que tuve que tomar un taxi para llegar allá. Llegué tarde en la noche. Al entrar a la casa, supe que el niño había muerto. Todos los ocupantes de la casa, tanto arriba como abajo, estaban enfermos en cama con la gripe, trece personas en total. La hermana Green fue la única que pudo levantarse de la cama para dejarme entrar. Yo no tenía manera de regresar al pueblo, pero mientras hablábamos y orábamos, un doctor pasó por allí y entró a la casa y le pidió a la hermana Green que le hiciera una taza fuerte de café y un emparedado. El doctor dijo: “Esta es la tercera noche que llevo sin dormir, y necesito algo que me fortalezca”. Él llenó el permiso para que pudiéramos enterrar al niño. Luego me dijo: “Usted no puede pasar la noche aquí”. Le dije que no tenía manera de volver al pueblo, así que ofreció llevarme. Me fui y al día siguiente volví con el enterrador.

El camino hacia el cementerio pasaba por en medio del pueblo, pero la dirigente principal (me parece que era una

trabajadora social), nos prohibió pasar a través del pueblo con el cuerpo. Así que tuvimos que desviarnos varias millas fuera de camino. Allí se desencadenó una epidemia de gripe, y me dijeron que esa señora fue la primera que murió en esa epidemia. En el hogar de la familia Green, el Señor restauró a las trece personas sanándolas, y me protegió. A través de los años, he recibido protección de toda clase de enfermedades contagiosas cuando se me ha llamado para orar.

-----:~::~:-----

El hermano Edward Ahrendt y yo estábamos dirigiendo cultos en Grand Forks, Dakota del Norte. Una noche se hizo el llamado al altar, y el altar se llenó. El hermano Ahrendt y yo comenzamos en los dos extremos opuestos del altar a orar y dar instrucciones. Al arrodillarme, la primera persona que tenía que atender era una mujer, y cuando me arrodillé, sentí que me había arrodillado junto a un barril de demonios. Me sorprendió saber que ella profesaba ser cristiana. Levantando mis manos en asombro, dije: “Hermana G--, usted está poseída por demonios”. Después que hubo terminado la ministración en el altar, el hermano Ahrendt y yo impusimos nuestras manos sobre ella y ordenamos a los demonios que saliesen en el nombre del Señor Jesús, y así fue. Al día siguiente tuvimos culto de oración y testimonio y ella se levantó a testificar, y en cierta manera se excusó a sí misma. Le dije: “Hermana, tenga cuidado o los demonios van a volver a entrar en usted”. Evidentemente sucedió, porque las otras mujeres del cuarto donde se quedaban las hermanas, me dijeron que en la noche, cuando ella llegó a su habitación para dormir, los demonios la enrollaban como si ella fuera una bola, con los talones casi llegándole hasta los hombros, y ella sufría tremendamente. Oraron e hicieron todo lo que pudieron por tratar de ayudarla a enderezarse, pero nada resultó. Trataron de encontrarnos al hermano Ahrendt y a mí, pero nos habíamos mudado esa noche a otro lugar. Nadie parecía saber donde estábamos. Llamaron a todos los hermanos que tenían teléfono, pero no tuvieron éxito. Finalmente, dos de las hermanas fueron de casa en casa adonde los hermanos que no

tenían teléfono, y a las cuatro de la mañana llegaron a la casa donde nos estábamos quedando. Fuimos tan pronto como pudimos, y cuando llegamos al porche, se enderezó instantáneamente. El diablo se estaba haciendo el muerto. El hermano Ahrendt y yo consultamos el uno con el otro, ya que él nunca antes había lidiado con una persona poseída por demonios. Él dijo: “Hermano Susag, el sábado en la noche cuando oramos por ella, no hubo ninguna manifestación de que ella estuviera poseída”. “Bueno—dije--no es necesario que el diablo los esté lanzando de un lado para otro, cuando sabemos que están poseídos.” Así que le dije que yo iba a orar y veríamos cómo salían las cosas, porque yo sabía que era necesario estar totalmente de acuerdo. Llamamos por teléfono al hermano Gus Niles y le preguntamos si podíamos ir a su casa con la Señora G--. Cuando llegamos allá, entramos en una habitación y trancamos las puertas. El hermano Ahrendt oraba en una esquina y el hermano Niles en otra. Yo le di a ella una silla cerca de la mesa, y me senté del lado opuesto. Le dije: “Hermana, la he conocido durante cuatro años, y todo este tiempo usted ha estado engañándose a sí misma, y a los hermanos, y al ministerio. Usted no ha tenido salvación durante todo este tiempo. Ahora dígame lo que el diablo la ponía a hacer a usted cuando llegaba a casa después de los cultos”. Ella dijo: “Una vez, cuando llegué a casa, fui al establo a darle leche al ternero y él no quería beber; me enojé y agarré un pequeño garrote y lo golpeé. Él empezó a berrear y rompió la soga, saltó por la ventana y se fue al bosque”. Cuando ella narraba esto, su mano subió y comenzó a golpear el aire, y no podía parar. Dejé que siguiera haciendo eso por un tiempo, luego dije: “Señor, detenga ese brazo,” y el brazo se detuvo. Entonces le pregunté qué el diablo la ponía a hacer en otras ocasiones cuando ella llegaba a casa. Dijo: “En otra ocasión, cuando llegué a casa, el perro de mi esposo se había metido a la casa y yo abrí la puerta para sacarlo, y cuando iba pasando por la puerta, yo lo pateé airada, porque odiaba a mi esposo,” y mientras ella decía esto, empezó a patear la mesa, entonces cayó al piso de espaldas, y siguió pateando la silla y la mesa. Justo en ese momento, el

hermano Ahrendt vino corriendo y dijo: “Reprendo al diablo en el nombre de Jesús.” Él se había convencido de que los demonios estaban dentro de ella.

Entonces los tres impusimos nuestras manos sobre ella, ordenando a los demonios salir, y así lo hicieron. Después fue convertida y santificada, y obtuvo una experiencia dulce y estable en la cual todos podían confiar. Más tarde, llegó a ser una buena maestra de Escuela Dominical y obrera fiel para el Señor.

UNA ADVERTENCIA

La noche cuando yo dije: “Hermana G--, usted está poseída por demonios”, yo miré hacia la audiencia y vi a una hermana con la boca abierta y mirándome con asombro, y al parecer criticándome, como quien dijera: “¿Por qué le estás diciendo esas cosas a la hermana G?” Justamente entonces, vi muchas serpientes arrastrándose en su regazo, subiendo por su pecho y entrando por su boca. Después del culto, la hermana de esta mujer vino hacia mí y me dijo: “¿Sabía usted que mi hermana Mary está poseída por demonios?” Yo dije: “Sí,” y me preguntó cómo yo lo sabía, diciendo: “Ella me dijo que acababa de ser poseída. Le dije: “Yo los vi entrar”.

La llevamos a una casa privada, y fue librada por el poder de Dios.

DETENTES CONGREGACIONALES

Siempre hay una causa cuando Dios no responde a la oración, ya sea individual o congregacional. He estado presentando casos individuales en este libro, donde oraciones no han sido contestadas. Ahora voy a hablar de detentes congregacionales que yo conozco personalmente.

Nunca hay un efecto sin una causa que produzca tal efecto. En cierta congregación en la cual yo había llevado a cabo varios cultos de avivamiento exitosos para diferentes pastores, llegó un tiempo cuando la obra no prosperaba como en años anteriores. Por casualidad, después de veinte años de ausencia, llegué una noche a esta congregación cuando tenían culto de oración, ya que yo tenía ciertos asuntos que atender en ese pueblo ese día. Ellos me rogaron que regresara y predicara para ellos cierto domingo en particular, y lo hice. El Señor nos dio dos cultos preciosos. Ellos recogieron su ofrenda regular del domingo por la noche. Después de aquello, anunciaron que estarían recogiendo una ofrenda especial para el hermano Susag, lo cual hicieron, y colocaron la canasta en una posición donde yo podía ver lo que había entrado, que era alrededor de quince dólares o un poquito más. Al día siguiente, cuando yo estaba listo para abordar el tren, me dieron cuatro dólares, diciendo: “Esta es nuestra costumbre”. Con razón la congregación no estaba prosperando, y sin embargo, esos queridos hermanos habían hecho su parte, pero no estaban conscientes de cuál era el detente.

Sé de otros casos de esta misma índole, tanto con otros ministros como conmigo mismo. Una vez en un “camp meeting”, un ministro joven fue el evangelista, y el Señor lo usó poderosamente. Una noche iban a recoger la “ofrenda de amor” para él. Entró una buena cantidad, no tan cuantiosa, y solamente le dieron al evangelista el setenta por ciento.

-----:~::~:-----

Una vez en el “camp meeting” de Grand Forks, Dakota del Norte, el hermano P. Pederson de Hoboken, Nueva Jersey iba a predicar. Leyó su texto y narró algunas de sus experiencias, y el Espíritu Santo empezó a llevar a las personas al altar. Entonces él cerró su Biblia y dijo: “Un Predicador mayor que yo está hablando ahora”.

-----:~::~:-----

Durante la depresión, parecía que íbamos a perder el terreno estatal donde celebrábamos los “camp meetings” en Grand Forks. Durante el “camp meeting”, la Junta dijo que no había manera de retenerlo, que teníamos que soltarlo. Yo dije: “No”. “Bueno—dijeron--entonces tú tendrás que recaudar el dinero, porque nosotros no lo podemos hacer.” Yo dije: “Si me dan libertad para proceder cuando el Señor lo indique, lo haré”. Ellos dijeron: “Está bien”. Una noche, el Señor dijo: “Este es el momento,” así que le dije al hermano Monk: “¿Me permite unos cuantos minutos?” En unos cuantos minutos, recaudamos la cantidad completa, hasta el último centavo. El hermano Monk dijo: “Esta vez el diablo se llevó una paliza y la depresión también”. Vale la pena orar.

-----:~::~:-----

En el primer “camp meeting” al cual asistí en Grand Forks, generalmente me levantaba a las 3 ó 4 a. m. e iba al bosque a orar. A esa hora a duras penas se podía encontrar un lugar dónde orar. Había dos o tres hermanos orando detrás de cada árbol antes que yo llegara allí.

En el primer “camp meeting” al cual asistí en Anderson, yo salía temprano al cementerio, y allí había hermanos orando por todos lados.

Los ministros pioneros sabían orar, porque no tenían libros con bosquejos de sermones de dónde sacar lo que iban a decir. Los convertidos a raíz de su ministración también sabían hacerlo, porque el Espíritu Santo les enseñaba.

-----:~::~:-----

Una vez el hermano Renbeck y yo dirigíamos cultos en Erskine, Minnesota. La temperatura era de 42° bajo cero todos los días, y teníamos que poner el pan al lado de la estufa, y varias veces se congelaba tanto sobre la mesa antes que termináramos de comer, que no podíamos comérselo. Cuando

nos íbamos a acostar, podíamos ver las estrellas brillando a través de las rajaduras en el techo. Nos quitábamos los zapatos y abrigos, y nos acostábamos en la cama, y nos poníamos nuestras gorras de piel de modo que nos cubriesen las orejas y nos cubríamos con nuestros abrigos de piel. A menudo a través de la noche, teníamos que darnos vuelta, porque el lado que estaba abajo se había enfriado. Esto podrá parecer ridículo a algunos, pero Dios sabe que es verdad.

-----:-----

En 1911 el hermano Morris Johnson y yo dirigimos unos cultos en la costa occidental de Dinamarca. En el lugar donde nos quedábamos y dormíamos, teníamos que subir por una escalera a través de un agujero para entrar al cuarto donde teníamos que dormir. La cama era demasiado corta para el hermano Johnson y demasiado estrecha para dos personas, y así mismo la ropa de cama.

No pudimos dormir mucho más allá del desayuno. Tomamos nuestras mantas de viaje y caminamos fuera del pueblo, adonde había unos sepulcros antiguos que se habían abierto para sacar las riquezas que se habían enterrado allí. Había quedado un espacio profundo en la tierra, y había hielo en el fondo. Nos envolvimos con las mantas y nos acostamos de tal manera que el viento no nos soplara y dormimos un poco. Así fue la obra de los pioneros en Dinamarca. En ese pequeño poblado realmente tuvimos la primera gran batalla por la verdad que ganamos en Dinamarca.

Muchos han dicho que gran parte del trabajo de los pioneros se perdió y que no valió la pena. Es verdad, algo se perdió, pero ¿qué tendríamos ahora sin aquello? Oro por que Dios reviva el espíritu pionero y la pasión por las almas y la confianza en el Señor. Las oportunidades aún están aquí. Si yo fuera un hombre joven, yo diría juntamente con el profeta: “Heme aquí, envíame a mí”.

Primera edición en español
marzo de 2002
Derechos reservados de traducción

Para reproducción o copias adicionales de este libro, sírvase
consultar nuestros teléfonos o correo electrónico

221-9275 / 238-8694
laverdad98@cwpanama.net

Impreso por Impresiones Nadibel
Apartado 2284, Zona 9A
Panamá, República de Panamá